3 1761 07286341 8

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cuentosdetropaen00garm

FORTUN DE VERA

28

CUENTOS DE TROPA

(ENTRE INDIOS Y MILICOS)

Como se cumple una órden.—El perro adivino.
El Miliciano Rojas.
El verdadero valor.—El Señor Bonifacio.
En la pampa.

2.ª EDICION

CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernacion de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
Esquina San Martin y Cangallo

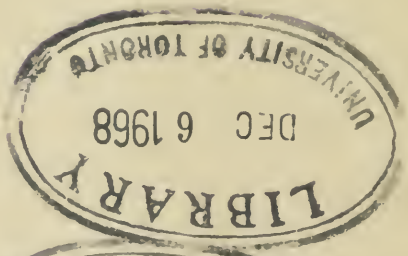
LA PLATA
Boulevard Independ., esq. 53

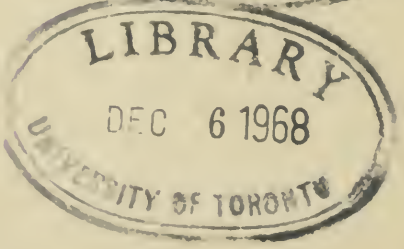
ROSARIO
629 — Córdoba — 635

1891

PQ
7797
G33C8
1891

Propiedad del Editor





Este libro no es un cuadro pintado por eximio artista; apenas un rudo boceto mal dibujado por un hombre de guerra, ligero trazo de algunos rasgos de la vida militar de otros tiempos, delineado alegremente sin pretension literaria alguna. Es el fruto de la observacion: por lo tanto alguna vez es brutalmente realista, huyendo de sus páginas la estética del lenguaje culto, para dar lugar á la ruda originalidad, que le da su verdadero carácter.

Fortun de Vera.

PRÓLOGO

CUENTOS DE TROPA

El autor es el general
J. I. Garmendia

La literatura argentina no ha salido todavía de su infancia.

No tiene aun sus Shakespeare, ni sus Balsac, ni sus Byron, que arrancan al alma sus mas escondidas notas; no tiene ni siquiera sus Dumas que enlacen con el presente por la novela las tradicciones del pasado.

Hijos de una patria en que todo ha habido que hacerlo ó que destruirlo, nuestra labor ha sido mas de accion que de pensamiento. Obligados á manejar la espada antes que la pluma, nos hemos encontrado en presencia de aquel dilema romano "ó hacer cosas dignas de ser escritas ó escribir cosas dignas de ser leidas."

Y hemos preferido lo primero, hemos trabajado

el bronce y hecho la estátua, antes que dar relieve á sus contornos.

Como una esperanza, como un acento, como una invocacion al porvenir, del seno de la ruda tarea han partido, sin embargo, de cuando en cuando, esos ecos que anuncian á todos que ha de llegar la hora en que al edificio de granito se le ponga la corona de luz.

Lopez ha cantado nuestras glorias, Echeverría nuestras selvas, Juan Cruz Varela nuestras batallas, Hidalgo y Ascasubi la Pampa con sus gauchos que se van, dejando un recuerdo imperecedero de nuestra nacionalidad; pero faltaba hasta ahora el narrador sencillo de nuestros heroismos oscuros, el tourista literario, si puede decirse así, que fuese tomando aquí y acullá los relieves resaltantes del animado cuadro donde se han movido en los campamentos, en la Pampa, en la vida cívica, en las últimas ó en las primeras filas del pueblo criollo, esas figuras desconocidas ó recordadas que han dejado á su paso un rasgo de nuestras viejas costumbres, un ejemplo del valor argentino ó una señal indeleble de nuestro espíritu normal.

Ese narrador que faltaba hace ya algun tiempo que vive entre nosotros iluminando con sus relatos nuestras batallas, dando colores á la escena agi-

tada en que él mismo ha vivido, complementando con los detalles la obra de nuestros historiadores futuros y salvando del olvido hombres y cosas dignas del recuerdo de la patria.

Su nombre, que una incomprensible modestia le hace ocultar en esta nueva obra que da á luz, no es un nombre que la sociedad no esté acostumbrada á oir con cariño—él está ya escrito en la lista de los historiadores argentinos y se le descubrirá fácilmente, sin duda, al través del velo con que intenta cubrirlo.

Si el género de la tarea no lo descubriera, lo descubriría, por cierto, la amenidad de las narraciones, la fluidez del estilo, el amor á la tierra, el cariño al ejército que resaltan en el libro que va á leerse, de filiacion tan marcada, por todo aquello, con los anteriores que ha publicado con su firma al pié.

Debe haber para su patria en el alma de este cronista esencialmente argentino, algo de aquel profundo sentimiento inglés—si yo no fuera inglés, quisiera ser inglés—cuando en su empeño de presentarnos grandes, generosos, buenos y bravos, nada lo distrae ni el materialismo que todo lo ha invadido, ni el desencanto que todo lo postra, ni las turbulencias de nuestra democracia que todo

lo agita, ni siquiera el ruido de los combates sangrientos en que él mismo actua, como si buscara allá, entre la muerte, no las vanidades, ni los honores, sino una página mas donde escribir un capítulo de honor ó de gloria para su patria ó para sus camaradas.

Educada nuestra juventud en escuelas extranjeras, por mas que figuren en nuestro presupuesto, sale de ellas sabiendo mucho de César, de Colbert, de Pitt, pero á penas conoce á Moreno, á Rivadavia, á Alvear, porque pasa rozando sobre nuestras grandes figuras nacionales.

La revolucion francesa le es mas conocida que la argentina y sabe mejor las guerras Médicas que las guerras de nuestra libertad.

Así le vemos produciendo mucho y bueno en literatura universal, pero muy poco relativamente en literatura argentina.

Es una excepcion de esa regla el escritor que nos ocupa por la índole de sus escritos llenos del espíritu nacional y tiene por esta causa accidental, sino la tuviera por su mérito intrínseco, un título indispensable al aplauso de los que amamos la patria.

Describir en detalle el libro cuyo breve prólogo escribimos, sería arrebatarle parte del interés que está destinado á despertar, arrancando de él sus mejores líneas y destrozando el conjunto.

Le entregamos todo entero, pues, al juicio público que ha de ser como el nuestro—un juicio de reconocimiento y de aliento al distinguido escritor que consagra al brillo literario de su patria sus mas nobles esfuerzos.

EPIFANIO MARTINEZ.

Enero de 1891.

CÓMO SE CUMPLE UNA ÓRDEN

Al señor Coronel don Jorge Reyes

I

Un pequeño ejército, bien constituido, ha de preveer la victoria sobre inmensas muchedumbres armadas.

Los buenos elementos constitutivos de un ejército, únicamente se pueden elegir con precision y verdadero discernimiento, cuando ha pasado la lucha que es la única escuela politécnica práctica donde se ha podido conocer por esperiencia propia, lo que vale y lo que no vale, ó lo que debe ser apropiado á tal ó cual empleo, ya sea en la defensiva como en la ofensiva. Tan es exacta esta verdad que solemos calificar de ejército aguerrido, á excelentes tropas, para manifestar con una sola frase, la designacion del soldado madurado en la enseñanza de la guerra, ejercitado moral y materialmente en los peligros, avezado á todos los percances que pueden ser previstos, robusto, valeroso, ingenioso, perspicaz, constante, marchador, disciplinado y con otras grandes virtudes y calidades militares que pueden hacer victoriosa á una

pequeña fraccion de hombres, de otra mayor que no posea esas excelsas condiciones, y en la que no se podrá nunca hacer con conciencia la seleccion de esos elementos; aunque estén las unidades tácticas agrupadas convenientemente y organizadas en tiempo de paz; en esa circunstancia será siempre al acaso que se hace la eleccion de los predilectos, solo por la apariencia, que está tan distante la mayor parte de las veces de la verdadera figura que se prevée, como la de un cabo á un general.

En nuestro pais, en el que el favoritismo desde algunos años á esta parte, ha transgredido más de una vez las ordenanzas que nos rigen; donde ha hecho más mal ha sido en los colegios militares. De esta delicada institucion se ha hecho un antro de refugio para algunas familias que no saben que hacer de sus deudos, ó no tienen como educarlos, importando poco que tengan ó no vocacion por la carrera de las armas, y es por eso que se ven allí alumnos que han entrado sin tener la edad, ni estatura requerida por la ordenanza, ni ninguna calidad militar moral, ni fuerza física, quebrantando el reglamento en todas sus partes, hasta el punto de ser admitidos como alumnos, personas que á penas saben leer y escribir, escamoteando el severo exámen de ingreso y aumentando exageradamente, contra la ley y el presupuesto, el

mero de alumnos, poniendo por esta causa en condiciones difíciles á los catedráticos que han calculado la enseñanza para un número menor y con mayores aptitudes.

De aquí parte que una fraccion de los oficiales del ejercito no alcanza tal vez el brillante rol de su tan delicada mision; he dicho delicada, porque en los ejércitos mas bien organizados del viejo mundo con dificultad un 20 °/₀ llenan las condiciones del buen oficial: activo, ilustrado, disciplinado, inteligente, valiente, constante, modesto, leal y caballero, fuerte en la fatiga y capaz de remontar rápidamente la luminosa escala del templo de la gloria.

Qué extraño es que esto suceda cuando en tres mil años la humanidad no ha producido sino cinco grandes notabilidades militares, Alejandro, Aníbal, César, Napoleon y Federico II, mientras que de otros gremios han surgido abundantes emanaciones de la grandeza humana, como para señalarnos que la ciencia mas difícil es la de la guerra, porque tiene en contra el espíritu de conservacion y lo imprevisto, en medio de los grandes peligros y de la abrumante responsabilidad y del embate de las pasiones mas violentas.

Si esto es así, cuánto empeño deberemos demostrar para constituir el cuerpo jerárquico del

ejército. ¿Acaso un oficial no ha de ser en un buen ejército un eximio ciudadano? De otro modo en el futuro, cuando más, solo se tendrá una jauria de leones mandados por la inercia y la ineptitud.

Si es verdad que durante la paz se forman, organizan y educan los ejércitos, es decir en las grandes potencias militares del viejo continente, donde el oficial trabaja ocho ó diez horas diarias en la práctica de los diversos ramos del arte de combatir, es necesario la guerra para conocer sus verdaderas buenas disposiciones y coger al vuelo sus misteriosas revelaciones. ¡Cuántas veces en el imberbe subteniente no distinguis al futuro general ó se adivina en su claridad y rapidez de concepcion en el peligro, un ente superior! y se puede colegir de sus relevantes aptitudes ancho porvenir á su carrera, asombrando esta revelacion, pues jamás se supuso en ese oficial modesto, silencioso y postergado, porque no era un charlatan ó un metomentodo tantas dotes especiales y distinguidas, al mismo tiempo que el desengaño hiere de sorpresa al conocer á fondo á ese otro oficial, de quien se creyó siempre que se haría notable en el momento dado, no encontrando en él en esa circunstancia ninguna calidad que pueda sobreponerse á los demás; al contrario, su descenso es tan rápido en los supremos istantes, que su eclipse produce un verdadero sentimiento.

Es oportuno recordar lo que alguna vez pasa en el ejército aleman, narrado por los mismos alemanes. [1]

" Se observa en Alemania que algunos comandantes de batería conocidos como excelentes oficiales, rechazan en absoluto las clases reputadas por su extenso saber. Explicando esta conducta, dicen, que aquellos por lo general son unos fanfarrones pretensiosos, mientras que otros elementos más modestos, de los que se ha dicho, " *No tienen genio, ni sentimiento, pero en el lugar del corazon, el reglamento*" son más celosos de sus deberes y por consecuencia más útiles que los tales sabios. Relativamente á este proceder se puede muy bien establecer cierta analogía entre las clases y los oficiales. El servicio militar no presenta tales dificultades que impidan que un jóven militar, dotado de buenas intenciones, pueda adquirir el sentimiento del deber, el celo y la perseverancia necesaria para cumplir con sus obligaciones, sin que por eso, para alcanzar ese objetivo, haya necesidad del genio."

" El genio, al contrario, sin las cualidades brillantes del carácter no tiene aplicacion alguna, sobre todo en lo que concierne al desempeño del

(1) Muller.

oficial subalterno; y con frecuencia le proporcionará más sinsabores que ventajas."

"No existe, pues, ningun grave obstáculo para que el oficial pueda llegar hasta aquel grado de mediana ciencia, siendo por lo tanto más culpables y menos dignos de su posicion, los que no la posean por su negligencia en adquirirlos."

"No era sin razon que los antiguos griegos fulminaban la muerte contra la pereza persistente, porque cuando no se aplican al bien general las felices disposiciones que hemos recibido de la Providencia y no se hacen fructificar estas dotes naturales, cometemos un verdadero crímen."

Para confirmar lo que acabamos de exponer, es decir, que el oficial no necesita la erudicion que no le dá carácter, presentaremos en la historia numerosos ejemplos en que hombres casi desprovistos de conocimientos científicos, han llenado con lucido éxito el verdadero rol del hombre de guerra. El jefe del bando Cathelineau, el pastor Hofer, el cura Merino, Paez, Güemes, Rivera, Quiroga, Artigas y tantos otros rudos soldados, mandando grandes masas de combatientes, han jugado un brillante rol en las campañas en que han actuado, y con su energía, su lucidez de ingenio y su profundo conocimiento de los hombres, han alcanzado victorias

sobre capitanes distinguidos, mientras que por otra parte, hombres de una educacion y de una ciencia poco comunes, considerados durante la paz como militares eximios, tales como Mack, Massembach, etc., han dado en la guerra un completo fiasco. "A los primeros Dios había concedido todas las cualidades de carácter, habiéndoselas negado á los segundos, que no podían suplirlas sino con la ciencia del gabinete," esa ciencia tan revuelta de guarnicion que tanto combato en el oficial subalterno, que bastante ocupacion tiene con el estudio y cumplimiento de sus deberes para con sus superiores é inferiores.

Un oficial ilustrado que con método y sin pedantería va inculcando en su espíritu los verdaderos preceptos de la guerra que le incumben, segun su grado, y formando su carácter con saludables ejemplos, es inapreciable; pero es altamente ridículo un pedagogo que pretende enseñar y corregir materias superiores á su alcance, y á sus obligaciones que desprecia é ignora, olvidando que en la aplicacion de ciertos detalles de la disciplina y del fuego, está el nervio de las batallas, que el no conoce sino por narraciones entusiastas y suposiciones tal vez equivocadas.

Esa es la razon porque encuentro sumamente perjudicial á nuestro ejército el estancamiento en

las ciudades de los oficiales que salen del Colegio Militar, en vez de acudir, alternando algun tiempo, á la frontera donde se lleva la vida gloriosa del sobresalto y del sufrimiento, y se conquista con ostensible sacrificio el honroso derecho de los ascensos.

Allí se despierta la verdadera vocacion del soldado y la perspicacia de la guerra, aprendiendo algo que es muy difícil al hombre civilizado, que es el gran servicio de campaña americano, donde reposa la seguridad de los ejércitos, y los primeros principios del arte sublime, además del endurecimiento del físico en las fatigas abrumadoras de la vida del soldado.

La rapidez del ascenso superior en personas que aún no han demostrado las aptitudes necesarias en el empleo con que se les honra prematuramente, alguna vez produce efectos contraproducentes, pues no se puede calificar esto de otra manera cuando se dan grados de alta responsabilidad sin haberlos ejercido interinamente algun tiempo, de modo que se pueda de antemano ensayar prácticamente las condiciones de mando que adornan al presunto agraciado, ó conquistarlos con servicios eminentes ó heridas recibidas en el campo de batalla demostrando bravura. Esto no quiere decir que entre los ascendidos al improviso

y afortunadamente no haya quien no lo merezca por sus relevantes aptitudes; pues eso será siempre una excepcion, que es peligroso admitir como principio general, sin la exposicion práctica que se necesita para llenar las delicadas exigencias del mando superior, porque en esas jerarquías morales estribará siempre la victoria ó la derrota, encarnada la una ó la otra en la buena ó mala disposicion de los generales de un ejército.

Soy partidario decidido de la juventud, porque ella en los ejércitos tiene el rol mas brillante y hermoso, el entusiasmo patriótico del combate; pero creo, que el mayor mal que se le hace, es demostrarle que la escala de los ascensos en la carrera militar argentina, no tiene dificultad ninguna; ni importa un sacrificio el adquirirla, y que es tan fácil como subir cualquier escala cómoda, cuyos peldaños se remontan con mucho descanso, y que lo mismo tiene para el favoritismo los distinguidos servicios de cuarenta años, como los insignificantes que puedan representar la tercera parte.

Estas son verdades amargas pero oportunas, para enseñar que se exponen aquí sin la intencion de herir á nadie, sino hacer notar un grave error cuyo remedio se tiene á la mano, siempre que nos demos cuenta de lo que es y será un buen ejército, y no se haga juego de niño de la primera

institucion del pais, que está encargada nada menos que de la salvaguardia de la patria.

Ahora vamos á nuestro título que se relaciona con lo que concluimos de decir, cuya moral es, que por lo general, solo en las rudas campañas y en el fuego, se pueden elegir á los verdaderos oficiales, tomando esta palabra en su mas amplia acepcion.

II

Los sucesos de Julio me sorprendieron en la tranquilidad de mi vida patriarcal, y dejando todo lo que mas amo en el mundo, entregado á la mas horrible desesperacion, como un ciego que no sabe donde va, me arrojé á la calle impulsado por esa frase terrible que se denomina en el lenguaje del sacrificio ó el juicio de cada uno: "El cumplimiento del deber;" que lo obliga á uno en ciertas circunstancias á ejecutar acciones que pugnan con nuestra índole, como sucede muchas veces en nuestras luchas sociales en que se levantan los amigos de la mesa del festin ó abandonan el suntuoso baile, para ir á enfrentarse con el arma homicida, llevando siempre el prematuro remordimiento de haber dirigido una bala al acaso que cobardamente impulsada por esa fatalidad infame, va á partir el corazon á ese hombre querido, con quien en dulce algazara chocamos hace un momento la copa rebosando la alegre espuma del alma.

¡Cuán dolorosos son estos acontecimientos para una alma sensible, que ha consagrado toda su existencia al sagrado culto de la amistad y que sabe que todas las manchas se lavan menos las de la sangre, sobre todo, esa sangre que se derrama á impulsos de las violentas pasiones que agitan el ánimo en momentos de efervescencia política, y es por eso, que sobre nuestras contiendas de estos tiempos, corre pronto el velo del olvido, como para ocultar á la patria los horribles desgarramientos de la lucha social. Hasta en eso, el pueblo argentino es grande, se baten como leones y en seguida, aún humeando la noble sangre de los héroes que cayeron defendiendo su bandera como lo entiende cada uno, se abrazan como caballeros, para demostrar que el vil rencor no existe en los vigorosos pechos que afrontan con suprema valentía el peligro.

III

Era el 26 de Julio, la lucha se había empeñado con encarnizamiento tal, que jamás nosotros los veteranos habíamos oido un fuego tan intenso y atronador.

La crepitacion incesante de la mosquetería iba sostenida por el retumbo acompasado del cañon, que como una ola de fuego envolvía el pequeño perímetro del combate.

Mientras que esto sucedía, una débil y heterogénea columna compuesta de bomberos y soldados del 4.º de línea, partía de la Plaza de la Libertad, rompiendo los muros del centro de las dos manzanas comprendidas entre Córdoba y Viamonte se aproximaba á la Plaza del Parque guardando el secreto en lo posible en tan delicada empresa; el trabajo se hacía rápido, los boquetes se abrían como por encanto y pasaban los milicos cubiertos

de polvo y cal, chorreando el sudor de la fatiga por sus nobles frentes de soldados impacientes, por llegar á un desenlace, que aunque revestido por probabilidades en favor, tenía siempre aquellas en contra, qué exabrupto se presentan en los momentos decisivos de las más hermosas operaciones. Sin hacer caso de las balas que sin cesar silbaban sobre sus cabezas, al fin llegaron á las tres de la tarde á la casa del señor Bengolea. Se dió entonces comienzo á la abertura de la brecha en un muro de una solidez tal, que demoraba el trabajo con detrimento de la tranquilidad del jefe que cargaba sobre sí una tan grave responsabilidad, por haberle asegurado al General Levalle el éxito de la empresa: impaciencia indomable que sufre el que va poniendo en práctica secretamente una idea de guerra, y espera por momentos que lo descubran. Al fin se vió luz del otro lado, más de improviso, se presentó un nuevo obstáculo que superar: el agujero correspondía al sótano de la casa, no á la planta alta, á la cual solo se adoptaba una pequeña parte; fué entonces necesario refrenar el afan violento y pedir consejo á la calma y tratar de agrandar el boquete que daba á aquella; mientras tanto, el jefe de la fuerza, que llevaba sobre sí una carga moral de tan grande peso en la arriesgada empresa, dirigió la vista á su alrededor y de repente encarándose con un oficial de bomberos de arrogante figura, le dió la siguiente órden:—Entre Vd. al

sótano con dos soldados, explore bien ese lugar y vea dónde sale y que gente hay allí, é inmediatamente comuníqueme lo que haya. Vea, teniente, no me venga á decir lo que le han dicho, sino lo que ha visto por sus propios ojos.

Adivinándose en este oficial carácter y decision es que se le ordenó este peligroso reconocimiento que era bajo todo punto de vista necesario y apremiante y constituía la base de la operacion, pues á todo trance el que iba á sorprender debería evitar que fuese sorprendido, y saber en qué terreno había de maniobrar y con qué número de adversarios.

Las operaciones que se practican en la guerra con tanteos de ciego, jamás obtienen éxito, es pues indispensable saber en ciertos momentos tanto ó más que el enemigo, como pretendía el jefe de la fuerza gubernista que sucediera, cuando ordenaba ese reconocimiento de bombero pampa.

Este oficial penetró resueltamente á la oscura caverna seguido de los dos soldados, á los pocos pasos lo envolvió la oscuridad más completa y tanteando por los recovecos descubrió al fin una débil claridad y dirigiéndose á ella pudo encontrar una escalera que daba salida al edificio del señor Bengolea. Una vez allí subió con audacia guardándose

al mismo tiempo con las mayores precauciones para no ser sentido y supo por el ocupante de la casa de altos, el distinguido Doctor ....., que el enemigo estaba posesionado de la azotea y combatía rudamente contra las posiciones de la Plaza Libertad. Entonces, á pesar de las observaciones que le hacía aquel señor referente al peligro á que se esponía en la esploracion que intentaba, que por otra parte creía innecesaria por haberle ya indicado la posicion de la fuerza revolucionaria, se dispuso á cumplir la órden que tenía, *de ver las cosas con sus propios ojos.*

Con la mayor cautela ascendió la estrecha escalera de la azotea y arrastrándose como un lagarto hasta la entrada de ésta, vió un grupo de adversarios que hacían fuego con decision y loco entusiasmo á los cantones del gobierno.

Regresó rápido, cubierto de polvo y se presentó, al jefe de la fuerza á darle cuenta de lo que había visto.

Su actitud en ese momento era serena y resuelta, indudablemente en ese oficial de tiempo de paz germinaba, con remarcable vigor, un bravo corazon de soldado.

Una vez abierta la brecha de la casa del señor

Bengolea penetró una parte de la secreta columna que desde la Plaza Libertad venía ejecutando una operacion sigilosa y astuta, verdadera estrategia del combate de calles y bien se le puede aplicar este nombre, aunque en pequeña escala, con relacion á los movimientos que en este momento se desarrollaban allí.

Esta operacion que era el comienzo de otras análogas que convergian á un plan improvisado en el campo de batalla, iba recien á alcanzar su objetivo: la sorpresa en el corazon del enemigo; la audacia razonada triunfando sobre la fuerza y la inexperiencia, ocupando en seguida un punto de importancia tal, que barría su plaza de armas, neutralizando en parte el poder de su artillería y amortiguando el vigor de la revolucion que optaría por la defensiva, haciéndola suponer el intento en las fuerzas del gobierno de tomar resueltamente la ofensiva, influyendo de tal modo en la moral de los bravos adversarios, que trasformaba la crítica situacion de los de la Plaza de la Libertad donde tan escasas eran las fuerzas y el espíritu un tanto fatigado, que á la hora en que se ejecutaba esta operacion apenas contaba su inquebrantable y valiente general con cincuenta hombres de reserva; todo lo demás había sido empeñado en la lucha.

IV

En la casa del señor Bengolea se supo á ciencia cierta la verdadera situacion del enemigo.

Un inesperto y valiente oficial ocupaba la azotea de la casa del señor Carrié con algunos hombres y desde allí personalmente, olvidando su mision, hacía fuego con los compañeros á los cantones de las fuerzas del gobierno, sin preocuparse de lo que tenía á sus pies, le iba á suceder lo que á aquel astrónomo que por mirar las estrellas cayó en un pozo. La sabiduría de la esperiencia y sobre todo la de la guerra, no se consigue sino con los largos años de servicio, refrescando y aumentando continuamente con el estudio, ese caudal de ciencia tan costosamente adquirida.

Sí, creedlo mis jóvenes camaradas, si os proponeis levantar la moral decaida del ejército, es necesario que tengais más veneracion por las tradicio-

nes militares y más respeto por esa antigua escuela que tanto despreciais, cuyas hazañas aún no habeis alcanzado, donde se han formado los Mitre, Roca, Gelly, Arredondo, Levalle, Campos, Mansilla, Ayala, Arias, Viejobueno y tantos otros, bajo una férrea disciplina, que es la única clave para ejecutar entre los más grandes horrores del sufrimiento y del temor, las más encumbradas acciones.

El jefe de la fuerza gubernista una vez que se enteró bien de la posicion del enemigo que iba á atacar, buscó en su cabeza militar el medio como tomarlo prisionero, pero vió que era imposible en razon que para subir á la azotea que le servía de baluarte, era necesario ejecutarlo por una estrecha escalera, hombre por hombre, de manera que solo por una sorpresa audaz se podía conseguir el triunfo, en razon de las ventajas de la posicion que ocupaba el adversario, tanto por poder utilizar en el momento dado todo su fuego como por dominar la estrecha entrada á la azotea que solo podría conquistarse por un rasgo de marcado valor.

Con grande asombro del jefe de las fuerzas nacionales la posicion fué tomada sin sorpresa, pues antes del fuego hubo un cambio de frases, especie de ¡Alto ahí, quién vive! entre el capitan atacante y el subteniente insurrecto, y solo respondiendo al intento agresivo de éste fué que se rompió el fuego

por ambas partes, triunfando la disciplina embayonetada; porque á quema-ropa es *la bayoneta sabia* la que tiene la supremacía. ¡Oh, inmortal Souvarof! tu doctrina hará camino, sino que lo diga la brigada inglesa armada con Martini-Henry destruida en Isandula por los zulús que solo oponían corazones de leones á ese fuego estupendo; pero su perseverancia salvaje, su heroismo bárbaro les hizo vencer con miserables picas á la tropa reputada por la mejor de Inglaterra, y quedó sentado, y bien sentado en las prácticas modernas del embravecido Marte, que alguna vez *la bayoneta es sabia* como en otras *la bala es loca*.

En este hecho de armas que venimos narrando, más estratégico que táctico, se vió serena la figura del teniente explorador del sótano y empezó á llamarle la atencion al jefe de la fuerza la actividad que demostraba en todos los momentos.

Al ocupar la azotea, despues del triunfo, las fuerzas gubernistas fueron repentinamente asediadas por una mosquetería nutrida que partía de las posiciones que ocupaban sus mismos compañeros contorneando la plaza de la Libertad, al mismo tiempo que desde los cantones revolucionarios agredían sin descanso á los nuevos ocupantes, de modo que hubo un momento en que el punto asaltado era un mal baluarte á causa de la interseccion de las balas

amigas y enemigas, y se presentaba un gran peligro neutralizando el reciente triunfo, que solo fué salvado haciendo ocultar lo mejor posible á la tropa.

Vista esta situacion difícil, el jefe de la fuerza llamó al teniente explorador del sótano: ese oficial alto, de gallarda presencia y gran nariz viscaina, de mirada placentera y de faz salpicada de antiguas cicatrices de viruela, y le dijo:

—Vaya y dígale al General Levalle que de los cantones amigos de la plaza de la Libertad nos están haciendo un fuego mucho más temible que el del enemigo.

El oficial partió rápido, al cruzar la calle de Córdoba recibió una descarga que medio le descuajó el kepí, siguió adelante y se presentó al general y le dió cuenta de su comision.

Entonces Levalle le dijo:

—Señor oficial, vaya Vd. mismo y prevenga al Comandante Smith que no hagan fuego sobre nuestras posiciones avanzadas que se encuentran esquina Viamonte y Libertad.

Salió rápido, más en la esquina de la calle de

Cerrito y Paraguay recibió un balazo terrible en el pómulo izquierdo de su faz abierta y franca.

Cayó de súbito á tierra: parecía desplomado por una muerte instantánea, y la sangre á borbotones afluyó rápida, como tropezando de la boca, nariz y de la horrible herida. En seguida, con sorpresa del Mayor Oliveros Escola y del teniente Bussich que habían acudido á levantarlo, se incorporó con los ojos medio velados, vidriosos como los de un moribundo, paseando la mirada de un idiota á su alrededor como indicando un pesado aturdimiento y ayudado por estos oficiales subió á duras penas la escalera del canton del Comandante Smith conduciéndolo donde éste estaba.

Al verlo, el desfallecido herido hizo un ademan indicativo señalando con la mano algo que nadie comprendió en el primer momento; entonces lo sentaron desfallecido, agonizante, sosteniéndole la ensangrentada cabeza: hizo un postrer esfuerzo y sobre la mano indicó que quería escribir.

Al instante le proporcionaron papel y lapiz, creyendo que deseaba estampar su última voluntad ó el postrer adios á la mujer querida; y mezclando al tizne del carbon la sangre de su cabeza, garabateó con supremo esfuerzo lo siguiente:

—Dice el General Levalle que no hagan fuego á nuestras posiciones avanzadas esquina Viamonte y Libertad del Coronel G..... ¡Viva la pa.....! No pudo concluir, dobló la pálida frente y quedó desvanecido en los brazos de los que lo sostenían al mismo tiempo que un cuajaron de sangre salpicaba el papel; ese autógrafo, de un bravo, hará imperecedera una bella accion.

Ese oficial modesto é ignorado en el mundo militar, se llama José A. Berreto, capitan hoy del Cuerpo de Bomberos.

V

Si es verdad que las luchas civiles presentan la faz dolorosa de herir en lo más íntimo las fibras del corazon, en cambio es la escuela interna donde se ensayan el gran poder armado de la nacion y se pueden en su experiencia elegir elementos de gran valer que vegetan en la inercia olvidados ó desconocidos.

Así por ese lado también son ventajosas cada diez años *las grandes maniobras revolucionarias* que reemplazan alguna vez con ventaja los simulados movimientos de los ejércitos europeos, demostrándonos los defectos de nuestro sistema militar, atrofiados por la paz y la molicie. .

Julio 1890.

EL PERRO ADIVINO

(ROMANCE PAMPA EN ESTILO CROILLO)

Al señor General don Lucio V. Mansilla

I

CORRÍA el año de 1872.

Los indios con su audacia é insolencia acostumbrada, se habían lanzado sobre el partido del Nueve de Julio como una bandada de hambrientas aves de rapiña.

La situacion era apremiante.

El sobresalto de la capital del partido inspiraba compasion, porque el miedo que aumenta terriblemente, aún, las exageraciones del peligro, presentaba ya al feroz salvaje á las puertas de Cartago. Entonces fué que recibió órden el Mayor B. que se encontraba de paso con su cuerpo, en el pueblo del Bragado, de marchar apresuradamente en socorro del Nueve de Julio, que segun las voces espeluznantes del pánico, estaba sitiado por los indios, que de un momento á otro no dejaría títere con cabeza, ni se harían esperar como

aquellos feroces turcos que resaltan con negro colorido en la sangrienta toma de Corynto, ideada en hermosos versos por el inmortal Byron, que conmueve al lector con los supremos horrores de un pillaje otomano, y cuando la impresion que produce esa pavorosa lectura llega al colmo, el esplinado poeta siguiendo los estrafalarios impulsos de su ironía genial, da un giro tan ridículo al asunto, que no se puede menos que prorumpir en una carcajada, hace que en medio de la matanza y de las escenas más pavorosas, salgan desesperadas las viejas á la calle, gritando enternecidas:

—¿Y cuándo empiezan á violar?

El preeminente vate inglés no dice si esa impaciencia ridícula é impudente fué ó no defraudada.

En una noche del mes de Julio de un' crudo invierno, serena, sin una brisa, ni una nubecilla, y estrellada como un arnero forforescente, noche espantosamente fria, en la que caía mansamente una atormentadora helada, se puso en marcha el referido Mayor con su fastidiada tropa, y encaminóla por la via que conduce al villorrio de fecha inmortal.

El frio era intenso, y sin piedad aletargaba dolorosamente los ateridos miembros de los pobres

milicos, que en la posicion casi inmóvil del caballo que soportaban, se prestaba más al sufrimiento, sin encontrar otro abrigo que el rangoloteo cadencioso de los matungos, y uno que otro trago de caña, que calentando la cabeza, enfriaba los pies que no se sentían engargantados en los estribos de fierro estañado.

Toda marcha nocturna de suyo, despues de las primeras horas, es pesada é insufrible, y mucho más cuando se ejecuta á caballo, y en las condiciones climatéricas que esta se hacía; de manera que el que vive al lado de la chimenea, no puede ni remotamente imaginarse lo que son estos sufrimientos físicos militares que á los mismos del oficio les hacen cosquillas.

La marcha continuaba cada vez con más torpeza y pesadez manifiesta, empezando un sueño persistente y letal á hacer más difícil el movimiento uniforme y unísono de la tropa, cuyo ruido del andar de las cabalgaduras semejaba la crepitacion, amortiguada por la distancia, de un combate nocturno de mosquetería.

Despues de media noche, se empezó á distinguir allá á lo lejos, en direccion del pueblo en julepe, los cohetes de alarma que el Juez de Paz lanzaba á cada momento con nervioso sobresalto, como un

hombre desesperado que pide auxilio á todos los vientos.

La vision lejana aproximaba agradablemente los ánimos al fin bienhechor de la jornada, y con ese consuelo aparente se continuó la marcha con más espíritu, hasta que el lucero precursor de la aurora envuelto en una capa espesa de escarcha, metafóricamente traducida por un vientecito penetrante que levantaba la helada, hizo husmear ya claramente la proximidad del punto de arribo. Entonces recrudeció el frio con su último furor nocturno al despertar la alborada; y empezó á platearse el negro cielo con un resplandor vago, semejante á un mar de hielo que se ve en la noche; y un momento despues se ruborizó el horizonte, y se pudo distinguir ya con alegría, á cercana distancia, como el panorama repentino que refleja una linterna mágica las blancas casas del pueblo escondido detrás de una colina.

El salvador batallon penetró á la gran aldea de inmortal renombre, mejor dicho, lo penetraron las pobres bestias, porque sobre sus machacados lomos no venían hombres, sino una petrificacion en masa, ambulante, algo como maniquies de nieve montados á caballo.

El Juez de Paz con algunos vecinos armados á

la revolucionaria, salieron con arrogante porte á recibir á los recien llegados. El Mayor ordenó al trompa que batiera marcha; éste tomó la corneta con dificultad y la llevó á la boca; ni un punto; en vano sopla que te sopla, nada; el toque se había congelado en el vientre de la corneta, tal cual le sucedió á Manolito Gazquez cuando viajaba por los polos, y tomó la bocina para hablar á la tripulacion de un buque que estaba próximo, llenando á este de admiracion cuando colgándola en seguida cerca del fogon de la cocina, al ratito no más, empezó á hablar sola. El trompa guardó silencio, silencio elocuente que fué comprendido por el Mayor que tambien tenía el habla congelada.

Al fin hicieron alto: era curioso ver el entorpecimiento de los miembros; ni manos para tomar la cabezada del recado, ni piés para apoyar el descenso; en fin, á qué continuar con un frio que no hace al caso y que puede muy correctamente resfriar este artículo, baste pues con decir, que el reverso de la noche fatal fué el calor bienhechor del fogon, y un apacible sueño que recuperó con usura las fuerzas perdidas en la abominable jornada.

II

Estamos, pues, en el pueblo del Nueve de Julio.

Se deslizaba generalmente la existencia sin hacer nada y de cuando en cuando marchando aquí y acullá, á causa de las invasiones de los indios! Malditos chinos empelotados! que cuando ejecutaban sus malones no había un momento de descanso; tan pronto aquí, tan pronto allá, zas tras; de repente el cañonazo de la alarma tronaba en la línea de fortines de la izquierda: ¡A ensillar! déle trote toda la noche á ese rumbo; amanecía, á husmear las sombras de los indios; cañonazo por la derecha; llega un chasque á todo escape; los indios van por la loma del diablo, por el lado opuesto á la direccion de la marcha. ¡Imposible alcanzarlos! Renegada era pues aquella vida de frontera, que nunca fué recompensada ni con ascensos, ni con medallas, ni con nada en esa época en la que los

indios echaban pié á tierra y se venían sobre los fusiles fulminantes á lanza limpia, y á bola perdida.

Así trascurría el tiempo, y como no siempre eran las invasiones que nos entretenían agradablemente, empezó el Mayor á sufrir los más furiosos y melancólicos ataques de aburrimiento; él, sobre todo, que era un ardoroso politiquero, cuyo arte profesaba con vehemente contraccion, se encontraba pues fastidiado, porque había ya dado comienzo la contienda electoral entre mitristas y alsinistas, y no se habían acordado de él como buen preparador de éxito de elecciones; él, que sabía hacer lucir sus dotes de actividad, en los trabajos, y una elocuencia patriotera en el Club Jacobino; pero sobre todo, lo que más le había echado á todos los diablos, es que no había recibido ni una letra del Dr. Alsina, su gran caudillo espiritual y temporal. Esto lo tenía abrumado bajo el peso de las suposiciones del despecho, alarmado por el valer de su crédito, y resentido por suponer apocada su importancia política.

En esta situacion se reconcentraba el Mayor en sus más íntimos pensamientos; arrugaba teatralmente el ceño, y sostenía con energía este monólogo. ¿Será posible que me olviden, á mí que me han mandado preso por haber gritado una barbaridad con Eudoro Balza, en plena funcion del Teatro

Colon, cuando el General Urquiza nos hacía una visita? Yo que he peleado el 22 de Abril al lado de Adolfo Alsina y Lucio Mansilla; y demostrado un temple á toda prueba con Antonino Santa María en las famosas elecciones del municipal Mezquita, en ese combate legendario á ladrillo puro, que como los dardos del persa oscurecían el sol, en ese combate donde Sebastian Casares como quien tira confites en Carnaval, me descargó el revólver enterito; y siguió así el Mayor recordando todas las peripecias de su vida política que estaba salpicada con algunas escenas bien extravagantes en la que entraba un desafío por un ramo de flores con el capitan Hederra, aquella personalidad tan llena de chiste y oportuna de otros tiempos más felices.

Esta nerviosa meditacion fué interrumpida por la brusca entrada de un asistente conduciendo una carta; y sucedió entonces lo que vemos alguna vez; la fortuna acudiendo repentinamente á consolar las ingratas é inmediatas impresiones de la adversidad, viniendo en pos del hombre afligido bajo la forma de variadas manifestaciones; esta vez acudía encojida, doblada como si tuviera frio, dentro de una carta.

El Mayor tomó el sobre manifestando la intencion de adivinar la letra: una graciosa estampilla

ostentaba el retrato de Sarmiento sobre cuya cabeza se destacaba el famoso kepí de Caseros, echado para adelante como gorra de lazaroni. El Mayor nerviosamente rasgó el sobre: desdobló el papel: extenso era el escrito: dió vuelta la primera carilla buscando la firma: el inolvidable general Conesa la suscribía; carta política preciosa que le hacía don de lo que más necesitaba. El partido del Dr. Alsina se levantaba encarnado en la juventud, de Buenos Aires, y el Mayor como su fiel hechura inflado de autonomismo, era nombrado jefe de la fraccion política del Nueve de Julio; y en lisonjeros conceptos se desbordaban, cubriendo líneas estrechas una multitud de etc., etc., que halagando el espíritu del joven militar, con las satisfacciones del orgullo, prodigó en él un contento sin límites.

Empezó la faena y no hubo rincon donde no se hiciera propaganda ayudando los trabajos algunos nobles y distinguidos vecinos de la localidad, entre los que levantaba la cabeza el simpático Verdera; godo pura sangre, rubio, de anchas espaldas y atléticas formas como Anteo, montañés de Asturias, y por consecuencia descendiente de los héroes de Covadonga. Los mitristas por su parte estaban aterradamente escandalizados por esa prédica política con milicias, que ellos en ese momento desgraciadamente no podían hacer; y clamaban contra ese bochorno de las instituciones; de esas

instituciones que metidas siempre en la alforja de la ambicion, andan de un lado para el otro como bola sin manija; claro era el asunto; no tenían el sarten por el mango y no quedaba otro recurso que indignarse.

En política, debe hacerse como los monos cuando meten la mano dentro del mate lleno de maiz; se dejan primero matar antes de largar el puñado, siempre que esto tenga por objetivo honradez y patriotismo.

Pero un dia subió la cosa al colmo; tuvo lugar una manifestacion alsinista con banda de música militar, y vivas que se las pelaban á su caudillo; y déle cohetes y gritería; chin, chin; toque la charanga; en fin, el bochinche fué mayúsculo, coronado por una mamada en regla que asumió gigantescas proporciones alcoholizadas.

Como es natural quedó aterrada la oposicion, dilatando sus horizontes en despecho taciturno, y hubo un momento en que, meditabundo el Mayor, se sintió aplastado bajo el peso de su triunfo, esperando por lo menos un serio apercibimiento que no lo dejaría muy bien parado.

Las correspondencias fulminantes por el rayo del despecho, partieron rápidas á Buenos Aires,

exageradas, si acaso se podía exagerar lo ocurrido.

La situacion del Mayor era crítica pero comprendía bien que en política no debe andarse con paños tibios, y continuó buscando el mejor camino para llegar á su objetivo.

Pronto iban á tener lugar unas elecciones; todos los resortes electorales estaban preparados para el triunfo: su presencia en medio del campo electoral era la llave de la victoria, cuya cerradura era preciso encontrar antes; y entonces de lo alto de las pirámides, Alsina vería aunque fuera ciego, que era el mismo héroe del 22 de Abril, de la eleccion de Mesquita, aquel mismo adolescente que en medio de un luminoso discurso que pronunciaba Avellaneda en plena Cámara, le había gritado ahuecando la voz: "Déjate de cantar chingolo que me estás atormentando," en fin vería esto y mucho más.

¡Ah! mas no siempre los vientos alisios soplan la suerte! ¡Oh infausto destino que con ironía marcada haces un revoltijo de los contrarios sucesos humanos; matices crueles de la inconstante fortuna, que avivan sin cesar el ambiente de la vida, ya con la alborada risueña de un momento placentero, ó con la noche tétrica y helada del sufrimiento! Si lectores! sabed, que en medio de ese orgullo

electoral que halagaba con entusiasmo en todo momento al brioso militar, recibe una órden terminante del general jefe de la frontera, donde se le ordena que sin demora de tiempo se dirija á marchas forzadas á los toldos de Coliqueo; con el objeto de rechazar una horda que avanza á pasos rápidos á sembrar la muerte y la devastacion en aquellos solitarios parajes. La nota era seria y grave, revestida con esa solemnidad del mando que no hace titubear, ni se presta á comentarios: cuatro palabras enérgicas ordenando el cumplimiento de un deber á un subalterno.

Cayó el papel de las manos del Mayor que encerrado en un mutismo de inquieto sinsabor, solo dijo entre dientes: ¡Maldita órden! Un volcan de lava hirviendo subió á su cabeza, y sus ojos tomaron una expresion atroz de furia reconcentrada. Un Otello, embadurnado de teatro, á su lado sería un juego de niños: en ese momento su corazon no tenía nada de corazon, era algo como un hervidero de sierpes, más que eso, parecia que allí se movía convulso un bagual bellaqueando y enredándose en las fibras de la válvula de la vida. Entonces sacudido por el vaiven de esa lucha terrible exclamó con despecho:

¡Yo marchar!... ¡Jamás!... primero... mas deteniendo repentinamente la proyeccion de sus rebeldes ideas—torció al lado opuesto, y serenando

su espíritu se dijo para sí. Pero los indios van á entrar á robar, á matar, á incendiar, á cautivar, á arriar, y no es posible desobedecer. ¡Qué disyuntiva tan monstruosa! Qué hacer! ya siento el Yayayaaahh de los salvajes, el gemido taladrante de las víctimas. En seguida se calmó un momento y prosiguió discurriendo para sus adentros: bosquejó primero con fastidio aquella nueva Siberia con todos sus rigores pampas; pero como la calma trae la verdadera filosofía del reflexivo pensamiento, de silogismo en silogismo, arribó á un punto que un momento antes no había alcanzado su excitado caletre.

El golpe del Jefe de la frontera (mitrero de primer órden que hacía política á todos vientos guiñando un ojo) se prestaba á forjaduras de la duda, que presentaba como un golpe calculado con astucia; pues la invasion no era de indios, sino política, y simplemente un castigo á la jóven y arrogante petulancia alsinista; y un medio indirecto de sacar del pueblo al único factor que podía ganar la eleccion. La fumada era en regla y no había derecho á quejarse, había sido batido con las mismas armas; le arrancaba el triunfo de la mano, de esa mano indiscreta, por medio de una órden que tenía que cumplir bajo la más séria responsabilidad; porque si los indios invadían y él no estaba en su puesto, las inflexibles leyes militares serían inexorables para castigar con todo rigor tan grave falta.

Al fin se resolvió á partir abrumado por un humor insoportable, y pudo muy bien compararse su situacion, á la del amante que lo separan violentamente del ángel amado, sí, ángel amado puede decirse; porque la comparacion no puede ser más justa, atendiendo á la fiebre política que con manifestaciones intermitentes atacaba al jóven militar, y si no creen el caso, ahí está aún vivo, jóven, feliz, y querido de sus amigos, ese delirante de elecciones, de Torcuato Martinez, que cuando no tenía opositores en la parroquia del Socorro, llamaba á algunos zaparrastrosos de su tercio y los vestía de oposicion, indicándoles, por cierto, el bochinche con alaridos, el cuchillo reluciente, en ñanga pichanga, y de cuando en cuando unos tiros de revólver por elevacion, con mueras á Don Torcuato, acompañado todo de fulminantes protestas y otras cosas por el estilo.

Todo pronto para la negra partida, el Mayor hizo llamar á Verdera. Ante su esquisita presencia se erguió solemnemente; y como quien va á sacar la espada en un desafio de teatro, peló la órden, y estirándosela con dureza á su compañero de causa, movimiento que era acompañado por una mirada escudriñadora, le dijo secamente:

—Leed.

Verdera tomó la nota con sorpresa; pues la exterioridad del Mayor le había medio descompuesto el alma, adivinando ya en esa actitud algun contratiempo: tartamudeóla de arriba á bajo y no pudiendo ya un momento más aguantar su impaciencia asturiana, echó un terno español gordo y enérgico, de esos écos que transforman la boca en una caverna retumbante y exclamó con despecho:

— Nos han. . . . .

Entonces el Mayor comprendiendo el efecto desmoralizador de la nota, producido en el simpático español, se revistió de una gravedad rivadaviana y tocándole el hombro exclamó:

— Mi ausencia no importa nada, venceremos; delego en tí la espléndida victoria que será siempre más rápida que la promesa de un candidato.

Verdera que en alas de su pensamiento husmeaba á lo lejos la cosa, y que veía con desencanto, que faltando los puntales se venía abajo el edificio, movió la cabeza solemnemente, como suelen hacer los médicos con un desahuciado, y replicó con cierto aire sardónico que lo pinta muy bien Cervantes en la exterioridad imbecil aparente de Sancho.

— ¡Quien sabe!

III

MEDITABUNDO partió el Mayor á la cabeza de su cuerpo, convidado por el tranquilo y pesado paso del caballo, á un mundo de consideraciones sobre la disciplina que hace á los militares esclavos de todo y de todos, cuyo reflejo exacto está en la anécdota de aquel sargento andaluz que leía las leyes penales á un círculo de reclutas y empezaba con voz grave, pantalla de amargos latidos, así:

El que desertare, pena de muerte. El que se durmiere estando de centinela, pena de muerte. El que robare, pena de muerte.

De este modo iba leyendo el rudo soldado, y á medida que avanzaba en el código draconiano, sentía que se le subía la marea del enternecimiento hasta los ojos, y comenzaba á hacer pucheros, mas al fin no pudiendo ya soportar la emocion que le embargaba, abrillantó sus ojos con dolor, y cerrando el libro emocionado, exclamó tartamudeando:

¡En fin, camaradas! con decir á ustedes que vivimos por milagro de María Santísima, está todo dicho! para qué más.

¿Qué más leyes penales, que saber que en esta pun.... vida que se arrastra entre trabajos y penas, por todo lo matan á uno?

No solo consideraciones sobre la disciplina distraían la mente del Mayor, esto era un pretesto: lo lógico, lo real y lo positivo era que atropellase su pensamiento la fumada del jefe de frontera, que con artero disimulo le había visto el juego antes de jugar las cartas, y que con el as del mando ganádole la partida; y así, pensando, y pensando medios ó propósitos reaccionarios, arribó á su salvaje destino. A los toldos de Coliqueo.

De buenas á primeras se encontró desterrado entre un enjambre de salvajes borrachos y sucios, con un olor á potro capaz de zorrinear al más pintado, y no había más que cumplir extrictamente lo ordenado; porque con el moro valenton en ese tiempo no se jugaba.

Resignado el Mayor á soportar aquel género de vida, fué necesario que corriera en pos de algun entretenimiento, que combatiesen su nostálgia política; y procurase los medios más agradables para

pasarlo mejor, y desterrar el pesado aburrimiento que lo embargaba, tratando por lo tanto de formar un círculo social con sus nuevas y rústicas relaciones, que dieran un poco de nervio alegre á su melancólico ostra-cismo.

El lugar ocupado por los toldos de Coliqueo se denominaba *Tapera de Diaz*, y su terreno presentaba una planicie lijeramente ondulada en donde sin simetría, esparcidos, se encontraban los toldos algo distanciados unos de otros, albergando cada uno una madriguera de indios roñosos y haraganes de todas edades y de todas layas.

La única excepcion, que se veía en este aduar, que nos aproximaba un poco á la civilizacion por su diversa arquitectura, era la pulpería de material que enseñaba á los indios á ser más borrachos, más ladrones y más deseosos de lujosas necesidades.

En lugar de la cruz y de la escuela, se estimulaba al indio con el alcohol á los mayores vicios. Este es el sistema que siempre hemos tenido para civilizar al bárbaro, cuyos resultados siempre fueron negativos; porque en vez de civilizacion, adquirió sus estravios y desarrolló con más violencia sus feroces pasiones, impulsado por el lucro del pulpero, formando por esta evolucion moral un ser híbrido: el gaucho.

Dos ranchos espaciosos y bien construidos sombreados por algunos sauces llorones, pertenecientes á Justo y á Simon Coliqueo, formaban tambien contraste en aquella poblacion nómade y desaliñada, que aunque en apariencia era estable, no esperaba sino que el viento de la guerra soplase de la Pampa, para ir en pos del instinto de la querencia.

El Mayor con la fuerza de su mando, acampó á alguna distancia del alojamiento de Justo Coliqueo, y ocupó en un lugar próximo un rancho en construccion, que siempre presentaba mayor comodidad que la tienda de campaña. Frente á este alojamiento se encontraba el toldo del Capitanejo Vinchual, patriarca de numerosa familia, en la que brillaban con cierta rústica coquetería algunas chinas regularonas.

Vinchual era un indio bajito de incierta edad, como son todos los indios; mientras no son eternos de viejos, repartido en una constitucion vigorosa: las piernas cambadas por el uso del caballo, parecían una tenaza cuando le ceñían: sus pequeños ojos negros, feroces, centellantes, parpadeaban en la noche como las pupilas del gato; en su cara ovalada, los pómulos salientes semejaban dos huesos que se escapaban al galope de su lugar: la cabeza deprimida, resguardada por una espesa cabellera que

áspera y lisa llovía sobre su frente, acusaba poca inteligencia, aunque de esta no necesitaba, porque le bastaba el inmenso desarrollo de sus instintos selváticos: coloreado el cútis con el color bronce rojo del araucano, dejaba resaltar bien distintivamente sus gruesos y morados lábios, coronado el superior por unos cuantos pelos errantes y duros, rígidos hacia afuera como los del erizo.

Á pesar de su aspecto de tigre manso, afable, vislumbrábase en su carácter: charlatan sempiterno, tenía puede decirse, la diarrea de la palabra, concentrando siempre su elocuencia á su interés particular.

Desde el primer momento, la amistad entre Vinchual y el Mayor se hizo estrecha: este último abrió la mano generosamente, y el otro interesado como un judío franqueó su hedionda choza, donde el aburrimiento improvisó un club relativamente agradable, que á falta de otras vinculaciones sociales fué necesario recurrir á este remedio extremo.

En aquel centro, formado por la familia de Vinchual, que era constituido por una multitud de esposas é hijos, se destacaban como lo más hermoso, Ananquel, hija mayor de Vinchual, viuda, moza de alto coturno, que apenas corría detrás de los 20

años; alta, más bien delgada que gruesa, de mórbidos y bien contorneados senos; robustos músculos entrelazaban su fornido cuerpo; su cara redonda, cobriza y sonrosada, de formas agradables y finas, demostraba buena estirpe; era más bella que la circulante luna, que con su palidez filosófica nos hace meditar tantas veces tristezas sin término, aunque generalmente en las avanzadas del amor, es importuno farol que solo dá el nervioso sobresalto, donde se desea estar sin miedo: los ojos de Ananquel eran negros como el ala del cuervo, poblados sus párpados por gruesas pestañas, inquietos y fugaces se mantenían en una animacion contínua; una expresion atrayente reflejaba á borbotones un espíritu voluptuoso en aquella mujer salvaje, tesoro escondido en un rincon de la pampa, por aquello de que en tierra de ciegos, etc.

Desde el primer momento sintió el Mayor un acercamiento brutal hacia aquel lugar, y él fué motivado sin duda entre otras causas, por la necesidad y por los impulsos de su aburrimiento; quiso engañarse á sí mismo, pero no pudo.

Lo demás de la familia se componía de las esposas de Vinchual, que aunque parecía un indio muy sóbrio y virtuoso, poseía en propiedad seis mujeres de diversas edades y cumplía sus deberes con la ostentacion olímpica de un Júpiter tunante ó

tonante, (letra más ó menos no implica nada.) Á este respecto no sabemos si á su llegada al Paraiso le pasaría lo que al rey Cárlos Alberto.

Como se sabe, arribó con suprema gentileza el coronado amante á la puerta del cielo, y al verla herméticamente cerrada golpeó con brutal impaciencia. Acudió San Pedro sobresaltado y preguntó con insolencia.

—¿Quién es ese que golpea así?

—¡Yo soy!

—¿Quién es usted?

—¡Con mil diablos, soy el rey Cárlos Alberto! Abra pronto.

—Ah, señor rey, replicó San Pedro temblando de responsabilidad, tenga la bondad de esperar un poco, porque voy á encerrar primero bajo de llave á las once mil vírgenes, su fama de enamorado desgraciadamente ha llegado hasta aquí, y por lo menos queremos salvar á esas inocentes doncellas.

Decíamos que los demás miembros de la familia de Vinchual, se componía de las esposas, en seguida como en procesion venían los hijos: chorrera

de matices varios, larga de pintar, y toda esta sarta de chinos se cobijaba apretadamente debajo del toldo de cuero, largurucho, como un zaguan y bajo como un subterráneo, subdividido por pequeños tabiques donde dormía cada miembro de la familia, ocupando los de la derecha Vinchual y sus esposas, los del centro, las hijas mujeres, y los de la izquierda los varones.

La amistad entre el Mayor y el capitanejo se fué robusteciendo á medida que los regalos iban y venían, hasta que llegó un momento en que Vinchual era una amenaza constante, cuyo fastidio empezaba á sulfurar el nervioso carácter del Mayor; sus pedidos no tenían término, y nadie puede imaginarse lo cargoso que es un indio cuando pide, y no sabríamos á ciencia cierta en que categoría de pordiosero colocarlo; porque se ha dicho que el aleman pide limosna cantando, el francés llorando y el español regañando; pero el indio pide de todos modos y de todas formas, sobre todo cuando se le ha hecho algun regalo, está en *groguis* bien pronunciado, ó tiene el don de la palabra como Vinchual, indio de pepita de oro en la lengua; pero de corazon vacío, donde solo retumbaba su artero eco. Ya que hemos hablado de lo pedigüeños que son los indios, justo es que hable de su ingratitud, que solo puede tener parangon con la anécdota que vá en seguida.

El príncipe Puckler Muscau, célebre filántropo aleman, en un suntoso y estenso parque de su propiedad, que daba á una calzada, hizo colocar un hermoso banco de mármol primorosamente esculpido con esta inscripcion en letras de relieve:

"El príncipe Puckler Muscau al viajero cansado."

Á los pocos días, sobre el asiento del cómodo muelle de descanso apareció algo que da mal olor, en forma de serpiente dormida, siendo tan real su perfume que no se necesitó odoróscopo, para apreciar su fragancia. Á su lado el ingenioso autor había, con prolija letra, dejado la siguiente inscripcion:

"El viajero cansado al príncipe Puckler Muscau."

Como se vé, la hedionda ingratitud del fatigado transeunte, no podía ser más descomunal: única que puede compararse con la del indio.

Volviendo á nuestro asunto, decía, que la amistad interesada del capitanejo y la del Mayor se estrechaba cada vez más, hasta el punto que soñó el miserable bárbaro un escelente partido para Ananquel y el otro una aventura más para su foja de servicios.

III

Por otra parte, la soledad convida á la meditación; esa soledad abrumante de un aduar salvaje impulsa al recojimiento solemne del espíritu, á la reconcentracion de un alma triste y desconfiada que había vivido combatida por los vientos contrarios de los contratiempos desde el malestar del primer amor que amarga dolientemente el corazon hasta los duros empujones de la política que lo llevan á uno atado á un carro que no se detiene siempre por la voluntad del buen sentido, ni el patriotismo, sino que va impulsado por ese atolondramiento que produce descalabros sociales, rupturas de brillante porvenir, y sacrificios estériles, que solo encuentran el aplauso de la voluble fama, ah! de esa fama inflamada siempre de la pasion violenta, que tan pronto se reviste con los negros colores del odio, como con los de la entusiasta simpatía, segun el caso ó el éxito interesado, pero rara vez es acertada ó justa, y hay

tal audacia en las oscilaciones impudentes que marcan los diversos roles que los hombres políticos se asignan ellos mismos, que nada hay que la iguale.

Á primera vista aquellos indios parecían el modelo de la concordia y de la paz, confraternidad social rodeada por el inmenso silencio del desierto: la inercia de sus débiles facultades parecía un dique á las perversas pasiones y envidias de la civilizacion: mas era un engaño: allí tambien se destacaban abismos de odio, estímulos por poderio, celos implacables, intrigas de la más baja especie, arteras manifestaciones de corazones enfermos, y muchas veces obedeciendo á sus impulsos salvajes tomaban las lanzas con las manos crispadas por la ira y se embestían como dos toros enfurecidos, acudiendo las valerosas chinas como el ángel de paz á separarlos, metiéndose entre las ensangrentadas moharras; pero en este panorama general de inclinaciones brutales había que notar una diferencia remarcable, y es, que en el momento de levantar el pendon de la guerra al cristiano, toda esa caja de Pándora se reconcentraba, se recojía para tomar mayor punto de apoyo como la pérfida serpiente cuando va á lanzarse con su perversidad instintiva á inyectar su veneno, para en seguida arrojar violentamente sus gases perversos como un proyectil infernal en una sola direccion; esa direccion

era la ávida raza conquistadora representada ahora por los descendientes que en nombre de la civilizacion, el progreso y la religion, desde que el primer español puso su planta en América, había destruido cuarenta millones de indios; en Méjico solo se calcula que veinte sucumbieron al hierro de la barbarie y la fatiga de las minas.

Y á fuer de imparciales, debemos confesar que le encontramos sobrada razon al ódio inexorable de los indios; esa venganza alimentada por tradicion debe ser un goce inmenso en ellos, no diremos que en un ser civilizado sea un placer, pero sí, que se siente un grande alivio cuando su accion estremece el alma que lo impulsa ¡No seamos hipócritas! es preciso confesar con Vitelio que alguna vez, nada huele mejor que el cadáver de un enemigo, ó con Heine cuando dice en aquel idilio con estilo extravagante:

"Yo quisiera una choza solitaria, con mi amada, donde murmurasen las brisas del amor. Un límpido arroyuelo que deslizase tranquilo sus cristalinas aguas y un árbol frondoso con multitud de gajos donde pudiera ver colgados en ellos á cada uno de mis enemigos."

Pero haciendo un poco de filosofía práctica sobre la venganza, es bueno de cuando en cuando no

perdonar una ofensa encubierta, sugerida cobardemente en la sombra, y ejecutada por un vil que desde su cuna lleva el germen de su inmundicia, á quien no se le ha hecho mal ninguno, y que solo sigue un plan de especulacion; porque si perdonais, os tomarán por zonzo, para el titeo. ¿Entendeis? Sino estudiad nuestro mundo social, y encontrareis que con los locos y los matones nadie se mete, sucediendo todo lo contrario con aquellas personas modestas y moderadas que las atropellan por cobardía.

Entiéndase bien que nos referimos á los casos extremos, en que es necesario ser justiciero para que la venganza que se ejerza sobre los malvados sea una satisfaccion que se dá á la virtud, como dice Napoleon: lo que sí siempre será necesario tratar de que suceda, es que ese acto despiadado no vaya más lejos que la ofensa como opina con razon Funes.

IV

Desde los primeros dias que arribó el Mayor á aquel aduar siberiano, sintió la necesidad de hacerse superior moralmente á los salvajes y excitar en ellos un respeto imponente; de manera que en cualquier momento sin recurrir á la fuerza, los dominase completamente. El medio fué encontrado al momento: explotar su supersticion; único resorte que ejerce un poder sobrenatural sobre esos pobres espíritus; el instrumento tambien estaba á la mano; una caja de prestidigitacion de esas vulgares, que poseía el capitan A. á lo que se agregaba un naipe con cartas de pruebas.

Combinando las suertes, se llenarían de asombro los indios, no explicándose la farsa sino por efecto de brujería, y por lo tanto respetando al brujo como á sus adivinas, que indudablemente tendrían que salir cantando bajito.

Una vez todo arreglado se dirigieron al toldo de

Vinchual, el Mayor y el capitan, en momentos en que el crepúsculo de la tarde desalojaba su puesto para dar lugar á que se tendiera el toldo negro y estrellado de la noche, en el circo del universo (gran estilo).

Llegaron chiticallando al hogar pampa, la chusma cerraba el círculo en Vinchual, especie de tangente que se destacaba en la circunferencia que daba vuelta á la lumbre que cocía la cena.

Los indios al sentir á los recien llegados tartamudearon Winca [1], saludaron los visitantes, y sin ceremonia tomaron asiento en un rincon exterior del círculo, formando una especie de ángulo saliente, oscuro, informe.

El capitan ladino como un lenguaráz tomó la palabra, é imitando la gravedad de un parlamentario pampa, dió comienzo á su discurso sobre los espíritus, tratando de inculcarles las afinidades, que existen entre estos seres volátiles y los tontos y los imbéciles, esto último por supuesto no se los decía con esas palabras, muy al contrario, los llamaba seres privilegiados y excepcionales que rara vez rozan con su planta prepotente el haz de la tierra. Á pesar de la prolija disertación del capitan,

(1) Cristiano.

Winchual no entendía nada; hasta que conociendo el Mayor la pérdida inútil de tanta literatura, le habló de gualicho, de arriba á abajo y de derecho al revés, concluyendo con énfasis estudiado, acompañado con relampagueos de ojos altivos, que se preparasen á ver cosas que no serían capaces de hacer todas las adivinas hembras de la pampa, textual, (para hablar á los indios es necesario alguna vez ser muy expresivo).

El capitan que esperaba impaciente la última palabra de la peroracion abrió la caja y con la punta de los dedos tomó un barrilito, lo destapó y apareció un huevo: se lo mostró con garbo á Winchual: se lo hizo tocar, y paseó la vista en triunfo por su curioso auditorio; en seguida dirigiéndose siempre á Winchual exclamó:

—Huevo gualicho llevó.

Abrió de nuevo el capitan el barrilito y el huevo no estaba.

Los ojos de los indios se dilataron y un asombro salpicado de pánico paseó su sombra sobre las rojizas frentes del auditorio. Winchual se erguió como buscando un broquel contra el temor de lo desconocido que lo asaltaba, y replicó en voz baja:

—Huevo gualicho otra vez queriendo ver.

El capitan rozagante por la victoria, sonriente, con cierto donaire estudiado, abrió por tercera vez el mágico barrilito y volvió á aparecer el albo huevo: lo aproximó á Winchual con aire de proteccion y espero el resultado: éste lo tocó entonces con más cuidado; y no pudo menos de exclamar con cierta sorpresa.

—Huevo gualicho, *curá* [1] cocido un dia.

El capitan comprendió el peligro de mayores esclarecimientos, y encerró prontamente el huevo, en su ovalada prision, volviendo á abrir en seguida la caja donde ya no estaba.

—Huevo gualicho llevando otra vez, dijo Vinchual, y todo el auditorio clavó su mirada con asombro temeroso sobre el improvisado Herman.

Era digno de admirar aquellas caras rojas por la luz de la fogata, ostentando una expresion supersticiosa, derramada con inquietos estremecimientos nerviosos que se traslucían á la simple vista. Se veía claro el efecto producido en esos seres medio animales, insensibles al sufrimiento,

(1) Piedra.

feroces bárbaros, revestidos de músculos de acero.

Los prestidigitadores comprendieron que el momento oportuno de la retirada había llegado. Se levantó entonces el Mayor el primero, en seguida el capitan colocando debajo del brazo su caja májica; y rápidamente se despidieron con un:

—Buenas noches, hasta mañana.

Partieron, y el silencio del hogar los siguió como una sombra fatídica: los indios no chistaban: éxtasis de la supersticion que embargaba la palabra con respeto; de cuando en cuando los perros que toreaban despidiendo á los visitantes venían á interrumpir la grave meditacion. Los perros tambien callaron y se podía distinguir bien distintamente los ruidos de la noche. Seguían los indios recogidos en un mutismo completo, empezaban á sufrir el temor de una influencia extraña, de ese algo desconocido: ese pánico de la otra vida, que oprime el corazon y trastorna la cabeza. Es que había otra cosa más séria para ellos: su impotencia para combatir el gualicho del Winca, á quien no podían correr con sus lanzas en la laguna, como era su costumbre. Ese ser sobrenatural que había hecho la prueba del huevo era capaz de todo; y por lo tanto, desde ese momento quedó bien asegurada la

situacion de los nuevos espiritistas; porque no pudiendo ser impugnados, el miedo del enemigo les brindó dóciles vasallos.

Transcurrieron algunos dias sin que volvieran los dos amigos al toldo de Winchual. Á propósito era este proceder para no hacer baratillo del único espediente que había que explotar: de tanto valer, que ya se había esparcido en la tribu los admirables prodigios que improvisaba la magia negra, y llegó hasta tal punto la cosa, que Coliqueo y sus capitanejos afectaban el mayor respeto hacia el Mayor, quien por su parte, respondía con una reserva calculada, y una indiferencia glacial á las asíduas preguntas, solicitudes de adivinanzas y pedidos de profecías de aquellos ignorantes bárbaros (los hay tambien de frac y guante blanco).

V

Un dia de regreso de una boleada de la que fatigado volvía el Mayor, al trasponer un pajonal, de repente salió un perro negro con dos manchas bayas sobre los ojos, y empezó á seguirlo: parecía cansado por su aspecto deplorable, y una media cuarta de lengua afuera.

Grande era el can; flaco hasta dibujársele las costillas, formando relieve sobre la piel lustrosa, en parte embarrada como un chancho: ostensible armazon famélica que proclamaba con elocuencia sus grandes miserias, su desesperada hambre canina. Persistente continuó su marcha al lado del oficial demostrando un grande esfuerzo de voluntad; y solo se detuvo cuando éste llegó al rancho y echó pié á tierra.

El perro se apartó entonces á cierta distancia y asumió una actitud de espera inteligente. El Mayor

entregó al asistente su caballo, y como no hay nada que fatigue más que su movimiento, sobretodo, cuando se ha hecho una larga jornada, sentóse dejando caer su cuerpo de plomo sobre una cabeza de vaca, mientras esperaba el consabido mate, que remojase la seca garganta, azotada todo el dia por el fresco viento de la Pampa.

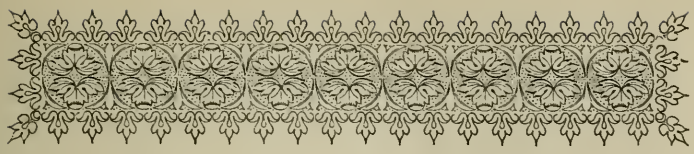
El perro había permanecido en silencio, husmeando con remarcable perspicacia, los movimientos del nuevo amo, á quien sin duda quería agradar; éste, indiferente, se fijó en el intruso, pero observó que sus ojos inmóviles y penetrantes se clavaron en los suyos. Repentinamente se puso de pié *Cuatro ojos* (nombre que en adelante daremos á este señor mastin) y moviendo la cola de alegría como lo hace en sentido contrario el tigre cuando está enojado, se deslizó casi arrastrándose, y poco á poco se aproximó al Mayor; recogió su larga lengua de perro cansado, y con una familiaridad digna de un guarango, puso una de sus manos sobre la rodilla del jóven militar, hundiendo al mismo tiempo su mirada en la suya. Aquel lo despidió suavemente; porque empezaba á sentir una secreta simpatía por el improvisado amigo; más persistente el can, volvió á ejecutar el mismo acto de familiaridad criolla por segunda vez, manifestando sin duda un hábito adquirido; igual movimiento del Mayor; pero él, testarudo, con insistencia, de

nuevo plantó su mano sucia por tercera vez, mirándole decididamente con ternura, con esos ojos vidriosos de otra vida. Entonces repentinamente chispeó una brillante idea en la mollera del oficial, idea que solo se le hubiera ocurrido á un funámbulo de aldea. Era necesario sacar provecho de esta alma trasmigrada; este perro era una adquisición del más alto interés, su hábito de poner la mano sobre la rodilla exhibía una mímica supersticiosa que aclamaría estentorio triunfo; se le conduciría en la noche á lo de Vinchual y adaptando todos los recursos del arte, artificiosamente se le pondría en condiciones de adivinar una carta en medio del más culminante asombro de los indios.

Sin pérdida de tiempo, hizo el Mayor llamar al capitan, con quien convino la mágica suerte, que presumía que les daría el éxito deseado.

El perro fué agasajado hasta la mas vil adulacion; un adulon ingrato de ahora, de estos tiempos de bajeza interesada en que se amasan los mandones con perjuicio de los derechos del pueblo, hubiera sido un pálido reflejo ante los explotadores del perro, y era de ver como el infeliz hambriento tragaba los zoquetes de carne cruda y todo lo que se le daba, refunfuñando altivo cuando alguno se le aproximaba; porque las humildades ya las iba echando al diablo conforme llenaba la panza; pero el Mayor

que tenía alguna esperiencia en las amistades y gratitudes mundanas, por aquello de comida hecha, etc., tuvo la precaucion de hacerlo atar, á pesar de la confianza y simpatía que le inspiraba el cariñoso apego interesado, algo estraño; una de esas aproximaciones que no se esplican; ideas vagas: estremecimientos del corazon, como los fuegos fátuos de los intersticios de una tumba.



VI

Llegó la noche impacientemente esperada por los dos amigos, y tomando el Mayor al perro, se dirigieron con el capitan al fogon de Vinchual.

La oscuridad era completa, el cielo toldado reflejaba una negrura, que poéticamente hablando se podía comparar con los ojos de Ananquel; y la fogata con más vigor se destacaba del fondo oscuro, arrojando vómitos de llama acompasada, cuyo reflejo barnizaba los rostros de los indios que la rodeaban, presentando un cuadro indeciso, sombrío, de esos que se ven á medias, sin vida y sin detalles, como una masa informe, en la que el artista trata embrionaria su primera idea.

Se aproximaron los tres amigos al círculo y saludaron: Vinchual respondió secamente como hacenlos indios; lo restante de la corte guardó silencio.

El capitan se plantó en la rueda y trató de hilvanar conversacion con los indios que guardaban

un profundo mutismo; sacó la caja mágica, é hizo diversas suertes causando siempre asombro en el ignorante auditorio.

Mientras tanto el Mayor había permanecido de pié teniendo á Cuatro ojos asegurado por una soguita; sabía que si se sentaba vendría el dócil can á plantar su mano en la rodilla, y entonces iba al diablo el golpe maestro de la noche. En esa actitud se mantuvo hasta que creyó que el capitan había hecho ya la parte que le fuera encomendada; entonces, con un tono solemnemente ridículo como el eco del sermon de algun teólogo ignorante, de aquellos que sostienen, porque sí, que Josué hizo parar el sol, (manchado por el paso de Vénus) dirigiéndose á Vinchual exclamó:

—Hermano, ahora mostrando cosa linda: viendo esta baraja (y le exhibía el mugriento naipe), tomando una carta, y adivinando este perro engualichao; es un amigo que viene buscándome desde la tierra de los muertos.

Vinchual miró al Mayor con aire de duda; parece que lo único que comprendió fué lo referente á las cartas, suertes que se hacían todas las noches.

El Mayor asió el naipe y se lo entregó enterito á Vinchual para que eligiera la carta que fuera de su

agrado. El indio tomó una de las del centro y ocultándola en el hueco de la mano, se la hizo ver á las chinas que tenía á su lado; en seguida la mezcló con las demás del naipe, y se la pasó al Mayor.

Había llegado el momento oportuno para ponerse en condiciones, en las que el perro pudiese ejecutar la prueba: al efecto la carta fué puesta rápidamente en la parte superior del naipe completamente desprendida, de modo que en cuanto el perro apoyase la mano en su lomo cayera al suelo.

Entonces el Mayor se puso en cluquillas colocando con cuidado la baraja sobre una de sus rodillas, llamó prontamente al perro y le dijo con tono seco é imperativo:

—Gualicho, adivina la carta que ha visto Vinchual.

Acostumbrado el perro á su maña vieja, inmediatamente acudió al llamado, y colocó la mano con gracia sobre una orilla del naipe; la carta cayó al momento por tierra; el Mayor la recogió á la vista de los indios y mostrándosela á Vinchual exclamó:

—Perro gualicho, Vinchual, adivinó tu carta.

Sería imposible espresar la ráfaga de asombro

y temor de lo desconocido que demudó aquellas caras de demonios; sellaron los labios á la curiosidad, y se reconcentraron todos en un silencio aterrador; la cena había sido olvidada; nadie revolvía el locro, ni daba vuelta el asado, y solo Vinchual despues de un momento de meditacion levantó sus ojos de perro viejo hácia el Mayor, que ya estaba de pié, y le dijo á media voz estas únicas palabras:

—¡Winca Gualicho Grande!

Presentábase, pues, el momento oportuno para tocar retirada. Necesario era dejar que se desarrollara en ellos el efecto májico causado por la impresion de lo que suponían sobrenatural, que siempre domina y tiraniza con una fuerza irresistible á los espíritus débiles.

Saludaron los dos amigos; y abandonaron el recinto del indio riendo para sus adentros de la impresion causada.

No hay para qué decir que el perro, el famoso talisman de la farsa, tuvo los honores del caballo de Calígula, y fué tratado en seguida como el factor indispensable para la tertulia, con todas esas grandes consideraciones que se prodigan á una persona de quien se espera algo.

VII

Lo curioso sería saber á qué reflexiones se prestaría este suceso en el círculo de los indios: bizarras suposiciones no escasearían; porque aunque estos bárbaros no escriben, piensan, y en nosotros mismos todo lo que se piensa no se escribe. Se suele decir que los españoles escriben la mitad de lo que piensan, los franceses más de lo que piensan, por la calidad de su estilo; los alemanes lo dicen todo, pero la mitad no se les entiende; y los ingleses escriben para sí solos; y agregaremos por nuestra parte que los argentinos á causa de su haraganería literaria escriben apenas la vigésima parte de lo que piensan; así, solo imitando á los franceses podríamos hacer un cuadro maestro de la escena íntima que tuvo lugar entre los indios despues de la farsa del perro.

Aquí tambien como se vé seguimos la manía de intercalar citas, especie de solucion de continuidad,

vengan bien ó mal, demostrando, con ese vicio literario que somos escritores de reflejo, eruditos á todos vientos, y que vivimos en el florido campo de la literatura en un contínuo salteo, porque á la verdad nada existe original desde Homero á Pelletan; es verdad que muchas veces estas asimilaciones de pensamiento son involuntarias, porque cerebros de una misma raza y en un igual estado de perfeccionamiento intelectual, tienen por lo general que producir análogas ideas, y alguna vez se ven tan idénticas en la exposicion que semejan un plagio servil.

Hace algun tiempo leíamos en la historia de Cárlos V. por Sandoval, editada en 1604, que si Hernan Cortés, despues de quemar sus naves hubiera sucumbido en su atrevida empresa, la posterioridad la habría calificado de gran calaverada; pues bien. Larra, esa inmortal burla de la humanidad, refiriéndose á Napoleon, refleja la misma idea aludiendo al golpe de Estado del 18 de Brumario: con gracioso estilo califica el resultado negativo como una gran calaverada. Así podríamos citar algunos otros pensamientos ocurridos casi en la misma época á diversos escritores.

La habilidad no está en pensar: en literatura no existe pensamiento nuevo alguno; porque las ideas escritas en tantos miles de años son tan numerosas

y abarcan todo el espacio como las estrellas; la cuestion está en revestir con una forma variada, elegante, agradable y correcta, lo que en embrion es tan dueño de tener en su calatre Juan como Pedro.

VIII

Al dia siguiente de la escena que concluimos de narrar, á la hora en que la tropa se encontraba en instruccion y el Mayor vigilaba su enseñanza, sentado en lo interior de su rancho, se sintió detrás de los sauces en direccion á la pulpería el galope de un caballo, apareciendo en seguida el indio Mateo, hijo de Vinchual, en un bagual pangaré de laya corpulento y ojos de fuego, que venía escarciando de pura coquetería: se aproximó con más tiento, conteniendo los ardores del salvaje corcel, sofrenó rayando, lo detuvo y echó pié á tierra con impaciencia, y dirigiéndose al cabo de órdenes le dijo:

—Visitando mayor, queriendo ver.

—Que entre con mil diablos,—gritó el Mayor, pensando en el posma que se le venía encima, y fraguando desde ya cómo abroquelarse contra el

pedido consabido que *in pectoris* traería la importuna visita.

—¡Adelante! ¿cómo le vá amigo? sentando, balbuceó el Mayor y le clavó la mirada con rayos tan iracundos, y fulgurantes de enojo, que se podían traducir muy bien en estas palabras: ¡cuidado con pedir nada! porque te voy á romper la crisma.

Mateo se sentó; mejor dicho se aplastó: dejó caer su viejo sombrero, que quedó suspendido del barbijo que apoyaba en una de sus rodillas, marcada debajo de los pliegues del chiripá, que suelto caía hácia el suelo, cubriendo las cañas de las botas de potro peludas; y metiendo la mano debajo del poncho sucio, sacó un cuero fresco ensangrentado de gato montés, *(yaguatirica)* que demostraba el poco tiempo que hacía que había sido muerto, y presentándoselo al Mayor le dijo:

—Dando para vos, gato malo, cuero lindo, enterito, no rompido, matao Kalkao. (1)

—Gracias, contestó el Mayor con cierta impaciencia reprimida y pensó en lo que vendría prendido á la pretina. Un momento después continuó:

(I) Arma de fuego.

—¿Indio bruto, querés mate?

—Bruto no, mate sí, respondió Mateo sonriendo- y un nuevo silencio dominó la escena con fastidio.

Se distinguía claramente en el Mayor, impaciencia, y en el indio un escozor moral mezclado á una timidez que se traslucía por su inquietud en el asiento, al fin, haciendo un esfuerzo manifiesto proclamado á las claras por una contraccion nerviosa de los músculos de su cara de medalla antigua, clavó los ojos en el suelo, tomó la copa del sombrero y balbuceó con ese acento indio que es tan pesado y arrastrante cuando implica un pedido.

— Mayor, Mateo, pidiendo una cosa poquita, no negando hermano güeno que dando cuero lindo.

El Mayor palideció; se figuró que el torrente de los pedidos se le venía encima, y como quien no quiere la cosa, echó una mirada sobre sus pilchas lamentando no estuvieran ocultas.

Mateo prosiguió en el mismo tono de hipócrita humildad:

— Dando vos cosa poquita, no costao nada.

— Diciendo qué queriendo de una vez, replicó el

Mayor, y un pequeño alivio bañó con agua de rosas su corazón, la insistencia cosa poquita era siempre un dulce calmante.

El indio con más ánimo, entonces continuó:

— Mayor, vos teniendo perro muy toro, hermano güeno, dando un gualicho para ganar á la taba.

Respiró entonces el Mayor una brisa de flores al comprender la intencion de la pregunta; y revistiéndose de toda la seriedad ridícula que requería el nuevo sainete, tomó la pequeña y ensangrentada mano del indio, y hundió en ella su mirada, como quien busca adivinar un arcano. Mateo había palidecido y su mano temblaba ligeramente.

El Mayor entonces prorrumpiendo en algunos disparates latinizados con acento de sermon, tomó un lápiz y le dibujó algunos garabatos en la mano, y poniéndose de pié, plantó su mano sobre la cabeza del indio y exclamó con altivo acento:

— Andando y jugando á la taba, luna dando la suerte; si no ganando, luna tambien jugando; lueguito sol apretando gorro, Mateo indio emplatao.

Alborozado el salvaje, con los ojos chispeantes de alegría, como el tigre cuando le dan una bola

para jugar, se puso rápidamente de pié y con gran contento del Mayor salió como un guarango sin despedirse, y saltando sobre el redomon, á la pulpería derechito lo enderezó.

No bien había salido Mateo cuando se presentó el Capitan y quedó enterado de la nueva farsa que se preparaba. Saludada fué por consiguiente con grandes risotadas y esperaron con impaciencia los dos amigos el desenlace, pues suponían que si el indio ganaba, el brillante éxito no tendría rival y la reputacion de la brujería del Mayor recorrería todos los rumbos de la fama; pero poniéndose en el caso contrario era oportuno desde ya explicar la razon porque el gualicho del Mayor no había hecho ganar á Mateo.

Mientras tenía lugar esta escena, se presentó el asistente á dar cuenta de que el perro brujo había desaparecido: en vano se le buscó por todas partes, ni sombra del hábil can.

Visiblemente contrariado el Mayor por la pérdida de su nuevo amigo, ordenó que de nuevo se rastrease al mastin, inútiles fueron las pesquisas; convenciéndose al fin que no había hecho otra cosa que hartar á un ingrato.

IX

Qué hombre tan simple era aquel crédulo soldado! Intimamente vituperaba la conducta del hambriento perro nómade, y se olvidaba de los gitanos de la civilizacion que solo se arriman á los que están arriba cuando los necesitan, y despues pegan la patada como la yegua cuando ha satisfecho su brutal voluptuosidad; vuelven con la más negra ingratitud los favores serviles que han solicitado, lamiendo con la mas ruin bajeza la planta del poderoso; pero al menos el perro había pagado la fonda, dejando en rehenes un gualicho de gran valor, y no se podría sin injusticia echarle en cara el hospedaje recibido. Por otra parte podría muy bien suponerse que el simpático Cuatro ojos no era otra cosa que una alma trasmigrada que iba en busca de alguna antigua afeccion; en ese caso debe considerarse como una etapa de su largo camino de judio errante, su detencion en el hogar del Mayor.

X

Era la tardecita del mismo día, hermoso de primavera. Las compañías del batallon hacían ejercicio en una explanada que se estendía frente al rancho de su jefe. Éste, estaba sentado en la puerta de la humilde morada; seguía con atencion los movimientos de la tropa. Sin embargo de parecer distraido por lo que pasaba ante su vista, su pensamiento estaba en otra parte; el indio aun no había regresado; impaciente estaba por saber el final de la fiesta, y lo atormentaba el escozor de esas pequeñas y ridículas curiosidades que pinchan con ahinco hasta que nos enteramos del desenlace de una tontería.

De repente apareció á cierta distancia el chino Mateo envuelto en la polvareda que levantaban las patas del torpe redomon. Se aproximaba rápidamente hamacándose en la montura al impulso de los botes del bagual desmelenado como él. Su

actitud media insegura en el inquieto lomo del animal y sus movimientos agitados demostraban apuro por llegar.

Ya más próximo se vió bien distintamente que el indio venía en chupe, con un peludo de poncho arrastrando y sin sombrero. El pelo le caía á plomo sobre la deprimida frente y tan pronto se inclinaba hácia adelante como á un costado, semejando á un maniquí de lana que solo se mueve desde la cintura hácia arriba, asegurado en las piernas cubiertas por las botas peludas; parecía que esas piernas fueran de palo y estuvieran asidas al cuerpo, como soporte de un muñeco cuya mecánica está en la parte superior. Llegó hasta el Mayor que lo observaba al parecer tranquilo, sofrenó gradualmente el caballo, poniendo mayor fuerza en el último arrastre, soslayó violentamente á la izquierda, levantándolo en la rienda con una destreza admirable, y el animal se arrastró sosteniendo el equilibrio en las patas traseras como si fuera un bailarin á la fuerza; entonces, sacando la mano derecha que ocultaba debajo del poncho y enarbolándola como si ostentara en la pelea una lanza, gritó con un alarido:

—¡Manquillan! [1] hermano güeno, gualicho toro,

(1) Diablo.

Mateo ganao ochocientos pesos taba, vos tomando hermano cuatrocientos, dando gualicho para mañana.

El indio acompañaba estas frases manteniendo el brazo enhiesto en cuya mano se veían temblar los morlacos. La alegría salvaje del bárbaro era inmensa, haciendo parpadear en relámpagos entrecortados el brillo de sus pequeños ojos.

El Mayor conociendo el éxito de la farsa contuvo apenas la risa, y experimentó cierta satisfaccion; pero al mismo tiempo previó la avalancha que se le venía encima, era pues necesario resguardarse contra las repetidas solicitudes de gualichos para ganar á la taba: entonces revistiéndose de un aspecto de hombre que no aguanta pulgas, le gritó con imperio:

— Toda la plata tuya, no dando gualicho para mañana, andate ligero y déjame tranquilo, y le señaló el portante, dándole la espalda en seguida con visible mal humor.

Mateo que distinguió los soldados en instruccion, y que sabía que no había que jugar con una órden tan imperativamente ruda como la que le arrojaba el Mayor, y por otra parte halagado por poseer entera la ganancia, dió vuelta

ligerito el caballo y salió á escape en direccion á su toldo.

Esta escena había llamado la atencion, no solo de la tropa que hacía ejercicio, sino de todo el chusmaje reunido en el hogar de Vinchual que á la distancia presenciaban la escena, y como es natural se morían de curiosidad por saber lo que pasaba entre Mateo y el Mayor.

Ya se puede suponer que cosas contaría el indio, y podemos asegurar que Vinchual se creyó el hombre más feliz de la tierra por cultivar la amistad del Winca.

Como era necesario precaverse contra los nuevos pedidos de gualicho, el Mayor envió al Capitan á decir á Vinchual que serían en vano tales solicitudes, antes de que hubieran pasado tres lunas. Este era el tiempo calculado para abandonar los toldos y dejar á los indios en su completa credulidad.

XI

Un dia despues: era un Domingo fresco y perfumado por los yuyos de los campos, confortable por el sol tibio de primavera que hacía agradable una mañanita de Setiembre.

El campamento del Batallon estaba silencioso y desierto, como una ciudad en ruinas: las compañías habían salido al campo, y únicamente ıagarteando al sol se encontraba el Mayor sentado en la puerta de su rancho, buscando en el calor del manchado foco, esa sensacion deliciosa de una chimenea que no tiene tufo, ni arrebata la cara con escalofríos.

Tambien estaba ausente el cabo de órdenes, que entre otras consignas tenía la muy terminante bajo cruel castigo sino la cumplía, de no permitir la entrada del bello sexo al casto santuario del adusto militar; de manera que una soledad expansiva rodeaba aquel recinto.

Parece muchas veces que en la formacion de ciertos trájicos ó grotescos acontecimientos, existiese una voluntad superior, misteriosa, que preparase los accesorios con un arte tan premeditado; como para desarrollar convenientemente el cuadro novelesco.

De pronto apareció, dirigiéndose hácia el Mayor, Ananquel, la china más buena moza de los toldos: venía espléndidamente indiana: su belleza salvaje traía á la memoria algunas de aquellas heroinas germanas, bretonas ó galas, untadas con manteca rancia, alentando sus guerreros al combate, bebiendo con ellos en el cráneo del bravo vencido leche de sidra, ó el hidromiel de los escandinavos.

Vestía lujosamente con todos los atavíos de la más refinada coquetería, lo que se traslucía en la prolijidad del traje y en su actitud y balanceo en el andar: su peinado completamente liso y adornado con una vincha punzó con puntos de plata, parecía recien barnizado con goma de lino: las mejillas con colorete como es costumbre en las indias, aumentaba su hermosura artificial: en sus ojos chispeaba la ferocidad voluptuosa del tigre; y agobiadas sus orejas, soportaban como pendientes verdaderas argollas argentadas: el collar que envolvía su enérgica garganta, tambien construido estaba con sólidas piezas del mismo metal, que caían

sobre una camisa paraguaya de randas negras (obsequio desinteresado del Capitan, de ese filántropo cantor de tristes y vidalitas) sobre el pecho, sujetando la manta, á guisa de prendedor, ó mejor dicho de coraza, ostentaba un ancho y hermoso plato grabado sin duda por algun talabartero; la manta negra ribeteada de orillo rojo oprimía sus morrudos cuadriles sujeta en el ancho talle por el cinturon de cuero, refulgente como las escamas de una cota de malla con multitud de tachuelas de plata y cuentas de vidrio; al caminar tan ceñida, semejaba al equilibrista que marchando sobre la cuerda tirante, se ve obligado á poner un pié detrás de otro, sosteniendo su posicion con cuidado. De la cintura para arriba presentaba la china un busto atrayente, despuntando voluptuosos dos mórbidos senos, y unos brazos robustos bien torneados: de la cintura para abajo, existía desproporcion artística, las piernas un poco cortas é inclinadas hacia adentro, deslucían el conjunto, apoyado este en dos pequeños piés asaz carnudos; pero á pesar de los defectos salvajes de este robusto cuerpo, en aquellas alturas esta mujer constituía una verdadera belleza de horda; como debió ser Velleda, Baodicea, Mama Oella, ó cualquier otra de su estirpe.

El Mayor en cuanto la vió venir, comprendió cuán apetitoso era el sebo que con cierto disimulo

agradable le largaban los astutos indios; y aunque titubeó al principio al sentir la influencia tentadora de la soledad que rodearía la entrevista, se resolvió al fin afrontar la situacion llamando entonces en su auxilio toda su energía para resistir los impulsos de sus vehementes deseos contrariados, desde hacía algun tiempo.

Ananquel se aproximó resueltamente y con una cara tan inocente, cuanto la puede disimular un indio, dirigiéndose al Mayor le dijo:

—Mayor, Ananquel visitando vos.

—¡Adelante! replicó el Mayor levantando la estera que servía de puerta y cortina á su alojamiento, y con cierta sonrisa picaresca hizo entrar á la china y le ordenó que se sentase en su cama, tomándo á su vez asiento á su lado. Levantóse en seguida, y se asomó á la puerta con la intención de convencerse de que la soledad era completa. Efectivamente, todo estaba como en el primer momento, el fiel guardian de la castidad militar seguía ausente y el campamento silencioso como antes. Volvió al instante: tomó su antigua posicion próximo á Ananquel que hasta ese momento había tenido los ojos clavados en el suelo; entonces la china levantólos ya con más valor, y fijó su lúbrica mirada decididamente en los del Mayor.

Un momento de silencio trascurrió en que solo se encontraron las miradas de ambos, hasta que al fin Ananquel lo interrumpió con esta frase:

—Queriendo mucho Mayor, tomando vos; y acompañó la última palabra sacando del seno un gran ramo de violetas que se lo entregó bruscamente al amartelado militar, recogiendo al mismo tiempo sus labios en un pliegue hechicero.

—Gracias, replicó el Mayor, y tomándole suavemente una mano la miró con cierta mirada que no debe describirse.

Entonces Ananquel, sintiendo el efecto que ardorosamente derramaban sus encantos en esa atmósfera de fuego, exclamó aproximándose más á él: es decir, vertiendo más alquitran en una hoguera de soldado.

—Vos no negando pidiendo á vos.

—Dí lo que quieras, retrucó el Mayor ya medio descompaginado, y la atrajo violentamente contra su pecho.

—Dando gualicho hermano ganao taba, exclamó alborozada la china previendo su fácil victoria, y se lanzó sobre el Mayor y lo besó con una

voluptuosidad que no parecía de indio, donde la lascivia errumpía como lava hirviente; aquello era un terremoto de lujuria próximo á aplastar una consigna sagrada.

El momento era sicológico; y nuestro oficial arriando la bandera de la austeridad y castidad militar, (que tremolaba antes, gracias á la consigna del cabo de órdenes) iba pusilánimemente á prodigar todos los gualichos habidos y por haber, cuando exabrupto, se levantó la estera de la puerta del rancho y asomó la sardónica cabeza del cabo de órdenes, con sus dos manos en forma de bocina sobre la boca, y gritó ahuecando la voz:

—¡Mi Mayor! esa es una china atrevida que se ha entrao sin licencia.

El Mayor como herido por una sorpresa instantánea, nervioso, se puso de pié, envuelto en la más grande turbacion, tan grande como la que asaltaría á un muchacho á quien lo pillasen robando un dulce de una alacena: un instante despues encarándose con Ananquel le dijo con acento rápido y bajo de tono.

—Andate ligero, luego dando gualicho lindo para ganar á la taba.

La china contrariada en sus intereses particulares y en sus instintos voluptuosos, salió cabizbaja y descontenta, refunfuñando despacito, como el *zumbido* de un magangá.

El cabo de órdenes era un gran soldado, nuevo Ulises del desierto, había salvado en ese momento la reputacion de brujo de su jefe: la verdad es que la sirena era buen manjar criollo.

XII

Algunos dias despues recibía órden el Mayor de marchar inmediatamente con su cuerpo á la Capital; y al caer la tarde de un claro dia de primavera, abandonaba, rodeado del respeto y consideracion de la indiada, los toldos de Coliqueo.

Momentos antes de la partida lo supo Ananquel y sofrenando la pena más intensa de su alma con el artificio de una indiferencia glacial, tomó un lío de ropa sucia y se dirigió á los jagüeles próximos al camino que iba al 9 de Julio. Entre estos existía uno ancho y profundo donde los indios solían bañarse. Al borde elevado de esta gran cisterna se sentó, como debió sentarse en el desierto la madre de Ismael: náufraga infeliz entre las olas de arena que revolvía el Simun.

La ropa quedó intacta, y esperó á que el batallon cruzase el camino que se encontraba próximo al lugar donde nerviosa é impaciente se encontraba la desventurada china.

Apareció la masa soldadesca envuelta en una nube de polvo, y se distanció rápida; entónces el Mayor se desprendió de la columna y vino al galopito hácia ella; se detuvo y le dijo con el acento más cariñoso del mundo:

—Vengo á decirte adios Ananquel, despues volviendo á ver y trayendo cosa linda.

Ananquel se erguió altiva; y con los ojos rojizos y fulgurantes de amor y despecho exclamó temblando de ira:

—Winca vos diciendo corazon güeno, vos teniendo corazon de fierro, Ananquel, quedando triste como noche de hombre matao. [1]

Entonces la india tomó una actitud de orgullo salvaje, majestuoso, iracundo; parecía la Dido de Virgilio, y extendiendo el brazo derecho hacia el occidente donde el sol ya sin brillo trasponía la última cuchilla, exclamó con acento enérgico en el que se traslucía el firme propósito de una resolucion fatal.

—Ananquel, sangre cacique no mintiendo; vos mentira, vos dejando Ananquel: pasando laguna grande, tierra de hombre matao; esperando vos.

(1) Noche de los muertos, la otra vida.

—Adios, china del alma, te voy á mandar cosa linda del pueblo, le dijo el Mayor un tanto melancólico, y partió al galope llevando en su alma un secreto remordimiento. A cierta distancia volvió la cabeza y vió aun que la china estaba de pié, parecía una estátua de mármol rojo bañada por los últimos rayos del sol muriente de la tarde.

Ananquel levantó los ojos al cielo, se arrancó la vincha y el collar y los arrojó lejos de sí: encrespó la melena, movió con desesperada actitud la desgreñada cabeza, dió un paso vacilante hácia el profundo jagüel, un momento titubeó atemorizada, retrocedió en seguida, clavó con ojos de loca su mirada en la lejana polvareda, y con un impulso violento, instantáneo, que solo podría esplicar un suicida, se lanzó al pozo fatal. Un ruido seco y un borboton de agua sobre su cabeza, formando una pequeña vorágine, fué su única oracion fúnebre.

La desventurada amante había demostrado que entre ella y Safo no había distancia alguna.

XIII

El Mayor por su parte había aprendido solo dos cosas en esta campaña. Que en política conviene más alguna vez ser zorro que leon: así lo pensaba Cárlos el Temerario cuando le decía á Luis XI:

—" Yo le gano á V. M. las batallas, pero siempre en los tratos salgo perdiendo."

Y que en amor un militar ha de ser siempre victorioso, en la lucha contra los vicios ó las pasiones brutales, para no sentirse uno alguna vez devorado por el buitre del Cáucaso.

Yo he conocido un distinguido discípulo de Marte, que malogró una brillante operacion de guerra por haber preferido un lecho voluptuoso á la gloria austera del general.

Buenos Aires 1889.

EL MILICIANO ROJAS

(ROMANCE DE CAMPAMENTO "PUNTEAO" EN DOS TONOS)

Al señor don Julian Martinez

I

Hace ya algunos dias que estuvo á visitarme, mi antiguo amigo el Mayor B. aquel brujo improvisado del *Perro adivino;* y despues de un corto momento de conversacion, que recordaba con alegría infantil nuestros buenos tiempos de oficiales subalternos, repentinamente cambió de actitud, y exclamó con esa majestad de la escuela antigua.

¡Sabrá Vd. mi distinguido amigo que me he metido á literato! ¿Cómo era posible que permaneciera rezagado en estos tiempos en que todo el mundo echa su párrafo literario? Aquí está la prueba; y sin darme tiempo á presentarle mis sinceras felicitaciones, peló con garbo un espeso mamotreto que parecía en cinta: se enhorquetó los anteojos, y sin pedir disculpa á mi santa paciencia, imperturbable empezó á leer lo que sigue.

II

El 13 de Abril de 1865 á las 7 de la mañana nos declaraba la guerra prácticamente el Dictador Lopez, ejecutando un acto vandálico en plena paz; accion digna de una horda. Esa sorpresa revestida con la más refinada barbarie hacía preveer al falaz enemigo que en adelante tendríamos que combatir.

Burlando la buena fé de una nacion amiga, cuya lealtad era insospechable y que se encontraba casi desarmada, apresaba dos de sus cascajos, titulados buques de guerra, que indefensos se encontraban anclados en el puerto de Corrientes, asesinaba cobardemente sus tripulaciones, y condenaba mas tarde á la dura vida del cautiverio á los que sobrevivieron á la despiadada matanza.

El martirio lento y tenaz que sufrieron esos desventurados argentinos, y la lúgubre historia de los

crímenes de un hombre sin corazon, como una sentencia inapelable, como una maldicion inflexible, como una cadena maldita que arrastra el presidiario del horror, está eslabonada á su terrible memoria. Sí, porque se puede perdonar la muerte de un hombre; aun su martirios á impulso de pasiones más ó menos activas; pero el asesinato meditado, por cálculo, de un pueblo en masa, es un crímen tan grande que reviste la forma del cataclismo: es la accion viva, estremecente, de los furores de la tiranía reconcentrados en la calma aparente de un hombre grave, que en vez de cumplir un sagrado deber fué juguete de las salvajes pasiones de un bárbaro, tanto como lo fué Neron que por aparente razon de estado mandó dar muerte á su madre.

III

Es de ver la pertinacia con que ciertos espíritus privilegiados, talentos investigadores, que no han sido testigos presenciales, ni actores en los hechos de la historia que elijen para su estudio, tratan por medio de suposiciones arbitrarias, interpretando á su modo, documentos ó tradiciones, encontrar siempre causas trascendentales en ciertos acontecimientos que no son, muchas veces, otra cosa que el impulso sencillo ó brutal de la vanidad, ó de la lijereza instantánea de algun brillante egoista, ribeteado de grande hombre ó con aspiraciones á serlo.

Alguna vez he tenido intencion de calificar al Agamenon moderno, al Alejandro de Córcega, al cochero titánico de la Francia, al Capitan del siglo, al Prometeo de Santa Elena, á ese fanático de la ambicion, en fin al gran Napoleon, de insensato

con génio, en la parte de su programa teatral que no tiene atingencia con el arte de las refriegas.

Estudiad detenidamente su inmarcesible gloria, y no encontrareis en ella, sino un habilísimo ganador de batallas, la redaccion de un código, en cuya discusion se dormía profundamente, haciendo poco agasajo por cierto á los eminentes legistas que lo discutían, y algunas obras monumentales, que cualquier potentado, teniendo los medios necesarios, puede mandarlas ejecutar; en lo demás un loco grave, tenaz por cálculo, y hasta infantil en sus caprichos, algo parecido á Cárlos XII; aquella máquina misoginia de los combates, cuyos nervios parecían hechos con pólvora y plomo.

Napoleon peleaba *porque sí;* como Facundo Quiroga [1] ese gran general de tribu, cuyo talento natural en otro escenario menos salvaje, lo hubiese conducido á un porvenir brillante: decía que

(I) Dicen que cuando el general Quiroga, despues de la batalla de la Ciudadela marchaba sobre Tucuman, á medio camino recibió un oficio de la autoridad del pueblo en que le significaba la entrega de la plaza. El caudillo vencedor leyó rápidamente la nota y escribió debajo con mano firme la siguiente contestacion: "A pelear voy."—*Facundo Quiroga.* Claro, él no entendía de rendiciones, vivía del fuego de los combates y siguiendo sus instintos deseaba que un pueblo como Tucuman le resistiese.

Napoleon peleaba, *porque sí,* es decir, peleaba porque era Napoleon, porque era el

Coloso de la fortuna,
Nacido para la guerra,
Con la frente allá en la luna
Y por pedestal la tierra.

Mas, ofuscado, embriagado hasta el delirio por una ambicion insensata, cae por tierra de la balanza de sus nobles facultades ese contra peso necesario para actuar con buen criterio en todas las grandes emergencias del poder, ese buen sentido que alguna vez, casi siempre, falta á los hombres de gran talento. Perdida la serenidad de su espíritu, olvida completamente el vencedor de la Europa que está enseñando con su mismo arte ó ciencia á hacer la guerra á sus enemigos. El maestro eximio les abre los ojos y los interna en los misterios de su fortuna, esa estrategia sublime de su alma, sin compulsar su inmenso poder indestructible y sólido; y en vez de detener la ambicion que locamente le devora, y afianzar las conquistas alcanzadas por medios razonables, se le mete entre ceja y ceja reconstruir el imperio de Carlo Magno, amasado con naciones heterogéneas que se ódian entre sí, es verdad; pero que son homogéneas en su adversion hácia la Francia; y como un jugador que caliente le pega á la redoblona, pronto á ser reventado por la emocion, que no ve, que no oye nada, impulsado solo por una idea, única que se agita febriciente en su volcánica

cabeza, olvida que expone aventuradamente su grandeza á los multiplicados y certeros golpes de la fuerza combinada y del arte que el gran catedrático ha enseñado; que al fin será vencido por su falta de buen sentido práctico, en contradiccion marcada con su génio militar.

Este es el verdadero Napoleon; inimitable como general; pero como político una bomba reventando á destiempo, y como hombre, discípulo de Talma, nada más, un inmortalizador de peñascos.

Todos los acontecimientos de su época se concentraron á su alrededor por medios simples, y por móviles tan previstos, que quien tome esa parte de la historia y ponga las cosas en su lugar no encontrará nada más notable que aquellas artísticas carnicerías que adornan el cruel escenario, y una ambicion que no le va en zaga, á la que hubiese sacrificado el mundo entero, si tal valla se opusiera: lo demás es oropel histórico, un poema épico escrito por Thiers y destruido por Charras y otros.

Se me dirá qué tiene que ver Napoleon con lo que se va á leer más abajo. Respondo; "en todas partes se cuecen habas" y los hombres como los acontecimientos, por más aumentados que sean por las enamoradas plumas de los escritores, son los mismos; con poca grandeza, muchas debilidades,

presuntuosos, egoistas, falsos, las más de las veces; ocultando todos estos defectos bajo el velo del fingimiento y de la esmerada educacion que ha hecho su obra paciente, elaborándola en muchas generaciones para presentarnos por lo general grandes hipócritas.

Tal vez en el estudio que pretendo hacer de las causas que originaron la guerra del Paraguay, exista algo parecido, cuando son tan sencillos los móviles que incendiaron la mina, y tan á la vista, que en dos palabras se pueden muy bien determinar.

Los grandes factores que actuaron poderosamente en el ánimo de Lopez, pueden muy bien condensarse en un orgullo desmedido, alimentado por el vasallaje que sin límites le rendía la esclavitud de su patria, en una ignorancia completa de la ciencia política y del arte de la guerra; y una ambicion de ser grande adquirida por el roce de la aristocracia europea.

El dominador absoluto de un pueblo que excita con estudio y sagacidad sus pasiones, puede hacer de él todo lo que quiera; eso lo sabía perfectamente Lopez; así la responsabilidad ante la historia caerá sobre él, como el recuerdo abominable de un loco que con dinamita hiciera volar una gran ciudad en pleno sueño.

Lopez provocó esa guerra sin meditar sus alcances, y tan recluta fué en lo moral, como en lo práctico; las necesidades más apremiantes no fueron previstas: pasó al fin el Rubicon de su fatal destino, convulsionado violentamente desde muchos años antes por delirantes efluvios que deslumbraban su espíritu: creía de buena fé que con las fuerzas de la República del Paraguay poseía un poder suficiente para vencer á las de los paises limítrofes; y en prueba de esta asercion voy á citar la siguiente anécdota que he oido al Sr. D. Héctor Varela, allá por el año 1865, antes de la declaracion de la guerra á que fuimos injustamente provocados.

Diez años antes de esta fecha, entraban las tropas francesas victoriosas en París, de regreso de la campaña de la Crimea.

Héctor Varela y Francisco Solano Lopez, presenciaban admirados el prolongado desfile. Pasaban y pasaban los numerosos cuerpos aclamados por los vítores estruendosos de la muchedumbre, hasta que un regimiento de zuavos llamó la atencion por su aspecto marcial y la hermosura de sus hombres.

Varela contaminado tambien por el bullanguero entusiasmo de la multitud, se encaró con Lopez y le dijo:

—¿Qué le parecen esos soldados?

—Bastante buenos, replicó friamente Lopez.

Varela continuó.—¿Serían capaces sus paraguayos de medirse con ellos? y acompañó la frase picaresca con una sonrisa maliciosa, que hizo contraer los músculos de la cara del infatuado jóven paraguayo.

Al momento contestó este con altivez.

—Sepa usted señor Varela que con mis paraguayos tengo bastante para brasileros, argentinos y orientales; y aun los bolivianos si se meten á zonzos.

Varela no pudo contener un arranque de hilaridad que fué contestado al instante por Lopez con estas palabras:

—Ría todo lo que quiera; pero tengan cuidado con el Paraguay.

Aquí se ve la premeditacion y la fé en un poder ilusorio, y en un propósito pronto á llevarlo á cabo con un pueblo que aunque pacífico, tendría, sin embargo, la fuerza de la constancia, las virtudes de la indigencia y la desesperacion que desconoce la fuerza.

Esto sucedía el año 1854. Once años despues ponía en práctica su plan manchego, este Quijote sombrío, de terrible fama, y sin contar á sus enemigos se lanzaba á bregar con todo el mundo. El desequilibrio de sus nobles facultades trajo la ruina completa de su patria, y detuvo por algunos años el inmenso progreso de las repúblicas del Plata.

La prensa de Buenos Aires y de otras provincias, en esa época tiene tambien en este acontecimiento su parte de responsabilidad; puso banderillas de fuego á un toro furioso pronto á embestir; y esas malditas banderillas de la irreflexion, constituyeron una de las causas de la fulminante declaracion de guerra del dictador, azusó con hirientes sarcasmos el orgullo vejado de una mujer que ejercía cierto dominio sobre él, y mortificó el ánimo de un hombre dominado por la vanidad autoritaria de un bárbaro, y la altanería de un tirano, es claro, que excitado por el despecho y la sed de vengarse, y trabajado por otros móviles poderosos, cerró los ojos á los buenos consejos del raciocinio, y á las sabias advertencias de su padre al morir, sin reflexionar un instante que los hechos locales de La Tribuna y demás diarios argentinos, produccion eran de molleras juveniles, inexpertas, inconscientes, que por decir una payasada hiriente, producen profundo pesar ó rencor, no meditando ni por un instante las graves consecuencias

que pueden sobrevenir; quedándose en seguida muy satisfechos del triunfo periodistico. ¡La carcajada de la multitud! sí, pero de esa multitud que es siempre de "Animémonos y vayan."

Tan es exacto lo que acabo de decir, que podría citar más de un ejemplo, de una guerra encendida por las indiscreciones de la imprenta, que transformándose en tempestad incoherente de ódios, provocó con la diatriba ó la injuria el espíritu prevenido de un pueblo ó de un hombre á un rompimiento sangriento; como le sucedió á la Francia en 1870 para en seguida hacer víctima al débil emperador, que á su vez lo había sido de las pasiones de los franceses excitados por la prensa.

Es bueno que se recuerden estos ejemplos tan caros y tan oportunos, como amargas lecciones del pasado y los tomemos como enseñanza para el porvenir.

Si, señores, tal como lo ois, no solo fué un pretesto que encontró Lopez en su ánimo para llenar su programa calculado; sino tambien una revancha premeditada aconsejada por los adeptos de los partidos reaccionarios del Rio de la Plata, que á su lado enconaban su alma, ya bastante envenenada por el orgullo, la ambicion y la venganza.

Así nobles representantes del apostolado más sagrado que existe en la tierra, sabed que en palabreo, es todo lo contrario de lo que sucede en la práctica, aquello de *que el que pega primero pega dos veces*. Las patadas escritas no son razones, ni conquistan á nadie, siembran ódios y rencores, y por consecuencia se cosechan venganzas; más consigue el consejo severo de una oposicion razonada, grave, séria, y hasta dura y tenaz si se quiere; pero noble, patriótica y caballerezca en sus fines (porque hasta para ser enemigo político es necesario ser caballero) que el insulto que denigra y exaspera el ánimo.

Si volvieran los tiempos del año 1865, que tal vez volverán con golondrinas ó sin ellas, os recuerdo la frase de Fontenoy:

A vous meusieurs les anglais tirez les premiers. Y en seguida de este consejo de buen argentino, parodiando, no se si con, ó sin fanfarronería criolla, la célebrefrase valiente y sentenciosa de Bismarck, diré:

La república no teme sino á Dios; porque tiene para el Este 250,000 hombres y otros 250,000 para el Oeste.

Cesó de leer el Mayor y mirándome fijamente

con cierta expresion de bondad, como buscando una opinion, me dijo: — ¿Qué le parece esta introduccion?

—Me parece, repliqué, que es como la de ciertos valses y mazurcas que pueden venir bien ó mal al relato; pero que son música.

Pero las opiniones que usted vierte pueden ser contestadas por aquellos que quieran ver en Lopez un grande hombre, en vez de un gran bruto tan ridículo, como sanguinario.

—Ya lo se, contestó el Mayor; pero yo he dicho la verdad, y si aun no digo otras, es por respeto que rindo á ciertas personas que aprecio; pues yo no hago mal sino á los que me lo han hecho. Si, usted me permite voy á continuar.

—Con mil amores, contesté; y siguió leyendo.

IV

Era el dia 6 de Abril: se había recibido en esta ciudad la noticia del apresamiento de los buques argentinos.

Buenos Aires, la heróica ciudad, la porteña más nacional y verdaderamente argentina de la república, se estremeció de cólera é indignacion; y sabeis por qué denomino heróico á este núcleo de bravos, (hirviendo, de alegres andaluces retozones que solo piensan en divertirse) por su ilustre estirpe guerrera que ha podido darle un escudo espléndido, en cuyos cuarteles se grabasen un torrente de sangre con este hermoso lema: *Todo por la patria,* y en otro lugar: *Nunca fué vencida.*

Como todo lo que se espone es necesario probarlo, oportuno fuera que no se crea que el dicho tiene por impulso un rasgo de vanidad literaria, al cual se le pudiera aplicar la frase aquella de

Sócrates á Antisthenes, cuando ostentando este, pobreza y desprecio por las riquezas y el bienestar de la vida, predicaba su doctrina miserablemente cubierto con su capa agujereada.

" Al través de los buracos de tu capa remendada distingo tu vanidad. "

Papelito canta y principiaremos.

Apenas estaba consolidando Juan de Garay, aquel capitan tan bravo y prudente soldado, la fundacion de esta ciudad, ordenada por mi noveno abuelo don Juan de Torres de Vera y Aragon, [1] cuando cata aquí, que en 1582 se presenta el corsario Eduardo Fontana, patentado por la reina Isabel de Inglaterra, y haciéndosele bueno el partido, intenta una sorpresa á mano armada sobre Martin García, considerando la gran importancia de este punto, que puede muy bien decirse, era el Gibraltar de los grandes rios que afluyen al Rio de la Plata.

Los recientes fundadores de Buenos Aires le

(1) La foja de servicios de este esclarecido conquistador y la de su suegro don Juan Ortiz de Zárate, ha sido recientemente publicada en la Revista Patriótica del pasado argentino (tomo III) redactada por el eminente arqueólogo señor Trelles. El que quiera ir más lejos puede consultar á Lopez de Haro, (1622) donde encontrará la historia de las antiguas familias de estos valientes caudillos.

salen al encuentro sin cumplimiento ni ceremonia alguna, y no tiene otra escapatoria que una retirada precipitada donde solo quedó el recuerdo de una empresa de aventura.

Algunos años despues, en 1587, el célebre corsario Tomás Candish, del mismo modo impulsado por la Inglaterra, cuando Felipe II la amenazaba con la Invencible armada, intentó tomar por asalto á Buenos Aires. El pueblo armado corrió á los baluartes y provocó á los aventureros á la pelea. Ante tal actitud no se atrevió el astuto lobo de mar á llevar á cabo su osado plan: fué corrido con la vaina.

La codicia del extranjero desde el principio de su fundacion, no dejó un instante de armarle asechanzas, y en primera línea estaban los audaces holandeses que habían bizarramente aprendido á pelear con los tercios españoles, con esa tropa inconmovible de las batallas de esas épocas, y como continuaba esa guerra legendaria obteniendo ventajas en el Brasil, donde se clavaron como sanguijuelas por algun tiempo los tales flamencos, creyeron sin duda que por estos pagos las cosas andarían del mismo modo y atacaron resueltamente esta plaza en 1628, trabándose un combate sangriento con sus habitantes. Estos, que tenían la sangre de los soldados vencedores de Flandes

y que toda era gente de *tres costuras,* [1] despues de una accion empeñada con ardor, vencieron á sus enemigos, que se retiraron con grandes pérdidas.

Aquel célebre general Timoteo Osmat, caballero de la Fontaine, afamado por su valor y audaces correrías, arremetió en nombre de Luis XIV, el rey pedante é ingrato amador, contra esta ciudad en 1658, y despues de un combate pertinaz, fué rechazado dejando su cadáver *que nada importó al mundo* y su nave capitana en rehenes de la victoria de los bravos porteños de la conquista.

A consecuencia de este hecho glorioso, alborozado Felipe IV de las proezas de los nenes de nuestros padres, declaró por una real cédula de 5 de Julio de 1661, que esta ciudad había sido la más ambicionada y acometida por las naciones extranjeras desde su fundacion.

En 1680 los portugueses que á mátalas callando se resbalaron con audacia en la colonia, fueron rápidamente desalojados por tropas de Buenos Aires.

(1) Dicho de un gaucho Gadea muy peleador, refiriéndose á las cicatrices que adornaban su rostro; sin embargo, equivocaba la cuenta, porque los costurones se cruzaban en su cara como huellas en tiempo malo.

Pointis, el aventurero francés que en vehementes deseos no le iba en zaga á los anteriores filibusteros, en 1698 desembarcaba á inmediaciones de Buenos Aires con el laudable intento de entrarla á saco; pero el hombre propone y Dios dispone, y por consecuencia le salió la torta una galleta. Como quien no quiere la cosa fué hecho pedazos cual una nuez aplastada por un martillo: el martillo era el fuego heróico de nuestros padres: esos bizarros soldados que dieron comienzo por ser vulgares aventureros para ser más tarde los audaces fundadores de la más bella ciudad del continente Sud-Americano, demostrando perseverancia inquebrantable, y grandes virtudes cívicas en el período de la conquista.

A los dinamarqueses tambien les gustó el jueguito de las aventuras piráticas, y en 1699 atacaron á Buenos Aires. ¡Más vale que no lo hubieran hecho! ¡Jesucristo, qué apretada de gorro! salieron como un gato con un buscapié á la cola, dejando los muertos y los heridos amontonados en estiva.

Habiéndose cautelosamente y con sorna establecido los portugueses en la colonia, por segunda vez, en 1705 fueron arrojados por una columna que partió de Buenos Aires, tomando posesion

en seguida, las tropas porteñas expedicionarias de este baluarte tan codiciado.

Los lusitanos que proseguían con notable atrevimiento y razonada perseverancia su plan de avance hacia el sud, buscando climas más benignos y territorios fértiles, ocuparon en 1714 el lugar donde está hoy situado Montevideo; pero no contaba con la huéspeda; su sueño de conquistas fué interrumpido por una fuerza que salió de Buenos Aires, y sin pérdida de tiempo les cayó encima, acuchilládolos completamente; el charco de sangre fué grande, parecía una laguna y sobre esa victoria los hijos de Buenos Aires fundaron la hermosa ciudad oriental.

Felipe V, el franchutis, no pudo menos que reconocer los servicios de los intrépidos bonaerenses (cascos á la gineta) y recompensó su valor con una real cédula fechada el 5 de Octubre de 1716, donde la daba á Buenos Aires el título de muy noble y muy leal, que Godoy erradamente atribuye á Cárlos IV por los sucesos de 1806.

Allá por los años de 1717 y 1720, un capitan francés de audaz memoria, Estéban Moreau, se apoderó de las islas de los Castillos, é insensato, desde allí, osó desafiar á los leones de Buenos Aires; pero tan pronto como se supo en esta ciudad

tal atrevido golpe de mano marcharon sus hijos á su encuentro y no lo dejaron tranquilo en su plácida conquista. Al recuperarlas con sangrientos sacrificios, lo dejaron muerto para escarmiento de los vándalos del mar que á cada momento perturbaban la paz intranquila de la floreciente colonia.

Por fin en 1762 aparece el ilustre general Ceballos y avanza sobre la colonia, sigue adelante y toma posesion de la parte Sud de Rio Grande, cayendo en su poder los fuertes de San Miguel, el Chui, Santa Teresa y Santa Tecla, todo se plega á su valiente espada y las tropas de Buenos Aires se cubren de gloria en esa inmortal campaña.

Habiéndose apoderado los ingleses del puerto Egmont, fueron desalojados en 1770 por una espedicion salida de Buenos Aires, toda gente de mar y tierra, guitarrera y de bota de potro.

Erigido en Vireynato el Rio de la Plata, el primer virey lo fué el general Ceballos que había arribado de España con algunos refuerzos, con el propósito de iniciar operaciones sobre las posiciones lusitanas; á estas fuerzas se reunió una fuerte columna de Buenos Aires, y se abrió la campaña de Rio Grande rompiendo con pericia todas las resistencias que opuso el enemigo á ese avance rápido y glorioso que conquistó en un momento las

posiciones portuguesas de esa provincia, hasta que en medio de sucesos tan felices, fueron detenidos nuestros compatriotas por la paz estipulada por el tratado de 1777, llamado de San Ildefonso, entre España y Portugal. [1]

El brillante rol que ha representado Buenos Aires en las invasiones inglesas, revolución de Mayo, guerra de la Independencia, guerra del Brasil, del Paraguay y lucha por las libertades argentinas, es tan notable y conocida que no encuentro la necesidad de agregarla de nuevo á sus ilustres cuarteles.

Esta es la historia militar de Buenos Aires, la ciudad más argentina de la República, como lo he dicho antes, aunque muchas veces se ha explotado su localismo, que en realidad sería localismo provinciano, porque el que estudia detenidamente el desarrollo de este gran emporio de progreso y grandeza futura (que es hoy y será por algun tiempo de gringos) verá que mucha parte de todos los principales troncos y distinguidas familias, provienen de las provincias; no se esplica de otro modo el aumento de poblacion antes de la corriente emigratoria de ultramar. Yo he conocido partidos como el de Chivilcoy donde una buena parte

(1) Los datos cronológicos referentes á estas antiguas expediciones del período de la conquista, los he tomado de la guía de Forasteros de 1803, arreglada por Araujo.

de sus habitantes eran santiagueños, y así otros; hoy mismo tenemos que toda la fortuna y poblacion de valer de la República se viene á Buenos Aires, pudiendo llegar esto en algunos años más, hasta alarmar el equilibrio estadístico de la Nacion.

Estas mismas razones me hicieron siempre permanecer como partidario de principios en el bando autonomista.

La capital en el centro de la República fué nuestro credo político: credo verdaderamente argentino: Buenos Aires solo podrá ser capital cuando lo sea estratégica, y no esté á la merced de la primera escuadra enemiga; para eso necesita dos cosas: ó una poderosa armada que supere á la del Brasil y Chile unidas, ó un recinto inespugnable de fuertes por parte de tierra, y una línea de poderosas torres blindadas que pueden muy bien establecerse en islas artificiales que se construyan en los bancos que orillan el canal á la entrada del puerto; de manera que formarían un encaje metálico que extendido en línea formidable impidiese los bombardeos, tanto por el lado de tierra como por el del rio.

¿Pero á dónde me he ido á parar? más no es tiempo perdido cuando se habla de las glorias nacionales; es bueno de cuando en cuando en esta

época herir las imaginaciones jóvenes, negligentes que navegan alegres y contentos en el mar de la molicie, con los recuerdos sagrados de las grandes cosas que han hecho los argentinos. Voy pues á continuar mi narracion interrumpida; y volveré al dia en que se supo en Buenos Aires, el arranque equilibrista del más grande tirano americano.

V

El atentado era inaudito. Una guerra no prevista venía á reabrir las mal curadas heridas de la contienda civil, y á detener los progresos en embrion de un pueblo cansado de caudillos y de ambiciosos, y que deseaba recuperar cuanto antes el tiempo usurpado indignamente por la barbarie. Había algo más grave: la República desarmada y sin escuadra estaba á merced del invasor, que aliado con los traidores avanzaba ya con sus hordas disciplinadas, como una muralla compacta de 60,000 autómatas de fanático metal, donde la obediencia pasiva alcanzaría los últimos límites del sacrificio; soldados que se movían á una voz, como una máquina de miles de resortes: avalancha de bárbaros que famélica devastaría las indefensas comarcas argentinas.

En el primer momento, la noticia fué recibida con el silencio taciturno de las grandes venganzas que

se meditan, y un momento más tarde, el patriotismo rompió la valla de la indignacion popular, y se vió un pueblo correr á las armas manifestando la cólera olímpica de las solemnes revanchas.

Yo era entonces un jóven lleno de fuego y de ideas caballerosamente quijotescas, y como siempre habíame encontrado en primera línea en todos los bochinches artísticos, electorales ó campañas de guerra social de esos tiempos, por lo tanto, fuí de los primeros que corrí á las armas, y me prendí con orgullo mi hermoso sable de Cepeda y de Pavon. ¡Ah! como recuerdo aquel lema tan verdadero incrustado en su hoja antigua:

Di me non ti fidare
Si il cor ti manca.

(así á los que le falte aquello que decía mi espada les aconsejo que nunca se batan á arma blanca; porque á las primeras de cambio se van á la barriga).

Era de ver el entusiasmo popular, el pueblo electrizado por la afrenta, delirante, iracundo, mostraba su magestuoso encono: todo el mundo quería marchar á campaña. En los procelosos meetings, la indignacion mugía como el vendabal en un bosque de débiles árboles: había noble ciudadano que lloraba meciéndose los cabellos por el sangriento insulto, y ansiaba velozmente el momento grandioso

de Décio, el célebre abnegado romano, para invocar los dioses infernales; y esto lo hacía esgrimiendo un grande y nudoso garrote á guisa de clava de Hércules: otros juraban morir por la patria, y no descansar hasta no verla desagraviada, fué entonces que acudió el pueblo patriotero (no el que le acompañó á campaña), á la casa del general Mitre quien le recordó la frase de Nelson para inculcar el deber apremiante de marchar rápido contra un enemigo que estaba ya marchado.

Es verdad que se equivocó el general en el término de la guerra. ¿Pero quien podría preveer que aquella contienda concluiría cuando hubiese concluido el último de los paraguayos? y que esa nacion tan despreciada nos daría un ejemplo de energía sobrehumana; nadie; y tan nos engañamos que al poquito tiempo de la lucha, empezó el desgrane del ejército argentino, aumentando cada vez más el caudal de la desercion, quedando allí solamente para sostener la bandera, un ridículo grupo en número, tan pequeño, que los brasileros con su gran ejército demostraban á las claras que les estorbábamos, y para que se vea las cosas de nuestra tierra han de saber Vds. que la medalla de la campaña del Paraguay la tiene con igual derecho, tanto el que ha estado tres meses, como el que soportó los cinco años de aquella cruda guerra, y volvió en una camilla para ser un inválido infecto.

¡A la verdad que somos una nacion original en materia de recompensas!

La reaccion del pueblo de Buenos Aires fué entusiasta, y cundió ardiendo, como la lava de un volcan convulsionado, á los demás pueblos de la República, y desde ese momento se creyó que el pueblo argentino se levantaría en masa, y correría presuroso á vengar el estúpido y sangriento ultraje recibido (un poquito más tarde se enfrió la cosa).

Todo el mundo corrió á los cuarteles, y fueron en esta ciudad movilizados algunos batallones de la guardia nacional, y remontados los cuerpos de línea que cubrían su frontera. Las provincias tambien se movieron; pero con una pereza tal que ha de descollar en la historia con resaltante vituperio, siendo la entusiasta Buenos Aires, la heróica Corrientes y la valerosa Santa-Fé las que soportaron casi todo el peso de aquella guerra imprevista.

Entre los cuerpos de la guardia nacional, se encontraba el mio, y el monton de hombres se encaminó al cuartel del Retiro y empezó el trabajo. Me entregaron cincuenta reclutas hetereogéneos, la mayor parte santiagueños y porteños; personal selecto, gauchos fornidos, robustos y ágiles, los unos silenciosos como una tumba, los otros habladores como una mujer descocada.

Pomposo con mi personalidad gerárquica, dí comienzo con altivez protectora y altanería aristocrática, á la labor brutal de enseñar hombres libres, á ser máquinas de guerra, que solo son grandes, cuando vencen matando, ó mueren por la patria, recordando el bárbaro patriotismo de los escandinavos cuando dice su rey Lodbrog:

—¡Qué alegría desconocida me asalta! Yo muero por la patria... escucho la voz de Odin que me llama; ya las puertas de su palacio se abren: veo salir, medio desnudas, hermosas doncellas á recibirme, ceñidas por una banda azul, que hace resaltar más la blancura de su cútis: avanzan hácia mí y me ofrecen un brebaje delicioso en el cráneo de un enemigo!

VI

Al pasar por primera vez la revista de cartaboneo á mis reclutas, me detuve como atraido por un sentimiento de simpatía, ante un soldado de talla mediana que presentaba un aspecto resaltante de originalidad criolla. Dominado por la curiosidad, impaciente de conocer los detalles de esta flamante máquina de guerra, me encaré con él y le pregunté.

—¿Cómo se llama Vd?

—Pascualin Rojas de nuestra señora de los siete dolores: soy del barrio del alto, y gente de campanillas, respondió el interrogado con la gravedad de un loco grave.

—¿Qué tiene que ver la vírgen? le dije.

—¡Pues no ha de tener qué ver! Soy su cofrade, mi capitan y el hom . . . . .

—Pues bien, lo interrumpí impaciente, señor recluta, en adelante no se llamará usted sino Pascual Rojas, á secas, ni aun el lin le permito, y dirigiéndome al sargento le previne la órden.

Entonces el recluta sonrió, y exclamó con cierto aire picaresco:

—Y dígame mi capitan. ¿Quién será mi padrino en este nuevo bautismo arbitrario y tiránico? para dorar mejor la píldora, supongo que me untará la mano.

—¡Cállese la boca!

—Callado estoy mi capitan, para servir á usted, exclamó Rojas, y se cuadró con el cogote tieso como si tuviera un lobanillo, y con una cara que no pudo menos que provocarme á una carcajada, que á duras penas reprimí.

Desde ese dia ya fué soldado, y os lo voy á presentar física y moralmente, porque será el protagonista de una vida de campamento, alegre y triste, en dos tonos antagónicos y exagerados entre sí, como son la alegría y el dolor que muchas veces se anidan en un mismo pecho como una guerra civil del corazon.

VII

La estupidez, aparente, afectada, y sarcástica de Rojas era para llamar la atencion. Su cabeza condilófora se presentaba graciosamente ridícula. La forma craneana revestía un esmalte circular de protuberancias frenológicas, capaz de hacer la delicia de algun sábio maniático, de esos que tienen grandes admiradores y que dicen los mayores disparates; porque saben que todo el mundo se los cree, solo porque son sábios; decía que su cabeza era montañosa, formando una pendiente rápida por su estrecha frente al caer á su rostro olivático, donde se topaba de buenas á primeras con dos grandes ojos ojerudos, saltones, dormidos, fatigados como los de un burro cansado, enramados de sangre en el blanco amarillo que anunciaba, ó mucho dominio de Morfeo ó mucha caña, y estaban audazmente trepados equidistante en forma japonesa, sobre una nariz gruesa, corta y respingada, con unas ventanas enormes y oscuras, como dos cuevas de ratones. La

bocaza era extendida, robusta, con dos lábios gruesos, violáceos, surcadas de arrugas, parecía cuero de lagarto veteado, mostrando de cuando en cuando unos dientes blanquecinos y enormes que hacían contraste con su negro y escaso bigote áspero, como de indio: esa boca cuando reía se extremecía como un temblor de tierra, y saltaban las babas cual el agua caliente de una máquina á vapor. Tenía 30 años ó lo demostraba.

Fornido de cuerpo, de recios miembros bien proporcionados, ostentaba resistencia á la fatiga, y aunque se presumía en él una dejadez y una haraganería de plomo, incapaz de nada, se dibujaba en su deforme fisonomía un algo picaresco y sincero que atraía: algo agraciado que prevenía en su favor como una garantía de afecto para el porvenir. Solo cuando olía un vaso de caña ó una mujer se iluminaban sus grandes ojos cacoquimios velados de sueño, con un brillo cachondo muy marcado, destapándose entonces en él una cátedra de elocuencia criolla, y frases predilectas de tendero de otros tiempos que errumpían de su estrafalario cacumen á borbotones, y acusaban cuando invocaba una moraleja, la predicacion evangélica más bien imitada.

Sin embargo alguna vez reflexionaba, y sus sentencias las exponía á su modo, bajo un método

ridículamente metafórico y recargado de palabreo, donde alguna vez se traslucia como una ráfaga el sentido de un pensador.

Tomaremos nota de su experiencia y observacion en lo que sigue.

VIII

El hombre sin religion es como un perro sin olfato.

El sexo humano (textual) no es sino un gato revestido con los perendengues de la civilizacion del buen tono.

Los tiranos que han oprimido con feroces y sanguinarias cadenas, los universos argentinos y *urupeos* se apretan el garro rápidos en el horripilante desierto de la vida que ellos han formado, segando la calamorra de la libertad popular del pueblo, del progreso convulsivo, de la inteligencia alucinante y de la honradez casta y pura, para resucitar en la historia entre los tormentos contundentes con que los flagela esa posteridad cara de Sarmiento que no se casa con nadie; pero la enorme y hermosa patria mía queda y quedará

como algo delicioso que no se borrará jamás, como por ejemplo: La bahía de Samborombon.

La inmortalidad del alma ha sido inventada por miedo de sumirse en el abismo de la nada: es efecto cobarde de la cobardía.

Es más dificil aguantarse tieso sin charquear [1] en los voragíneos corcobos de la voluptuosidad ardiente y otras yerbas deliciosas, que resistir á los zamarreones veléticos de la negra desgracia humana y cruel.

Rojas el conmovido es cual melancólico lucero de la mañana, resplandece con bengaleo lucir por su propia luz filarmónica de arpa matutina de ios cantos de la naturaleza y del alba.

El corazon de la mujer es un camaleon inmantado, que discurre sin detenerse por el inmenso bosque de los sentimientos de la vida, dorándonos siempre la píldora.

La mujer no se casa con vívora porque no sabe cual es el macho (este pensamiento brutal no le pertenecía; pero se lo apropiaba).

(1) Agarrarse de la montura con las manos.

La lengua de la mujer fué fabricada en la noche de la desdicha con el rabo del diablo, y este amasado en el infierno de la calumnia, con las siete plagas de Egipto.

El hombre morado en el campo flamígero de la batalla es peor mil veces, sí, que matambre de de berija. [1]

Estas eran algunas de sus producciones filosóficas, como él las llamaba, donde como se vé campeaba una misoginia completa y algunos disparates eximios que en su fondo alguna vez no eran tales desaciertos. Pero además tenía un acopio inmenso de pensamientos más ó menos ingeniosos para calificar las personas ó las cosas.

Al calabozo le llamaba Sosiego de filósofos.

A la metralla, Nerviosa escoba de las batallas.

A la mochila, Niño mamon (á causa de tenerle que cargar).

Al fusil, Asesino de boca negra.

A los brasileros, Hotentotia de la feroz alianza.

(I) Denominacion que dan los paisanos al hombre pusilánime.

A los orientales, Hermandad querida.

A los paraguayos, Los vándalos del colorete (por el traje rojo).

Al paso redoblado, Paso Homérico.

A la galleta, Piedras de Catapultas.

A los cartuchos de fusil, Jugo de la victoria.

A las mujeres del campamento, Las diosas del entrevero y del entreveribis.

A María la brasilera, la Aspasia de ese tiempo,—Atlas (Este gigante mitológico hijo de Júpiter, como se sabe, tuvo que soportar por órden de su padre el cielo sobre sus hombros. Sin duda alguna era bien justa la alusion: la mujercita esta era de soporte).

Al campo de batalla, Esponja de la crueldad.

Al toque de generala, Reloj de palpitaciones.

Al toque de ejercicio, Cansa patas.

Al toque de rancho, Cloroformo de la barriga.

A la tropa de línea, Voluntarios de la patria.

A la guardia Nacional, Adios mamita.

Era interminable su diccionario metafórico, y aunque casi siempre dominaba la vulgaridad en la frase, alguna vez que otra, tenía cierta originalidad que hacia brillar una chispa sarcástica incrustada en un pensamiento meteórico, que pasaba veloz, fúlgido, para apagarse en alguna gran tontería.

Tambien usaba un viejo y abollado tacho de plata que marchaba á la par de su cabeza, al que él denominaba su relumbrante reloj de Flora y cuando se le pedía la hora aplicaba el significado del título, respondiendo en vez de hora con el nombre de una flor: quedando entonces en ayunas el interlocutor. Entonces nuestro protagonista esplicaba su nigromancia (como él la llamaba) con el siguiente horario, donde se distingue la constante observacion botánica de la naturaleza, que por curiosa y exacto lo colocamos aquí:

HORARIO DE FLORA [1]

MEDIA NOCHE.—*El cactus de flores grandes*, cierra

(1) Probablemente es el de Linneo.

su corola á media noche, y la abre entre nueve y diez de la mañana.

La una.—*La cerraja de Laponia,* se cierra á la una de la mañana, y se abre á las siete.

Las dos.—*El salsifí amarillo,* se abre á las dos de la mañana y vuélvese á cerrar á las nueve ó las diez.

Las tres.—*El picridiun,* ábrese á las tres de la mañana, y se vuelve á cerrar entre mediodía y las dos.

Las cuatro.—*La crepis alpina* se abre á las cuatro de la mañana, y se vuelve á cerrar entre las diez y mediodía.

Las cinco.—*El lirio purpúrico* silvestre, se abre á las cinco de la mañana, y se cierra de nuevo á las siete ó las ocho de la tarde.

Las seis.—*La oreja de raton fruticosa,* se abre á las seis de la mañana, y vuelve á cerrarse á las cinco de la tarde.

Las siete.—*La caléndula lluviosa,* se abre á las siete de la mañana, y se cierra entre tres y cuatro de la tarde.

Las ocho.—*La anagálida encarnada,* abre su hermosa flor á las ocho de la mañana, y la cierra á las tres de la tarde.

Las nueve.—*La caléndula de los campos,* abre su flor á las nueve de la mañana, y la vuelve á cerrar entre mediodía y las tres.

Las diez.—*La escarchosa napolitana*, se abre á las diez y se cierra á las tres.

Las once.—*El ornitógalo*, *señor de las once*, se abre á esta hora y se cierra á las tres.

Mediodía.—*La escarchosa glacial*, se abre á mediodía, y se cierra entre tres y cuatro de la tarde.

La una.—*El clavel prolífero,* se cierra á la una de la tarde y se abre á las ocho de la mañana.

Las dos.—*La oreja de raton pelosilla*, se cierra á las dos y se abre á las ocho.

Las tres.—*El omargon ó diente de leon*, se cierra á las tres de la tarde y se entreabre entre cuatro y cinco de la mañana.

Las cuatro.—*El aliso alisoideo*, se cierra á las

cuatro de la tarde y se abre entre seis y ocho de la mañana.

Las cinco.—*La maravilla de noche*, se abre á las cinco de la tarde y se cierra entre nueve y diez de la mañana.

Las seis.—*El jeranio triste*, abre sus flores fragantes á las seis de la tarde y las vuelve á cerrar entre diez y once de la mañana.

Las siete.—*La adormidera de tallo desnudo,* cierra sus flores á las siete, y las abre á las cinco de la mañana.

Las ocho.—*El albohol recto,* se cierra á las ocho y se abre entre cinco y seis.

Las nueve.—*El albohol linear*, se cierra á las nueve y se abre á las ocho de la mañana.

Las diez.—*La ijiomea purpúrea,* se abre á las diez de la noche y se cierra entre nueve y diez de la mañana.

Las once.—*El silene noctiflora,* abre su flor á las once de la noche y la cierra entre siete y ocho de la mañana.

Era de ver la actitud que tomaba para sacar su reloj del bolsillo riveteado de mugre, de un viejo chaleco adornado con grandes florones de múltiples colorinches que usaba desde época inmemorial, y despues contestando á una demanda de hora, decía, por ejemplo, echando la cabeza hácia atrás, arrugando el entrecejo y con altivo menosprecio: ¡Es el *Ornitólago!* El interlocutor abría la boca y volvía á pedirle la hora hasta que solícito y amable apelaba al famoso y sucio horario de Flora y esplicaba su mecanismo botánico con tanto retintin y trabadas de lengua, si estaba en chupe, que concluía por no enseñar nada.

Indudablemente, á estar á lo que se decía, Rojas había sido educado en el seno de una familia pudiente, constituía por el infortunio una de esas ramas que de gentil tronco, se desprenden poco á poco, secas, marchitas, van degenerando veloces y al fin ni huellas dejan de la pasada lozanía; todo lo contrario de lo que sucede con los seres predispuestos al perfeccionamiento. Las nociones incompletas de su incoherente ilustracion demostraban á las claras el molde gastado de su personalidad.

Aquel tipo era la nota cómica de la compañía, su lengua desdoblada se movía sin ton ni son en un prólogo de relatos escandalosos privados de nuestra sociedad, pero en honor de la virtud, no

atacaba sino á la canallería hipócrita, á esa á quien puede muy bien aplicársele esta sentencia:

Arbol que crece torcido
Nunca su tronco endereza,
Porque es de naturaleza
El vicio con que ha nacido.

IX

Había notado, que con frecuencia resaltaban los borrachos en mi compañía, estando á la cabeza de los desórdenes, que eran la consecuencia, el miliciano Rojas.

Un día se me ordenó que me presentase á la mayoría; y fuí apercibido sériamente por el comandante, á causa de estas infracciones á la disciplina; y aunque mis razones eran de peso, probando mi excesiva vigilancia, mi jefe demostró calculadamente que no las atendía, y me hizo responsable de todos los *peludos* habidos y por haber entre mi tropa.

Entonces no hubo medio severo que no empleara para evitar que penetrase caña á la cuadra.

Un día montaba Rojas su centinela á la puerta del cuartel y yo que me encontraba de comandante de campo, lo observaba atentamente, desde una

de las ventanas del cuarto de bandera que daba á la plaza del Retiro.

Rojas, como un antiguo granadero de Federico el Grande, se paseaba derecho, arrogante, formidable; con el arma al brazo hácia su faccion, revestido del sagrado entusiasmo de una alma miliciana iniciada en los grandes resortes que ofuscan á la muchedumbre: sin embargo, todo estaba en silencio y solitario en su contorno; desierto de auditorio, carecía de admiradores: era la hora de la siesta: su mirada parecía que investigaba como escudriñando al enemigo, y demostraba su fisonomía, de cuando en cuando, un pequeño sobresalto, de esos que nos saltean cuando vamos á cometer una falta que deseamos ocultar á la mirada del observador. En el trascurso de su paseo se detuvo un instante, como si tuviera la intencion de poner en práctica alguna idea; pero volvió á marchar, hasta que de repente pegó un remeson, miró con cuidado en su alrededor, tomó su fusil por la garganta, lo llevó á la altura de la cara; montó el martillo; aproximó el dedo pulgar y el índice de la mano izquierda al piston, y acercó rápida la boca á éste; y así estuvo un rato, haciendo con sus mejillas el movimiento de un fuelle; en seguida volvió á llevar los dedos al piston con un movimiento veloz; bajó el martillo, puso otra vez el arma al brazo y continuó su paseo más arrogante que

antes, parecía entonces no un granadero de Federico el Grande sino un bravo de Austerlitz, vestido con el uniforme bolsudo, fundilludo, de paño burdo, de la guardia nacional de entonces.

Yo que lo observaba sin perder uno de sus movimientos automáticos y acompasados, y que no entendía ni jota de la pantomima, llamé al cabo de cuarto y le ordené que fuese relevada la centinela y se la hiciera comparecer á mi presencia, armada con su fusil.

Un momento después me presentaban al ex-centinela. Inmutable terciaba el arma; se cuadró balanceándose ligeramente; pegó el golpe reglamentario en la caña del fusil, y dirigiéndose á mí, exclamó con una voz de lengua bola:

—A sus órdenes, mi capitan.

Me dirigí entonces al oficial de guardia que estaba á mi lado y le dije:

—Señor oficial, tome el fusil de ese soldado; y enfrentándome con Rojas, demostrando un mal humor calculado; lo increpé así:

—Y usted señor Rojas me vá á decir que operacion es esa de la chupada.

—Mi capitan, es la chupada, y llevó la mugrienta mano al descuajeringado kepí.

El oficial de guardia que había tomado el fusil de Rojas, exclamó con sorpresa:

—¡Este fusil está mojado! y en seguida lo inclinó hacia abajo y saltó repentinamente, como un torrente improvisado, un grueso chorro de caña.

El fusil que tan bizarramente llevaba al brazo el apuesto centinela, estaba rebozante de aguardiente.

—¡Canalla! le dije, ¿qué es eso?

—Nada, mi superior gerárquico, un poco de caña para refrescar el cañon del fusil y limpiarlo al mismo tiempo, para evitar que el sol hiriente del estío (y estábamos en el mes de Junio) lo destemple inhumano, y suceda un deterioro imprevisto: nada más mi capitan, prevision de hombre de pensamientos fúlgidos; y al concluir me hizo una revoloteada de ojos de una mímica admirable.

—De centinela y borracho, ya verá usted lo que le va á pasar.

—Perdone mi capitan; mareado solamente á corto plazo á causa del sol canicular; no existe

garita, y yo soy débil de cabeza á causa de haberme educado en delicados mimos; pero estoy muy lejos de dejarme capujiar por una mamada: la caña no me ha conjurado jamás, mi capitan, y mi espíritu está tranquilo y fuerte, como el alma levantada del sabio ante un gran acontecimiento, (el gran acontecimiento era el calabozo en perspectiva).

Allá marchó Rojas despues del exordio, del discurso que pensaba dirigirme, con la frente enhiesta, y los ojos rojos y fulgurosos por el estro homérico de la caña.

Al crujir la puerta que cerraba ese descanso de borrachos, se oyó la voz ahuecada y parlamentaria de Rojas, que decía:

—¡Oh libertad! tú no eres sino un nombre! y tú ¡Oh Bruto! que disparate cometiste, en arrancarte una vida, que aun plácida podía navegar en un mar.... de licores espirituales y espirituosos.

X

Como puede decirse muy bien, que Rojas, á pesar de su preparacion militar, era todavía un recluta, se le tuvo consideracion por esta vez, y fué bien pronto puesto en libertad.

Cuando se abrió la puerta de su prision, salió con paso de Aquiles, como él llamaba á ese tranco vasco que era su más gentil coquetería, y exclamó con esa sonrisa estremecente que daba á sus amoratados labios el vaiven de la ola de un escenario de teatro.

—Estoy libre... al fin te veo, cielo argentino de mayúsculas glorias cariñosas.

—¿Cómo te ha ido? le dijo un compañero.

Rojas lo miró fijamente, y contestó con su calma habitual:

—Para el hombre inocente, el descanso eterno es una delicia inveterada.

—De la mamada, replicó otro soldado.

Rojas guardó silencio; y se dirigió á su cuadra, penetró en ella y se acostó á dormir al lado de su perro que hacía otro tanto.

Desde ese día no hubo precaucion que no se tomara para evitar los abusos de la caña, y sobre Rojas, revistiendo una severidad draconiana convergía toda la vigilancia.

XI

Pasaron algunos dias sin síntomas alarmantes; parecía que algo habían influido la prédica y los castigos, hasta que un dia en el que había yo obsequiado á mi compañía con tres damajuanas de vino, el oficial de semana me previno que el néctar de Noé que se había servido á los soldados era imposible beber, por estar impregnado de kerosene.

Me trasladé inmediatamente á la cuadra; los jarros de lata estaban en la mesa repletos y nadie los había tocado; interrogué al cabo de cuartel; él ignoraba todo; era un hombre de confianza sin aficion al chupe; lo único que me dijo, fué, que Rojas se había comedido á poner la mesa y acomodado todo con una prolijidad que le llamó la atencion, llenando los jarros con cierta detencion que demostraba sumo cuidado.

Llamé entonces á Rojas; inmediatamente se presentó; se cuadró con sus inmensos pies que

parecían un ángulo entrante de fortaleza, y llevando la mano al kepí me dijo:

—Ordene, mi capitan.

—¿Usted ha puesto la mesa?

—Sí, mi capitan.

—¿Y el kerosene del vino?

—¡Jah! mi capitan, si no hay tal kerosene ni gallina ciega, son calumnias falsas; cosas fantásticas de ese cabo vírgen: el vino de la mesa es inodoro como la sangre de la purísima del Cármen.

—Como es eso, dice usted que no tiene kerosene y yo no puedo soportar el olor.

—Se lo voy á probar mi capitan, con la reverencia que debo al ejército y á mis amigos, y extraño que usted dude de mí: vá á ver como no existe tal kerosene. Usted debe estar resfriado: el tiempo es tan caluroso. Con su permiso voy á empinar un jarrito.

—Veamos.

Entonces Rojas, tomó el primer jarro lleno de vino, lo hizo girar del lado del asa y se lo zampó

de un golpe en el garguero, tomó otro jarro é hizo lo mismo; de manera que se veía claramente que solo por un punto abordaba los vasos.

Al quinto jarro lo detuve y le ordené que bebiese por el otro lado contrario al asa. Rojas se puso colorado y cuadrándose exclamó con una conviccion asceta.

—Perdone mi capitan, este modo que uso de beber el vino en jarro ó taza, ú otra cosa que tenga graciosa manija, es una promesa que he hecho á la Vírgen.

En el primer momento, aunque sospechaba algun golpe de borracho del astuto soldado, guardé silencio, buscando por otros medios latentes averiguar la cosa.

Al instante se supo: era otra jugada de Rojas en un momento de descuido del cabo de cuartel, había untado kerosene á todos los vasos, dejando solamente una abertura para mojar los labios, y como sabía que el olor repugnaría á los compañeros, contaba con una mamada magistral.

Volvió pues á tomar de nuevo el camino del queso: el calabozo ya iba siendo para él un mueble de descanso.

XII

Fuera de esto, Rojas era un buen muchacho; porque cuando repetía ciertas historias escandalosas de nuestra sociedad, lo hacía sin presumir la ponzoña que encerraba; y mi prédica incesante parecía que había detenido un poco su aficion al alcohol; me figuré tal desatino por tomar á cierto las intermitencias de la necesidad de un fanático borracho.

Me he olvidado de hablar del famoso cuzco que constituía el compañero inseparable de Rojas. Era un perro lanudo, sucio, horrible, lagañoso, de mal carácter y hábitos poco decentes, parecía un erizo; especie de cabeza de Medusa para los ratones. Entre los dos se compartían las pulgas y los abrojos. Le llamaba Recurso de la ciencia y en él depositaba un cariño entrañable. Para hacerlo rabiar no había sino pegarle, entonces aquel hombre tan tranquilo entraba en furor, desplegando como una bandera de ódios, una elocuencia de furias

desatadas, de múltiples maldiciones, sapos y culebras que solo podría compararse con la extinta boca de Dolores Guizado.

Algun tiempo después de estos sucesos, nos encontrábamos prontos para marchar. Un dia vinieron á decirme que volvía á haber borrachos en la cuadra de mi compañía; y que á pesar de todas las precauciones de registro y espionajes entraba caña á la cuadra.

Estábamos esperando una tarde la lista mayor, cuando me veo á Rojas en el patio del cuartel, frente á la puerta principal, gestionando con ademanes á otro soldado de su calaña que afuera en la plaza del Retiro tenía agarrado fuertemente á Recurso de la ciencia, que pugnaba desesperado por deshacerse, en cuyo pescuezo se movía una cosa blanca como un pañuelo arrollado.

De repente el astuto milico pegó un silbido y el otro soldado largó el can que como una flecha zumbando penetró al cuartel, con unos pellejos del intestino grueso de un buey envueltos en el cuello, sangoloteándolos por el peso de un líquido que contenía. Entonces Rojas corrió á la cuadra, el perro detrás de él, y cuando acudimos, lo vimos que lo besaba y abrazaba; pero ya este no tenía los pellejos.

Mas tarde se averiguó la cosa; es fácil de adivinarla, el fiel compañero era el introductor del chupé; y en castigo el noble can fué atado.

Rojas se sentó á su lado con marcada tribulacion, é hizo propósito de no abandonar á su segundo amigo; el primero era el cabo Leonardo Gomez; mas al fin los empeños triunfaron y salió en libertad aquel gran Recurso de la ciencia.

XIII

Los ardides que empleaba Rojas para chupar atenuaban en mi ánimo prevenido la severidad con que me prometía tratarlo, y tomaba la cosa con paternal benevolencia; como las travesuras de un muchacho grande.

Entre las concesiones que le había hecho, con el propósito de que encontrasen mis soldados algun entretenimiento en la cuadra, fué que usase un baston-flauta de caña tacuara, construido tan artísticamente que Rojas con una maestría remarcable le arrancaba dulces y melancólicos sonidos que me recordaban al triste toque de la quena.

Inseparable Rojas de su espeso baston, constituía un accesorio necesario para él, en aquellos dias de galanteo, como denominaba á los señalados para sus famosas turcas. Entonces era cuando daba cierto realce á su desaliñada compostura, y lo

llevaba con cierta mímica teatral de buen tono, ataviada de ribetes exagerados, que recordaba las actitudes graves y altivas de nuestros abuelos, bailando el famoso minuet, que segun parece hoy vuelve á hacer camino.

Era de ver á Rojas con su inseparable garrote, algo como si contuviese un talisman de gran fuerza, balanceando el cuerpo con cierta gracia quijotesca, y haciendo posturas formidables con sus gigantescos piés, que por sus protuberancias semejaba el relieve de una region montañosa, en el que los juanetes resaltaban dos negros peñascos que harían un sombrío paisaje en el mar; pero las enervantes borracheras transformaban al exagerado caballero, en un animal en toda la extension de la palabra, y continuaban con barniz carnavalesco, burlando la inspeccion y la severa vigilancia del sargento de puerta y del cabo de cuartel.

Rojas siempre olía á caña como una brisa de fuego que nos trasporta con maligno intento las miasmas venenosas de los trópicos; aunque los peludos eran más disimulados, notándose entonces, la predisposicion que dominaba en ese estado medio alegron, á cambios rápidos y tiesos de posturas elegantemente incorrectas, é indirectas zafadas al bello sexo rabon, como el bautizaba á la bizarra

compañera del soldado; se veía pues claramente que en la cuadra continuaba el sorbo! Todo su juego había sido visto. ¿Qué ardid ó recurso empleaba este bellaco para seguir audazmente burlando la vigilancia, y contrariando una consigna? Yo estaba echado al diablo y me encontraba náufrago en medio de un mar de congeturas ridículas; en vano el registro era contínuo y sin descanso, por sorpresa, especie de salteo á la propiedad, nada, los resultados eran negativos, mis pesquisas solamente daban realce á la inocencia aparente de Rojas.

Esto continuó así por algun tiempo, hasta que un dia, antes de la marcha, al penetrar de improviso á la cuadra, como era mi costumbre, lo primero que me veo es á Rojas empinándose la tacuara flauta, y llevando con una postura académica el compás de las gárgaras con su gran pié aleman. Verme y cambiar rápidamente la actitud como si estuviese tocando la flauta, todo fué uno, continuando el movimiento cadencioso del pié al compás de los silbidos chillones y trinados de la mamada flauta, que en ese momento ya no producía aquellos suaves trinos melodiosos, sino ronquidos hidráulicos, ese instrumento erótico de idilios pastoriles. Esta postura respondía al disimulo de hacerme creer que no me había visto; pero el torpe ignoraba que para mí era carta vista; y conocía

todos los recovecos de su alma y los de su cabeza.

Cuando calculó que yo entraba giró sobre sus piés: enfrentó su desatinada cabeza á la mia, como inexperadamente sorprendido, inclinó con cuidado á un costado el mágico instrumento, exclamando al mismo tiempo con el aire más humilde que se pueda inventar, mientras que bajaba con rubor los ojos, como lo haría una vírgen pudorosa ó con aspiraciones á serlo:

—Perdone mi capitan, la música es la delicia de los grandes espíritus humanos inconcebibles.

Yo que sospechaba alguna nueva estratagema de su ingeniosa inventiva repliqué secamente:

—¡Que hace Vd. ahí!

—Me refocilo mi capitan con esta flautilla inocente de misteriosos acentos culumpiantes.

—Venga el instrumento, dije, y le arranqué con violencia la tacuara: le incliné hacia el suelo y saltaron una multitud de chorros de caña que salían como cordones de plata por los agujeros de la flauta: esa flauta era una pulpería, sí, una pulpería encantada.

Me revestí de una actitud grave y silenciosa, pues no había otra, por estar á punto de reventar por una explosion de risa contenida.

En seguida despues de un corto silencio, que me dió un aliento, le dije:

—¡Borracho sin vergüenza, hasta su flauta tiene caña! Ahora verá el culumpiante que le voy á dar.

—Si me permite, mi capitan, le diré, es agua de fuego para dar mayor vigor á los sonidos portátiles y dulcineos de la flauta, exclamó Rojas con la serenidad de un bravo.

—De manera que hace usted servir á la caña para todo; en el fusil refresca, en la flauta enardece.

—Sí, mi capitan: esas son las condiciones físicas de los instrumentos de la vida y de los pueblos que marchan á un porvenir de fuego. ¡Sino decidme, capitan ilustre y denodado: ¿acaso encontrais algo en la naturaleza virginada que no lo vivifique el fuego? ¿Ese calor sublime y tibio del estómago del mundo: esa especie de Buto [1] principio regenerador del universo y otras naciones argentinas?

(1) Divinidad egipcia, principio generativo de todas las cosas.

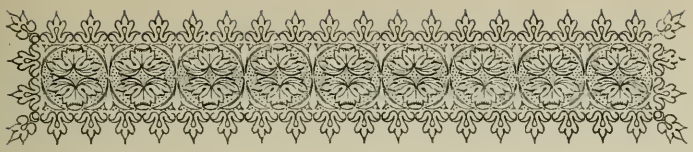
¿No está el sol, que cuando se despierta, muestra su cara bañada en caña y bitter, y que ha empalidecido á la pobre luna con sus groserías inauditas y mundanas? ¿Entónces, á qué tantos aspavientos tiránicos contra la base sustancial de la vida del sexo humano trampolente?

Al concluir la ultima frase, hizo un gesto protector con una contorsion marcada de desden, plegó sus lábios hácia afuera como suelen hacer los viejos vanidosos; y se revistió de una actitud tan seria, que no traicionaba el alegre y socarrónico desequilibrio de su cabeza.

Me escabullí rápido conteniendo con coraje las descomunales ganas de reir, al salir llamé al cabo y le ordené que condujese al calabozo al relapso bebedor y dí vuelta, porque no pude contener el deseo de ver la cara que ponía Rojas al recibir la vigésima octava órden de prision. Este pillo comprendió la intencion, y en cuanto me encaré con él, tomó con esa farsa que le era natural, una actitud de un discípulo de Talma: los ojos elevados al cielo en tono de súplica; las manos crispadas unidas en eslabon á la altura del alzapon, el pié derecho hácia adelante como el espolon de una galera romana; aquella postura era para hacer reir á un loco; y con el más lastimero acento exclamó:

—Será posible, capitan de hombres libres, que por un medio chupe artificial y filarmónico, de argentado acento, de inocentes resultados, condeneis á Rojas, El Conmovido, á ese báratro de la vergüenza, á esa tumba de la dignidad humana.

—¡Cállese la boca, le dije, y fuí á reirme á mis anchas de la literatura parda de mi gran soldado.



XIV

Aquel hombre en quien vislumbraba una chispa de inteligencia amortiguada, iba vertiendo en mi alma una afeccion sincera. Veía en él ciertas nobles calidades que adornan un excelente corazon. Al lado del payaso estaba el hombre leal y sereno, esa calma de su espítitu me absorbía, y su inalterable y abnegada amistad para el cabo Gomez, cuya funesta historia la ha descrito el general Mansilla con su brillante y filosófica pluma, me llenaba de encanto, abnegacion y cariño entretegidos por la miseria y la alegría bullanguera del soldado: con el borracho, estaba el hombre astuto desplegando una perspicacia de soldado viejo para burlar una consigna severa, que encadenaba en él un goce alcohólico. Rojas en fin era un hombre de viva imaginación, sin rumbo, que de cuando en cuando en la pendiente del embrutecimiento en que resbalaba, se detenía para iluminarla con un chispazo: efluvio de una cabeza que se debilitaba gradualmente y que acabaría por no pensar ni retener

nada, y extinguirse como la bruma de un pantano que en otro tiempo fué un vergel exhuberante.

El cabo Gomez, el amigo de Rojas, era un soldado correntino, alto, atlético, lo había sido de Paz y de Lavalle, y se jactaba de esa gloria hasta el fastidio; bravo, sereno, sincero, bueno y generoso; pero cuando se embriagaba, cundía en él una transformaciòn digna del estudio de Ramos Mejía, trocaba todo el encanto de su dulce tranquilidad, por los salvajes instintos de un bárbaro á causa de la naturaleza artificial que le daba el alcohol; ese fuego ejercía en él una descomposicion terrible. Aquel organismo, impulsado por verdaderas furias infernales, perdía el sentido de la razon y entonces quería matar, no por venganza, sino por arranque, todas las víctimas para él eran iguales, necesitaba sangre, la husmeaba en su imaginacion por un impulso diabólico, y era inconsciente en sus actos galvanizados.

Su cara larga, grande, lampiña, guaranítica, con cierto tinte malayo amarillo, de expresion cadavérica, tomaba un aspecto atroz en ese momento, defendida por dos ojos feroces tan vivos y penetrantes, que daban miedo su luz fatal: entonces en esas circunstancias era necesario atarlo, para contenerlo. Solo yo lo dominaba, porque desde la campaña de Cepeda me había acompañado y me profesaba el

cariño de un padre, en cuanto á estimacion lo mismo sucedía con Rojas que era su inseparable amigo. Así, cuando se embriagaba hacía lo que los perros rabiosos, huía lejos de lo que amaba: se alejaba de mí rápido, como perseguido por la voluntad fatal de un destino que lo impulsaba á un crímen.

El consejo de guerra que más tarde condenó á muerte á este soldado fué injusto: víctima de la disciplina, dió muerte á un loco.

El alcohol ejercía sobre Gomez un transformismo infernal. Los jueces militares que matan por la necesidad no pueden entrar en otras consideraciones.

Más tarde os narraré conmovido sus últimos momentos.

XV

Llegó por fin el ansiado dia de la marcha, taciturno y silencioso, como es siempre la partida: se tocó tropa y salieron las compañías y formaron la línea del batallon, en la Plaza del Retiro.

Yo estaba triste, tenía el alma despedazada, sí, triste por el amor de los veintidos años, abandonada para siempre, para no ver más á la mujer que amaba. El oráculo de mi alma me decía desde ya que ese primer amor de mi vida se encerraría en una tumba, me decía con esa crueldad sarcástica de las contrariedades que mortifican con pertinacia, que sería condenado toda la vida á verla, sentirla, hablarla, disimulando ante la sociedad ese sentimiento oculto, pronto á traicionar un espíritu atormentado... y cuando me encontraba más afligido por esta escena íntima, ideal, circunscripta á mi propia pena, vi venir una viejecita con un pequeño atado, que caminaba haciendo un esfuerzo, con la agilidad sofocante de la vejez, y palpitante,

ahogada, con los ojos colorados como tomates, de tanto llorar penas. Caminó por el frente del batallon, incrustando su mirada escudriñadora en las compactas filas: llegó á mi compañía y pasó revista á la fila inmóvil que estaba con el arma al hombro, por haber recien en ese instante entrado á la línea de batalla: se detuvo ante el soldado Rojas, y balbuceó con ese acento dolorido que únicamente se arranca del corazon de una madre.

—Hijo de... mi alma.

Rojas permaneció inmóvil con el arma al hombro; pero su rostro se contrajo, como si debajo de la tez, se retorciesen todos los tormentos de la vida, Ese hombre me dió lástima.

—¡Hijo de mi alma! volvía á decir la desconsolada madre; ¿no me abrazas? Y dejando caer el atadito al suelo, estendió los brazos en ademan de súplica.

Rojas no se movió, estaba petrificado por la bárbara disciplina, y solo tartamudeó, estremecido por el dolor.

—No puedo, ma... dre.

Dos raudales de lágrimas se deslizaron repen-

tinamente de sus ojos, de esos ojos saltones, encrespados por una afliccion inaudita, contenida hasta ese instante con la fuerza de voluntad del que soporta los bárbaros dolores de una amputacion. ¡Ah! á ese infeliz, en aquel momento le taladraban el corazon.

La expresion de Rojas era para partir el alma. Aquel hombre sufría todo el infierno de la esclavitud, todas las aflicciones del amor filial. Aquel noble hijo dragoneaba de bárbaro sin sentimientos! Qué rol atroz representaba en esa comedia de soldado!

La madre desolada, no pudo más, y se lanzó sobre su hijo y lo estrechó llorando entre sus brazos, gimiendo como debió gemir Nióbe, como lo hace quien vé desaparecer un ser querido.

Rojas no se movió de su actitud de soldado en las filas, pero inclinó completamente la cabeza y la dejó caer sobre la de la anciana y las lágrimas y los pesares de ambos se confundieron.

Aquella escena era tan tierna que el comandante había detenido la señal de redoble, para dejar ese consuelo amargo á una triste despedida.

El tambor tartamudeó al fin, Rojas retiró suave-

mente con la mano derecha á la madre, y llorando siempre como un niño, exclamó con voz entrecortada:

—¡Adios! madre querida.

—Dios te bendiga, pedazo de mi alma... confio en Dios... tartamudeó la anciana, sin poder concluir la frase, y enseguida con dificultad se inclinó al suelo: recogió el atado y caminó hácia un lado.

XVI

El batallon formó por cuartas columnas á la derecha, y rompió la marcha con una música entusiasta á la cabeza; y tomó direccion á la calle de la Florida seguido de una multitud de infelices mujeres que iban en pos de sus deudos queridos, anegadas en llanto, lágrimas que caían al compás de la marcha militar.

Entonces fué que vi detras de los vidrios de una ventana á la que amaba; estaba pálida como el cadáver de una vírgen: ese barniz mortal la hacía lúgubremente hermosa, sus párpados rojos anunciaban la pena y el insomnio: me esperaba para verme pasar, para decirme adios, sí, aquel adios mudo que aun titila en ese lejano recuerdo de mi alma como un tormento incesante de la imaginacion... como una sombra doliente que no se borrará jamás... llevó el pañuelo á sus ojos y desapareció... ¡Oh! no, mentira, no desapareció, la

ventana no existe ya, es cierto; pero á ella aun la veo allí como una vision inmortal del pensamiento....

¡Oh patria mía, qué no te he sacrificado!

XVII

De Concordia hácia el Paso de la Patria inició sus marchas el ejército aliado, aquellas jornadas de cientos de leguas para la infantería fueron terribles, chapaleando el barro y la miseria; animados por la fuerza de una alegría patriótica, arribamos cantando el himno del combate al Paso de la Patria. Resquin ya se había apretado el gorro.

Contemplamos desde este lugar histórico las costas paraguayas sin sospechar que allí quedaríamos cinco años, y dejaríamos un magnífico cementerio de amigos y un buen contingente para el valle de Josafat.

El general Mitre guiando el ejército aliado con verdadero talento militar, traspuso el caudaloso Paraná y pasamos á la paraguaya region, y entre sus espesas y hermosas selvas, dió comienzo el movimiento de avance. Peleamos el 16 y el 17 de

Abril, el 2 y el 20 de Mayo, y por fin tuvo lugar la gran batalla de Tuyutí, una de las más sangrientas de este siglo.

Cuando formé mi compañía para marchar á la línea de batalla, miré las caras de mis soldados: en todos se traslucía esa emocion del primer momento, solo Rojas estaba impasible, sereno, sin afectacion: cargó su fusil con mano firme, acomodó su cartuchera adelante, y se metió unos fulminantes en el bolsillo de su viejo chaleco el de los florones, que él llamaba *á la dernier* y que usaba con tanta elegancia criolla.

Yo lo observaba, me aproximé y le dije:

—¿Qué tal Rojas?

—Bien, mi capitan.

—El corazon... eh...

—Como rosa en primavera; aunque esta no es mi vocacion; pero haremos lo que podamos. Morir por la patria para mí será un honor, mi capitan.

Esta última frase la pronunció mirándome con una mirada dulce y tranquila, como manifestando que su corazon estaba quieto, en su estado normal,

y al mismo tiempo interpelando el efecto que esa frase había producido en mí.

Sonreí y me retiré á la derecha de la compañía.

Marchamos á la línea de batalla en momentos que sableaban los paraguayos un batallon nuestro, era de ver como había cundido el pánico en aquella mole de hombres asustados, tiraban las armas y ponían los brazos sobre la cabeza y se dejaban matar como indefensos corderos, esos soldados que en otros combates habían demostrado un valor á toda prueba, irresponsables en ese acto por la falta de prevision de un jefe que había olvidado que el valor no es sino la prevencion del peligro y que es muy raro ser valiente en la sorpresa; porque el coraje es el efecto de la ignorancia del riesgo inminente; de manera que para evitarlo es necesario ir primero hácia él, único modo de no investigarlo.

El fuego en toda la línea era un volcan, cundió como por encanto: la primera línea brasilera y parte de la segunda, y la de los orientales había sido agujereada, sableada y rechazada; y gracias á los reductos de Mallet, artillados con varias baterías, es que se pudo contener la erupcion de estos nuevos sudaneses. La verdad es, que en el primer momento hubo barullo en los tres aliados y que la

cosa anduvo medio mal, pero merced á las disposiciones tomadas de antemano por el general Mitre, que había revelado ser el más brillante general de la alianza, (á pesar de sus detractores que no eran capaces de dirigir el más simple destacamento) púdose arreglar los desperfectos instantáneos; y debido á esas disposiciones militares se obtuvo la victoria.

En ese instante fué cuando hesitando las tropas brasileras, el intrépido Osorio, poniéndose á la cabeza de la infantería de Bahía, les gritó desesperado:

—*¡Bahianada, tres meses de soldo y cachaza! ¡Adiante!* (1)

Los bahianos, electrizados por la palabra alcohólica de su general, marcharon adelante bravamente, y arrasaron todo lo que se opuso á su paso, recordando á aquellos soldados muy borrachos que en un dia de batalla, su general, deseando exprimirles todo el coraje que él deseaba les gritó:

— "¡Trompas de fuego! el qué combatiendo con valor muera en el campo de batalla, resucitará en una pulpería."

(I) A la caña denominan los brasileros cachaza.

Cuando Rojas supo la proclama apremiante del general brasilero exclamó:

—¡Qué gran general!... ¡Ah!... y yo no estaba allí!

En el centro de la línea argentina, del mismo modo había habido conflictos y desórdenes, la caballería paraguaya andaba como un loco desesperado de un lado para el otro, haciéndose matar, y matando á su vez. Rechazada de los valientes cuadros de la vanguardia se había refugiado detrás de Yataytí-Corá para salir un momento más tarde y cargar las piezas del mayor Maldones. Una batería del primer cuerpo tambien había sido asaltada y como es natural, con esa importuna visita, en el corazon del ejército, produjéronse desórdenes, imprevisiones de mando, y todos esos incidentes ó vacíos, comunes á todas las batallas, que son colmados en seguida y vueltas á entrar en quicio por las tropas de refresco.

A la derecha, la caballería correntina que cometiera el error de cargar embarazada con el caballo de reserva, el cual en un regimiento, si mal no recuerdo, iba atado á la cola del caballo que se montaba, fué rechazada, y los paraguayos que debían cumplir el plan acordado de reunirse con las tropas de Barrios por la retaguardia de nuestro

ejército, en vez de ejecutar esto, que era lo lógico, lo real de la victoria, se detuvieron á saquear una vivandería y á las cansadas salieron de nuevo por el mismo camino como Pedro por su casa, contentándose un grupo de ellos con tener una agarrada con una compañía del 2 de línea, mandada por mi bravo amigo, hoy el general García.

A las dos de la tarde cuando estaban rechazados en todo el frente, recien anunció el general Barrios su ataque sobre la retaguardia del ejército brasilero, desembocando por el Potrero Piris; es claro, que desembarazado Osorio por su frente, y guardado su flanco derecho por los argentinos, acudió rápido sobre los recien venidos, con todas sus fuerzas disponibles que constituía el mayor núcleo del ejército brasilero, y ejecutó una carnicería tan atroz, tan espantosa, que crispaba los pelos ver aquel cuadro repugnante de los cuatro mil cadáveres paraguayos, que yacían amontonados y esparcidos, presentando diferentes actitudes en el pequeño descampado del Potrero Piris.

El plan de Lopez no era malo, como son casi todos los planes que se hacen en el bufete á carta conocida.

A cualquier zonzo se le ocurre una buena idea militar, en razon de que el proyecto teórico, mate-

mático, de una batalla, sea ataque ó defensa, está reducido á muy poca cosa, pues en los dos casos la experiencia no ha enseñado bastante para poder formular ese plan; más la dificultad real es llevar á cabo esa idea, combatiendo los contratiempos y adivinando el astuto pensamiento del contrario, manejando con habilidad y serenidad las reservas que son siempre el orígen fundamental de la victoria.

Lo que le faltó á Lopez, era nada menos que el todo: que fuera militar; que se diera cuenta por un momento de este principio. Lanzar siempre el mayor esfuerzo sobre el punto más débil, coordinándolo con otros esfuerzos. Hizo siempre todo lo contrario; y si él, que hasta cierto punto tenía algun barniz de ilustracion, encarnaba una ignorancia tan ruda, cómo no serían sus generales que muchos de ellos apenas sabían leer y escribir, y no conocían ni por las tapas las más simples nociones de los movimientos complejos en el campo de batalla; y es por esa causa tan lógica y sencilla que no tuvo resultado el plan de ataque contra el ejército aliado el 24 de Mayo.

Pero á la verdad, no se podía exigir más de aquellos hombres tan bravos que en la vida habían oido silbar una bala.

Barbaridad más grande que el ataque aislado de

Barrios no está escrita. Comprometer inútilmente, fuera de tiempo, la flor del ejército paraguayo, cuando ya habían sido rechazadas las columnas que atacaron por el frente, es una ineptitud espléndida de un gran recluta. Del mismo modo el ataque de Diaz al centro sin haber oído la fusilería de Barrios por la retaguardia, ó supuesto los movimientos de la caballería de Resquin por el desórden y el fuego, que indudablemente produciría á la espalda de los aliados. Todos estos desaciertos, efecto de la mas ampulosa vanidad, jamás fueron suficientes lecciones de la experiencia para el flamante general.

Verdad bien grande es aquella que dice que nada es tan audaz como la ignorancia, sobre todo la ignorancia de un bárbaro, que dueño de vidas y haciendas todo se doblega á su antojo, y es por esa audacia brutal, que casi ha desaparecido una nacion amiga, quedando las tres que la combatían con sus finanzas tecleando.

En fin á las cuatro de la tarde todo había concluido, solo faltaba la segunda parte del terrible drama; enterrar á cinco mil cadáveres y cortar multitud de piernas y brazos; por lo demás todo quedó muy tranquilo, y fatigados de la jornada nos entregamos al sueño, á ese sueño del ¡Qué me importa!

XVIII

Rojas estaba rozagante: se había hecho ver: su tipo opaco anunciaba que una tempestad de humo había lamido su cuerpo de valiente soldado; la cara veteada con manchas de ollin de pólvora parecía la de un carbonero: sus manos idem ligeramente chamuscadas; la cartuchera vacía; el fusil negro en el fogonazo podría presentar el cuadro del soldado despues del combate.

En los momentos más apremiantes de la batalla, cuando llegaba oportunamente mi compañía á la primera línea, un jóven recluta fué herido levemente en una pierna, y prorrumpió en dolorosos ayes que anunciaban una situacion grave. Entonces Rojas, que dragoneaba de cabo al costado derecho de la compañía, fingiéndose el indignado, salió de las filas y en tono alto y enfático como para llamar la atencion, señalando con la mano izquierda algunos cadáveres que por allí yacían, exclamó:

—¡Miserable! llorando como un *manfloron* de manteca por un vil rasguño ténue y superficial. ¡No ves todos esos héroes muertos y bien muertos que sin embargo no prorrumpen en una queja, no dicen una palabra! Vergüenza debieras de tener de quebrantar así la moral del batallon.

Elocuentemente le hice guardar silencio y volver á su puesto, á pesar de la hilaridad producida en la tropa, que fué puede muy bien decirse, un estímulo que demostró serenidad y alegría en el peligro, calmando las fatídicas palpitaciones de ese primer momento que algunas veces en tropas nuevas suele ser fatal.

Como se ve, Rojas era siempre el espíritu risueño de la ironía, como oportuno en la aplicacion de las anécdotas suyas ó agenas, cuando se las apropiaba, como sucedía en este caso.

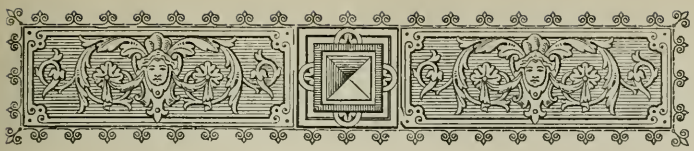
Era de ver su charla heróica despues de la accion, todo lo había visto, todo lo había oido, y concluía exponiendo un cálculo sangriento, decía ser innumerables los caidos ante el esfuerzo de su brazo, y cuando le preguntaban por qué; respondía con aire cazurro:

—Porque siempre he apuntado al riñon.

En seguida añadía con altanera crueldad:

—La cosecha de mis balas ya darán que comer á los sombríos cuervos desgarradores y hambrientos del campo de la horrible matanza sin entrañas.

Desde ese dia Rojas escupió por el colmillo, usó el kepí sobre los ojos y el barbijo en la nuca, y una flor detrás de la oreja; y fuera de servicio llevaba los brazos como asa de jarra enganchando los dedos pulgares de ambas manos en la boca-manga del famoso chaleco de los florones.



XIX

Sin embargo, á pesar de las buenas cualidades de ese soldado, presentaba una mala que me fastidiaba, y tenía cansado al sargento de la compañía y á su cabo de escuadra, era el hombre más sobon y haragan que se pueda imaginar, desaliñado como un bohemio, todo el dia se lo llevaba leyendo un libro de homelias y se iba trasluciendo en él algo de fanatismo religioso semi-pagano.

Como no cuidaba el fusil, ni equipo, ni vestuario, y cometía faltas á cada momento, envalentonado por su conducta en la última refriega, fué necesario usar rigor con él y empezaron los castigos morales y corporales; nada, Rojas seguía el mismo, desaseado, borracho, faltador, en fin, aquello era para aburrir la paciencia á un santo,

Un dia lo llamé á mi carpa y le eché el sermon de un padre, demostrando que le iba á retirar mi estimacion, si continuaba en la fatal pendiente del desórden, del desaseo y de las borracheras.

Entonces tomando una actitud afligente; me miró con expansion dolorosa y con voz de súplica, retumbante, me dijo:

—Capitan de hombres libres, es imposible cambiar la vocacion de un átomo del Dios de los ejércitos; mi vocacion no es, ni será nunca el tun tun de la crueldad, ese repiqueteo de las batallas: esto de matar ó que lo maten á uno sin confesion ¡es inaudito! hipopotámico, mi capitan. Vos me habeis visto como el leon rampante de la pelea, portarme como un Sócrates argentino ante la muerte; pero mi vocacion es ser zapatero, póngame en mi puesto y verá cosas graves, inauditas, verá lo que vale el gran Rojas, el de Tuyutí, que aunque no echa panes, vale más que esos compadrones de granaderos, que no sabían donde meterse cuando veían venir á los paraguayos sobre sus pujantes corceles de granito de los Andes (estilo Andrade).

—Cállese la boca, charlatan; le dije:

—Está bien mi capitan: ¿Soy ya zapatero?

—Sí, desde hoy es usted el zapatero de la compañía y pocos discursos, ¿me ha entendido? y ¡con cuidado!

—Sí capitan de hombres libres: os he entendido y os entiendo demasiado algunas veces.

—Largo de acá farsante, le dije, y lo despaché con un ademan enérgico.

No eran generalmente las frases de Rojas lo que solo me hacía reir, sino la mímica de su graciosa cara de burengue, cazurra, estólida, perspicaz, segun el caso, sin que la hilaridad traicionase nunca uno de sus músculos; verlo tomar una actitud para decir un disparate mezclado con una idea regularmente exacta, mover los ojos, los labios, la frente, haciendo bailar hasta las orejas, y llevando con todo eso el compás de sus incoherencias, era aquello para apretarse la barriga.

Por otra parte ya he significado antes, que me dominaba en ciertos momentos; porque le adivinaba un buen fondo, y conociendo ese acceso, solía permitirse familiaridades que cualquier otro capitan las hubiera reprimido severamente: citaré una, en que me puso en este caso, para demostrar el desequilibrio que existía ó parecía existir en este singular soldado.

Un dia en que dormía la siesta, me despertaron con sobresalto, era Rojas que me gritaba:

—¡Mi capitan, mi capitan, de mi aprecio!

Me siento de golpe en la cama, aturdido aun con el sueño que aun pesaba sobre mi cabeza, en sobresalto, creyendo en una sorpresa de los paraguayos y me veo á Rojas colorado como un tomate, sudando á mares, todo desabrochado, con un tufo atroz á cachaza que volteaba.

—¡Qué hay! le dije, crispándoseme los pelos por temor de un gran peligro.

—Mi capitan, me dice entonces con el tono más lastimero que se puede sentir, mi capitan, ¿qué quiere que *haiga?* que hoy he manchado la historia con una brasilerita agradable; mi religion está aterrada por el golpe.

Levantarme con la rapidez de un relámpago, tomar la espada, alcanzarlo cuando ya rápido había tomado el portante, y pegarle una paliza, todo fué uno.

El remedio contuvo por algun tiempo sus extravagancias, y á la verdad que como zapatero, rol que desempeñó siempre con altura y la magestad de un monarca remendon, no podía ser mejor; y prestaba verdaderos y eminentes servicios en la compañía.

XX

Una de las cosas que más mortificaba los sentimientos de este extrafalario miliciano, era la negacion burlesca de su nacionalidad, todo lo sufría, menos que le dijeran que no era argentino. Constituía su carácter una neurosis patriótica que agitaba constantemente su corazon de alegre soldado. Era un porteño del año X y creía de buena fé que la nacion argentina por el valor de sus hijos como por la grandeza de su historia, constituía la más prefulgente gloria del universo, ante cuyo esplendor todo lo demás palidecía. Sus camaradas conociéndole el flaco, le buscaban la boca cuando estúpidamente ridículo se bamboleaba un poquito en la floja maroma del aguardiente: lo rodeaban entonces, y empezaba el titeo. De repente le gritaba uno:

—¡Muera Rojas el turco, Fundillo overo remendao!

—¡Abajo Rojas, el inglés, pata santa juanetuda!

Ante tal provocacion, Rojas botando raudales de fuego satánico por sus ojos enrojecidos, se detenía repentinamente pegando un remeson furibundo que casi lo daba de bruces, y haciendo un esfuerzo supremo trataba de erguirse con esa ostentacion dramática tan peculiar en los borrachos que quieren aparecer firmes en su debilidad marcada, y fulminando rayos y centellas con su mirada cañolienta (estilo Rojas) les gritaba con tartamudeo baboso y ronco acento.

—¡Cállense bárbaros inculcados de ignorancia! Mienten y remienten víboras humanas, apócrifos de verdad. ¡Yo soy Rojas el conmovido, argentino de la más pura y patriótica argentineada del barrio del alto, donde todo es católico como los ideales universales de Belgrano y San Martín.

Los soldados viéndolo ya enardecido volvían á la carga con más ardor y exabrupto le gritaba otro:

—Muera Rojas el napolitano, muera San Martín y Belgrano.

Estas frases ya lo ponían fuera de sus casillas y con la lengua trabada por la ira báquica rugía:

—¡Ah brutos! de napolitano solo tengo el *versubio* aquí, y señalaba el velloso pecho resaltante.

—¡Mentira! Rojas el cosaco francés, lo que tiene ahí es cañifla con aguardiente de papas. A esto el borracho replicaba meciéndose los cabellos:

—¡Qué calumnia tan equidistante de la otra patriótica calumnia. Miserables, enfralapsarios, fetiches del cisma los voy á talabartear.... vengan....

Aquí ardía la chacota en su mayor auge y se iniciaba el gran bochinche. Los soldados se arrojaban sobre Rojas con las mantas y empezaba un manteo en regla. Cuando Rojas atropellaba le sacaban el cuerpo como á un toro furioso y al mismo tiempo le sacudían cada ponchazo que lo dejaban casi en el suelo, hasta que al fin se echaba á muerto y concluía la jarana por ir todos á la prevencion.

Al otro dia ya Rojas no se acordaba de nada y se consolaba con su cantomanía que lo hacía poeta á la fuerza y lo recargaba en castigos, los que sufría con una resignacion verdaderamente cristiana, y si acaso alguna vez se quejaba lo hacía en verso, estrofas de tal mérito literario soldaduno que corrían el campamento como un chisme de bulto y todos los guitarreros se afanaban por aprenderlas para deleitar á los oyentes en los bailes de rompe y raja.

XXI

Trascurriendo iba esa época entre los horrores de los combates y el pavor de las epidemias; el cólera nos asaltaba con un rigor inaudito: la muerte fulminantemente traidora en todas partes: el dolor sacudiendo corazones denodados: el pánico matando el espíritu: entonces ví hombres desfaliecer, abandonar pusilánimes las filas y fugar atónitos, amilanados por el vértigo de un miedo cerval, y comprendí prácticamente cuan distante están de ser verdaderamente bravos, los bravos del campo de batalla. Se puede ser muy corajudo contra el silbido de las balas, pero un c... de la comedia ante un tigre, un trueno, ó el cólera, ese fantasmon que más que otra cosa alivia pesares... Como yo no soy proclama ni diccionario de cobardias, no mencionaré las que en esa época fatídica llegaron con tristeza á mi conocimiento; en cambio casi todo el mundo estuvo en su puesto, y ví caer como buenos, leales soldados y arrogantes oficiales,

que mezclados en la democracia de la muerte cumplieron su deber hasta el último momento.

En aquella comunidad del infortunio, de emociones terribles, nos estrechábamos con férreos lazos: ese vínculo noble y grandioso del soldado: el sacrificio

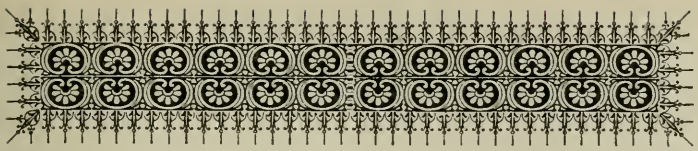
Los que sobrevivimos á la guerra del Paraguay, y recordamos el valor, la abnegacion, y la constancia para haber, en la edad de la felicidad y de las ilusiones, soportado aquella vida de cinco años, nos parece un sueño incapaz de realizarse ahora.

Podríamos decir de aquella existencia azarosa, amagada siempre por el fastidio y sensaciones tan violentas, lo que el girondino Boneville, esa alma inflexible que nunca fué abatida por las persecuciones de Marat, ni las del terror, decía á la Montaña en 1793.

"L'enfer n'est plus l'enfer, tous les demons sont là."

Las batallas eran gloria, alegría, estímulo, honor, grandeza militar; pero la existencia real, de meses, de años, atormentada lentamente por todo aquello que pueda matar el espíritu, aunque fuese el de un corazon de hierro, por todo aquello que

pueda absorber la vida poco á poco, por un infierno de aburrimiento, hambre, fastidio, mala salud, descontento, desencanto, esclavitud sempiterna, y nostálgias febricientes, constituía la base verdadera de los servicios de la guerra del Paraguay, y es por eso, que al fin de ella quedaron tan pocos, haciendo por esta causa hacer á la República Argentina un papel no muy airoso, en cuanto á poder y patriotismo.



XXII

Cuando el cólera invadió el campo de Tuyutí, Curuzú y Tuyú-Cué, surgió la época más terrible del ejército. La muerte se paseaba al rayo del sol con un lujo de crueldad inaudita; el cañon había enmudecido, y el lúgubre silencio de la tumba rodeaba el campamento como para presentar el cuadro con su verdadero colorido: el furor humano detuvo entonces sus golpes de asesino, para dar lugar á la silenciosa devastacion de la negra parca: la comedia del campo de batalla había bajado su telon de espeso humo, y respirando un ambiente sofocante en que no se sentía la marcha marcial del entusiasmo, solo se distinguía la procesion interminable de los muertos; cadáveres tras cadáveres, caían arrojados como el escombro de la vida á la hoya comun, la estiva era horrorosa; hasta el valiente fraile de los combates temblaba al pronunciar la última oracion sobre esa fosa ignorada, que guardaba para siempre hombres bravos que abnegados y patriotas dieron más

de un día de gloria á la República, morían como el leproso, del que todos se alejan por el temor del contagio, con una amargura extrema. Aquella angustia era delirante, lamentando la heróica muerte del campo del honor: ese cuadro de las batallas que aunque simétricamente horroroso, se compensa con los que caen bizarramente en la lucha, levantando bien alto la bandera despedazada de la patria, flameando al viento de la posteridad, salpicada de sangre, tal vez, ó de la masa encefálica de algun intrepido campeon, entre un aglomeramiento de destrozos humanos: allí siquiera están las dianas de la victoria, y hay siempre el desahogo amplio del vencedor. ¡Está la gloria! en un epitafio inmortal.

¡Qué lástima, qué soldado tan guapo: era hombre y medio, yo le ví caer peleando como un perro rabioso!

Aquí, ni una palabra, solo zumba con misterio al oido la palabra fatídica:

¡Retírese!

El miedo egoista del contagio: la cobardía sin máscara avasalla al enérgico guerrero de la lid, que tiembla, palidece, y guarda el mutismo de las circunstancias esperando sin espiritu su infausto turno.

¡Ah! mas para mi propia satisfaccion, diré sin modestia, estuve siempre en mi puesto al lado de mis camaradas y al fin caí, y fuí salvado para no ser nada ó bien poca cosa en esta época de favoritismo.

¡Oh! sagrados recuerdos de mi alma, que agolpais á mi memoria el noble orgullo de mis sacrificios, que bosquejais aquella vida que ya no volverá, en la que el vigor de mis años corría á la par con los dulces encantos de una alma joven y entusiasta, cuanto cariño he guardado para mis pobres soldados, tan buenos, tan sumisos, tan leales; bravos en el peligro y constantes en el sufrimiento, sí, lo digo sereno, sin entusiasmo, con el lenguaje del corazon.

No existe sociedad más noble que aquella que designa por alto honor, la abnegacion ó la muerte por la patria.

XXIII

DURANTE la epidemia, Rojas no había interrumpido su modo de ser; su desayuno se componía de carne fiambre y una taza de café, y su alegría se manifestaba por el canto grotescamente melancólico de sus canciones antiguas, lo que sí, al acostarse rezaba una oracion que en este tiempo, era un poco más larga, á la que él llamaba la del bien morir, salpicada con su Licor del topacio (así bautizaba á la caña con azúcar y cáscara de naranja).

Cuando le tocaba la fagina de enterrador, á cada repugnante despojo le dedicaba una frase. Una vez le oí exclamar, con ese acento enfático y gutural que le adornaba, en el momento que arrojaba la última palada de tierra sobre el cadáver de un soldado:

—Tu dormirás en paz, en ñanga pichanga, átomo reformador del Universo, pero tu pobre madre quedará como la camella, flaca, que ha perdido su

hijo en el desierto de la vida, llorando á más no poder, lágrima sobre lágrima y pena sobre pena.

Este modo de hablar ya era un hábito sério en él. Cuando sangraba su corazon se expresaba del mismo modo, creía realmente que era un orador: su fraseología retumbante lo dominaba por completo, y era capaz de sostener un *canto por cifra* de disparates coordinados, todo un dia, en los que como he dicho antes, se vislumbraba un diamante en bruto que no sería pulido jamás.

XXIV

Así se iba pasando el tiempo entre las alternativas asáz variadas de una existencia nerviosa. La inaccion de las operaciones nos tenían clavados en el campo de Tuyutí, y á no ser por el enemigo, que era el único que rompía la monotonía, con sus avances ó contínuos bombardeos, era aquello para morirse de fastidio.

La vida que entonces pasábamos en ese campamento era completamente material, agitada, perezosa, en sobresalto alguna vez, teniendo por final siempre una carcajada. El vivir de un pueblo aislado, *sui generis,* distinto de los demás pueblos, exagerado en todo, con grandes virtudes, y grandes vicios, podría calificarse en ciertos momentos de monarquía del órden, libre en sus desencadenados placeres, heróico en sus sacrificios sangrientos, generoso en su esfuerzo individual, pueblo de la pobreza y de la gloria que vive sin hipocresía, á la faz del mundo; los errores y los crímenes que se

ocultan, allí el sol los ilumina con su rojo resplandor, y las pasiones fermentan sin embozo al contacto de las mil inspiraciones distintas que asaltan el corazon ó marean la cabeza.

Allí se hacen los amigos, los verdaderos amigos; no se puede engañar á nadie; el hombre falso tiene que huir como el lobo errante por montes y desiertos.

Hace muchos años hacía este cuadro del campamento, lo veo igual y lo traigo en mi recuerdo como una vision que me representa, cuando evoco, un torbellino de hombres, caballos, cañones, mujeres, que se yo cuantas cosas más, pasando, girando, hablando, revolviéndose inconsciente en un mundo extraño lleno de grandeza y debilidades.

XXV

Entre las diversiones del campamento, los bailes constituían el mayor realce y éstos algunas veces revestían lujosas formas, sobre todo los que yo daba á mi batallon, que buenos pesos me costaban; porque han de saber Vds. que en esa época hacían muchos la guerra con su bolsillo.

El adorno principal del salon de baile por lo general tomaba la forma de un rectángulo enramado, cubierto por hojas verdes por todos los costados, sobre un armazon de ramas gruesas de árboles que formaba el muro exterior, en forma de circo otras veces; dejando en el centro la arena para el can-can y los bailes nacionales y extranjeros, amalgama pintoresca que nos hacía pasar una buena noche; porque en esa miscelánea en donde tambien entraba la Palomita y el Londó Carapé paraguayo se veían transformadas en danzas mixtas á los bailes de otros paises.

Por ejemplo, gritaba el bastonero *Chotisch con soltada* y salían las parejas, y empezaban el jaleo, y en cada arrastrada del chotisch con movimientos cadenciosos de cadera y suspenso temblequeo, se desprendía la yunta y hacían figuras de jota aragonesa ó cielo, volviendo en seguida á unirse en estrechos lazos ó algo más espresivo.

La reputacion de Rojas en el ejército como gran bailarin, era un hecho comprobado con un prestigio tal, que en donde se presentaba todo el mundo le abría cancha. Su espectabilidad se circunscribía á las danzas nacionales, animadas calurosamente con sus elegantes y monstruosos zapateos y profusion de académicas meneadas de cuerpo; además le distinguía otro adorno, cantaba como una sirena ronca, canciones de amor puebleras, y distinguíase como el gran poeta de la reunion; de manera que no había bochinche donde él no estuviera llevando siempre á su amigo el cabo Gomez á quien llamaba su muralla metálica.

Gomez aunque silencioso y triste siempre le acompañaba, destacándose su alta estatura, como una amenaza constante; con esa cara que parecía que tenía pereza de tener miedo, se sentaba muy quietito, encendía un jugoso correntino, (los de la hermana) y así pasaba las horas gozándose en ver bailar al faramalla de Rojas, al que alguna vez

había que sacarlo de un mal paso, en esas refriegas que de repente se comprometían á causa de las diosas del entrevero.

Festejábase un dia un aniversario en un cuerpo del ejército, con un suntuoso baile de tropa, en el que se había echado el resto.

La sala estaba espléndidamente adornada, los faroles de papel pintado con elegantes dibujos daban golpe, y el repertorio de damas planchadas rociadas de agua florida, con cintas y flores bizarramente adornadas como un oratorio, era resaltante, y aunque en algunas el calzado se lucía un poco espeso (botin de tropa corrido) en otras elegante zapato remendado ostentaba un piecito holgado acostumbrado á presentar sus encantos al rayo del sol; en fin, no voy á continuar con la materia prima de la funcion, porque Fray Mocho, en un precioso artículo inimitable de costumbres, titulado "El bailecito," describiendo un baile pobre de estancia, hace el cuadro completo; con decir que solo faltaba Rojas, está todo dicho.

Conociendo su prestigio este pícaro, que poseía en grado alto sus ribetes de coquetería, le perseguía el hábito fátuo de hacer siempre su triunfal entrada cuando ya había empezado el baile; la intencion preconcebida se adivinaba: llamar la aten-

cion haciendo notar la diferencia del baile con él á sin él.

Exabrupto una tempestad de aplausos saludó la entrada de Rojas. El conmovido, vítores que al momento agradeció con un pequeño discurso dirigido en lenguaje *indiréctico* á las damas; no recuerdo lo que les diría que se tapaban la cara; pero se conocía que la cosa no era para enojarse, y que tal vez habría en ello algo picante de un sabor bastante agradable.

El bastonero que vió la hermosa bolada, gritó entonces con voz de sargento mandon:

—Gato con relacion.

Ño Rojas, saque pues á Ña Rosa la Tigra.

Rosa la tigra, aunque de espanto y ridículo tenía mucho y Zófocles no dijo para ella: "Funesto don es la hermosura" chispeaba en ese tipo de sainete, cierta atraccion simpática á lanzar una carcajada: picada de viruela como blanco de pistola de Montecristo: el pelo colorado, chascudo cual lana de cabra; eso sí, buen cuerpo, lindo seno macetudo y caderas de aguante. Á pesar de ser de baja estatura, veterana fortaleza había en ese busto de campamento, y por lo tanto, en el envido

andaria lista; sobre todo, faltando tortas hay que comer galleta.

El cabo amante de esta dama, estaba en un rincon meditabundo, manoseando con íntimos pensamientos un garrote de tala con relieve de puas.

Parece que la vista de Rojas no le había causado buena impresion, su mal humor era ostensible.

Rosa más lista que una perdiz resbaló á la arena y aceptó complacida, emocionada, tierna, y hasta parecía enamorada, al compañero que tan apropósito se le había designado: sus ojos destellando eróticas emociones, se revolvían, bajaban, subían, tan pronto andaban al trote como al galope, culebreando sobre los de Rojas, zorro viejo, esponja de amor, absorbía todo el de la dama, sí, zorro viejo que conocía la jugada y le empezaba á gustar los rendimientos de la mejor bailarina del ejército.

El amante de la Tigra, que tambien era tigre por el porte, observaba nervioso la cosa y de cuando en cuando crispaba sus manos sobre el garrote que ya conoceis.

La muchedumbre hizo círculo con empeño y empezó el gato, deshaciéndose la Tigra en silenciosos

piropos y en voluptuosos meneos articulados, delirio impudente de una bayadera criolla: sin duda toda esta gran mímica de sirena enamorada era para enredar en sus redes al compañero ó para no mostrar las uñas tan pronto.

Rojas por su parte estaba espléndido, luciendo el chaleco de los florones; aquel de ñaupa; con un pañuelo rosado atado graciosamente con un gran lazo en su robusto cogote: una sonrisa distinguida paseaba por su extendida boca, y sus miradas de amantes excesos, bañaban á la descompuesta dama, ostentando la gracia y destreza de buen tono que hacía de él un ente original, de la que se salía alguna vez, cuando titilaba en su apostura bizarra el compadreo de mala ley; aunque era un compadreo que hacía reir, y le gustaba á Rosa la Tigra; porque ostentaba modales de hacha y tiza, salpicados con bruscos culebreos de cadera, arqueo de piernas y repentinas tiesuras de cuerpo, al compás de descomunales escobilleos.

De repente cesó el canto y la música: y llegó el momento solemne de lanzar el verso; esa declaracion fulminante, de color de rosa.

La Tigra detuvo su planta de hada: se recogió en sí misma, como la mujer enamorada que se echa atrás con coquetería para lanzarse en los

brazos de su amante á darle lo que le pida: guardó silencio un instante meditabunda, como indecisa para tomar una resolucion; miró de soslayo á su querido (que siempre en el rincon, observaba, inquieto y fastidiado, arqueado el cuerpo, ceñudo el rostro como con ganas de emprenderla con alguien) y dirigiéndole á Rojas una visual expresiva y lujuriante, le dijo en medio del más profundo silencio del auditorio:

Me aconsejan que te olvide
Yo no te puedo olvidar
Los que no saben querer
Me vienen á aconsejar.

Sonó de nuevo la música y el gutural canto del gato, y siguió la ronda, Rojas entonces ya convulsionado, no bailaba, aquello era más que bailar, había perdido su serenidad, y ejecutaba unos movimientos tan á lo vivo que hacía fruncir la cara al cabo que se veía claramente que estaba á punto de saltar: el desplante era inmoral, y los cínicos y estudiados quiebros hacían reir á reventar, porque no hay zafaduría que no produzca hilaridad en la multitud.

En una de esas graciosísimas posturas académicas que transformaban en un grueso arco de carne, sus más que flexibles piernas, se le rompieron con un estrépito seco y desvergonzado los pantalones

que desesperados, hacía rato, pugnaban por reventar en sus morrudos muslos de robusto soldado: se abrieron de par en par, como una puerta empujada brutalmente por la insolencia para asaltar de improviso el pudor de una dama; como una válvula de escape que dá vida al infeliz prisionero; pero fué tan rápido el incidente, que solo despues de un instante, el mugido riente de la retozona soldadesca, saludaba con algazara el percance, que para otro que no fuera Rojas, hubiera sido un golpe de rayo; mas nuestro protagonista siguió sonriente, como si hubiera recibido un nuevo refuerzo de audaz entusiasmo, rozando apenas la blanda alfombra natural. El murmullo, aumentando, fué subiendo de tono hasta transformarse en una risotada general, estrepitosa, unísona como la grande loca alegría de una muchedumbre, entonces se oyó una voz ahuecada, altiva, enfática, que dominó la escena: era la de un cabo francés del I.° de Línea que medio en chupe y alterado contemplaba el baile, siguiendo los movimientos de la danza con su cuerpo bamboleante: se aproximó á Rojas con verdadera cultura francesa, é hizo el ademan con solícito empeño como quien va á advertir al oido del amigo algo grave, y en seguida gritó á lo que daban sus pulmones aguardentosos:

—*¡Oh brave Rocas! cachez ton jeu qu'on voi tes cartes.*

Aun vibraba la última palabra cuando un riojano haciéndose el chiquito vocifero:

—No el de los caireles, no te enredés mi hijito, ni avestruz que fueras para chairar tan lindo.

Las pullas continuaron sin desconcertar al danzante milico que se deslizaba entre raudales de vanidad satisfecha. ¿Acaso podía el detener su espléndido triunfo á causa del fracaso de los pantalones?

Mientras tanto Rosa la Tigra brillaba rozagancia, resplandor intermitente por las velas en agonía, que tartamudeaban luz: se creía ella en ese momento de zangoloteo una estrella prefulgente irradiando al mundo: su satisfaccion palpitaba inmensamente lanzando chispas de desden: orgullosa ostentaba las aceradas armas de Cupido. ¡Infeliz de Rojas, ya estaba con la música adentro! Ese gran cantor enamorado en galante retribucion. ¡Qué cosas no le diría! á ella la Elena de aquella nueva Troya. ¡Portentosa sería la declaracion ante un mundo de testigos que darian fé! La pobre sudaba pacholí, y al ver su topográfica y accidentada cara nos recordaba un changador pujando con un piano á cuestas.

Sílfide delirante, sí, muy delirante, parecía un volcan de deseos contenidos.

Hicieron alto las bordonas, y cesó el palpiteo de las guitarras; se apaciguó el zumbido alegre de la tropa, y reinó un silencio completo: detúvose la pareja enfrentada; y aproximándose Rojas á su nerviosa compañera, exclamó con un dulce acento afectado, que hacía esperar el más tierno de los trinos que pueda suspirar un corazon enamorado, algo como un suspiro de Lamartine:

Debajo del delantal
Guardás un pato,
Y yo tengo un fusilcito
Para matártelo.

No bien había concluido de pronunciar la brusca metáfora, que una inmensa carcajada lo saludó unánime, al mismo tiempo que el amante de la Tigra, le saltaba encima y hacía llover sobre sus lomos una marimba de palos, tan repetidos que parecia el garrote una arma de repeticion.

Rojas medio enredado en las cuartas, parecía un caballo de picador en una plaza de toros, con las manos vacias apenas atinaba á defenderse, gritando á Gomez: " Vení hermano que me aplastan." El amigo acudió al momento; y del primer planazo volteó al cabo: los parciales de este fueron en su

ayuda, y los de Gomez y Rojas hicieron otro tanto; pelaron con encojidas de hombros y arqueos de cintura los fiyingos: los garrotes se enarbolaron en ágiles molinetes y se armó una zarracina infernal: las mujeres se hicieron á un lado como las yeguas cuando se pelean los padrillos; no son como las puebleras que por cualquier cosa se desmayan; el bochinche era grande, iluminado por la luz en ocaso de las chorreadas velas de sebo y acompañado por los retumbantes golpes, que en el bombo daba un músico borracho gritando con gran entusiasmo: Firme muchachos, los del I.° no reculen, fájenles de lo lindo y viva la Patria y San Martin.

Se veía en ese claro oscuro, expléndido, tumultuoso, revolverse los combatientes sin rencor, destacándose la figura altiva de Gomez, que ponía á raya á la jauría que lo atacaba: la mayor parte peleaba á garrote limpio y facon, golpes de hacha, nada de matar, era chacota argentina con un poquito de sangre.

De repente se sintió el fussssshh de un cohete paraguayo, entró moviendo la cola como una inmensa serpiente alada; explotó sin hacer daño á nadie; solo desparramo y algazara; enseguida otro, y otro: se oyó entonces el grito: ¡A formar! ¡Los paraguayos! y cada uno salió como rata por tirante.

La sala quedó desierta. El silencio reinó en esa improvisada arena de gladiadores libres. El suelo se vió salpicado con una que otra gota de sangre, y sembrado de despojos mujeriles, entre los que se destacaba un inmenso zapato remendado, que se supuso perteneciente á la heroina del baile, la famosa Rosa la Tigra.

XXVI

Al otro dia Rojas y Gomez se encontraban al raso en la guardia de prevencion.

Rojas presentaba un aspecto lastimoso, los burujones de la cabeza, y moretones de su cara, hacían más expresiva su preciosa caricatura.

Durante su prision fué que escribió una composicion en verso criollo, Poema de fuego, segun él, referente al baile y al gran bochinche que se armó en seguida; esta versada anduvo en boga entre la soldadesca, y casi hubo de costarle bien caro, á causa de los piropos que dirigía á Rosa la Tigra. De las quince ó veinte décimas que la formaban, solo recuerdo dos: una era alusiva al momento en que los paraguayos lanzaban sus cohetes, y la otra á la enamorada serenata que el dedicaba á la bélica Dulcinea de Tuyutí.

La primera decía así:

Y esos p.... tan mañeros
Pa travarse cuerpo á cuerpo
Nos tiraban de unos cercos.
Los palos tal vez robaos
En un cañuto guardaos
Aguardaban la ocasion
Pa descolgar al monton
Las estacas larguruchas
Que le daban á uno chucho
Cuando pasaban de lao.
....

La segunda pertenecía al canto ventanero del gran pelador de pava y rimaba como va enseguida:

Si tuviera introducion
En tu casa vida mia
Sería extraña la alegría
Que tendría mi corazon
Te tomé tal aficion
Y voluntá verdadera
Que por tí si se pudiera
Perdiera crédito y fama
Ser un puñal en tu cama
¡Amalaya! Quien pudiera.

Como poeta ya lo conoceis; para muestra un boton.

XXVII

Segun Aristóteles, el gobierno despótico, es aquel en que todo es esclavo, y solo existe un hombre libre.

La libertad no vive en la colectividad que marcha con un propósito: el yugo lo teneis en todas las instituciones que reunen á los hombres disciplinados. Entre los votos del cristianismo y los de Marte no sabría decir cuales son más absolutos.

El diácono Ponce, discípulo de San Cipriano, dice con la más exaltada fé lo que sigue: El cristiano que quiera servir como debe á la religion ha de ser extranjero, hasta en su propia ciudad,—y aun en medio de sus parientes: estará desligado de los lazos de la vida terrestre. . . .

El papa San Gregorio, pomposamente llamado

el grande, dice, *peccatum curaeres familiaris*, cuenta pues entre los pecados veniales que deben expiarse en el purgatorio, el cuidado que se toma por las cosas domésticas.

San Mateo evangelista se pasa de punto por desconocer el amor filial, y lleva la disciplina de la Iglesia hasta la separacion de lo más que se ama en el mundo.

San Lúcas aun es mas cruel.

Pues dice: "Si alguno viene hácia mí, y no desprecia á su padre, su madre, su mujer, sus hijos, hermanos ó hermanas, ó su abuela, y aun su propia vida, no podrá ser mi discípulo."

San Bernardo, San Gerónimo y otros santos padres, se expresan del mismo modo, buscando cimentar con esta horrorosa disciplina la base fundamental de una religion que de la misma manera, prácticamente, Mahoma la predicaba con acompañamiento de cimitarra; pero, que á la verdad, es la mejor religion del mundo, y debemos respetarla porque respira moral y estóica virtud en todos sus actos, y es la religion con que nuestros padres hicieron cosas tan grandes.

Así tambien el culto sagrado del soldado, es la

religion de la patria: la espinosa escuela, el ejército; vasto y severo convento donde el hombre hace una profesion de fé, y olvida por ese solemne voto todas las afecciones del alma que han mecido suavemente su cuna, que han hecho palpitar su corazon en la adolescencia, y que le han engrandecido en su edad madura: alcanza esa férrea disciplina hasta ser fusilado á los veinte años, cuando todo se ama, y todo sonrie, por haber escrito una carta á la que le dió el ser, la víspera de una batalla, contrariando una órden de Federico el Grande, que prohibía en la noche la luz; y la que iluminó la última del hijo amoroso, era una miserable vela oculta en un pozo dentro de la tienda de campaña: la cruel vigilancia del rey soldado aconsejó ese crímen necesario...

Esa era la vida que llevábamos, atando muchas veces el corazon en las fibras para que no se sintiesen las palpitaciones, y he hecho este paréntesis porque voy á cambiar de tono, voy á narrar el episodio más triste de la vida de Rojas, de esa pobre alma que me fué tan fiel, que en los momentos de la negra adversidad lo vi siempre á mi lado, voy á narrar la muerte del cabo Gomez sacrificado sin piedad á la necesidad; única moral que sirve de base al Código Draconiano que rige la vida del hombre de guerra.

Cesó de leer el Mayor buscando un momento de descanso para continuar.

—Mi amigo, le dije, ¿no está usted fatigado?

—No, exclamó, solo usurparé el reposo necesario para llegar de una vez al desenlace.

Algun tiempo despues continuaba.

XXVIII

El cabo Leonardo Gomez, natural de Corrientes, como ya lo espuse antes, pertenecía á uno de los batallones de esa provincia que tomaron parte en la revolucion del 11 de Setiembre; y despues de ese suceso tomó residencia en Buenos Aires; su profesion era sastre, y moraba en la calle de la Victoria.

Lo conocí en la campaña de Cepeda, la hizo como soldado á mis órdenes, y tuve entonces ocasion para estudiar la locura terrible que le asaltaba cuando bebía. El alcohol en su organismo, ejercía el efecto de la túnica de Neso.

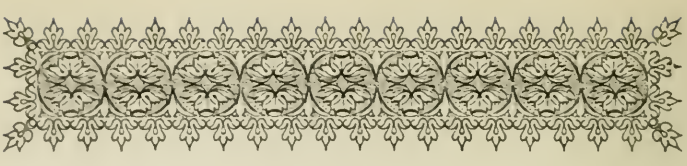
En las contiendas electorales de ese tiempo siempre estaba á mi lado, era el capataz de mi bando; pero cuando tenían lugar elecciones, nunca se embriagaba, y peleaba á sangre fría y á facon limpio.

Al iniciarse la campaña del Paraguay fué de los primeros que acudió á mi compañía ascendiendo al poco tiempo á cabo. Jamas conocí á un soldado más perfecto, y que cumpliera con más exactitud sus deberes. Aquel hombre gigante, con su tez malaya, sus ojos negros dormidos, y su calma impávida, imponía cuando mandaba con el acento guaraní, acentuando la órden imperativa en la última frase.

Vivía en la misma tienda de Rojas; era más que pariente, amigo, como decía aquel, que todo lo hablaba por su compañero.

Yo ejercía sobre Gomez un dominio absoluto, me conocía desde niño y profesábame un cariño entrañable; porque en Pavon había sido mi asistente y en Buenos Aires era yo su protector.

De manera que una palabra de apercibimiento, le hacía un efecto enérgico, sobre todo cuando él sabía que si me enojaba, siempre era con razon, entonces inexorable me manifestaba por algunos momentos.



XXIX

Un dia vinieron á decirme que el cabo Gomez estaba borracho y que quería salir de la carpa, donde luchaba Rojas por contenerlo.

Me aproximé á la tienda y grité con enfado:

—¡Quién está borracho ahí!

—Nadie mi capitan, contestó Rojas, y oí en seguida su voz que en tono bajito le decía á Gomez:

—Cállate hermano por Dios, mirá que está el capitan.

Todo quedó en silencio, Gomez se durmió ya sin chistar, como se duerme un niño cuando lo asustan con el cúco.

Cuando se le pasó la mona, se lavó la cara, arregló el desaliño del traje, y se me presentó,

cuadrándose, como esos gigantes monolíticos egipcios que en forma de estátuas sostienen grandes masas de granito, y me dijo:

—¿Mi capitan, me permite una palabra!

Le contesté rápidamente con esa serenidad del mando, tan solemne y tan dura en la reprimenda:

—Vaya no más cabo, no le permito nada. Vd. es un borracho sin vergüenza, retírese, esta última frase se la arrojé al rostro con sequedad despreciativa, que hirió visiblemente al noble soldado.

Dió media vuelta sin decir una palabra, y se dirigió á su alojamiento.

Aquel hombre lloraba como un niño, su noble corazon, tenía esas ternuras en contradiccion horrible con los instintos sanguinarios de su borrachera.

XXX

Rojas vino á decirme cuan afligido estaba su amigo, y que me pedía que lo perdonase, al principio me manifesté inflexible; pero despues estudiadamente fuí cediendo el terreno, hasta que con un aire grave, le dije:

—Está bien; pero es la última vez; y dígale á ese cabo desordenado que olvida sus sagrados deberes, que en una botella de caña ha de encontrar el banquillo de los malvados, dígale que un hombre que se embriaga, es capaz de ser autor de todos los hechos más horrorosos é infames.

Era cierta la profecía, aquel desgraciado buen hombre, estaba destinado al patíbulo, no había vuelta que darle. Cuando bebía era el loco del crímen.

Mientras tanto tuvieron lugar varios combates: Gomez siempre sobresalía por su serenidad y valor.

Ese soldado tan circunspecto y tan bravo, era el compañerismo de la compañía, él arreglaba todo, y puede muy bien decirse que constituía la moral militar del sargento I.º

Por otra parte, el prestigio de Gomez lo sostenía tambien la generosidad de su hermana, que siempre venía á visitarlo, y le traía del Paso de la Patria cigarros, quesos, tortas, chispás y otros artículos.

La correntina era un tipo, hermosamente robusto, su cara tenía la expresion guaraní en la mas amplia belleza, enérgica y grave parecía el retrato del silencio, sin desterrar la simpatía de la sinceridad que inspiraba. Á su hermano no le iba en zaga en estatura, y otras afinidades de la sangre que los aproximaba; solo Rojas la hacía hablar, y parece que existía algun acercamiento moral entre ellos.

La reserva y el respeto de Rojas para ella, y de esta cierta séria coquetería, demostraba asomos de vasallaje en él, y en ella silenciosa simpatía que era imposible ocultar, y menos en un campamento donde se vive á la luz del dia.

XXXI

Fué pasando el tiempo sin que tuviera queja alguna del cabo Gomez, al contrario, cada vez lo encontraba más cumplidor y ejemplar soldado, hasta que un dia en que hacía ejercicio mi compañía dirigida por el teniente Gonzalez [1] sentí un repentino tumulto que me puso en alarma. Salí apresuradamente á medio vestir de mi rancho, y distinguí con sorpresa que varios soldados sujetaban con inauditos esfuerzos al cabo Gomez que forcejeaba por desasirse de ellos, demostrando una fuerza de atleta, tan aumentada en los momentos de alcohólico furor, que apenas podían con él. La expresion de su cara era horrible en ese momento, los ojos reflejaban el cristal empañado, opaco, de los ojos del tigre enfurecido, derramando la baba de la ira; ese instinto de atavismo que al fin estalla.

(1) Hoy un viejo achacoso empleado en el Ferro-Carril del Oeste. Ha sido un bravo servidor de la patria que morirá ignorado como todos los héroes anónimos del pueblo.

Pregunté al teniente Gonzalez lo que había sucedido, y me respondió:

—Capitan, el cabo Gomez me ha querido bayonetear, primero se me ha insubordinado, y á una reprension mía ha saltado de las filas y me ha tirado un bayonetazo, que á no ser por los soldados inmediatamente me habría dado muerte.

Al verme Gomez, había cesado en sus esfuerzos, estaba de pié con los ojos rojos como hornallas de un infierno, pálido, fatal, contraidos los músculos de la cara, el pelo crispado, era un demonio que daba miedo.

—¡Miserable! le dije, en vano es que yo luche contra tu destino, anda... y dirijiéndome al teniente Gonzalez exclamé:

—Entregue ese hombre á la guardia, á ese hombre digo; porque ya no es soldado, y menos de Lavalle y del General Paz como él hace alarde: que le pongan un centinela y sujételo en cepo de lazo, y usted páseme inmediatamente el parte.

Entonces oí la voz ronca aguardentosa de Gomez que decía tartamudeando:

—Máteme mi capitan, pero no me deje de que-

rer, máteme capitan que pa nada quiero esta p.... vida.

No sé lo que sentí, al oir aquel acento cavernoso; que emocion extraña recorrió mi organismo como la palpitacion de un amargo presentimiento, y vino á rematar en mis ojos, sí, cuando entré en mi alojamiento estaban húmedos.

En mi vida militar hay dos soldados por los que he tenido predileccion marcada, á quienes he verdaderamente amado, y los dos fueron bravos, buenos y desgraciados: Leonardo Gomez y Álvaro Herrera.

XXXII

A consecuencia de esta insubordinacion armada, fué destinado el cabo Gomez al batallon 12.° de infantería de línea, que lo mandaba interinamente mi distinguido amigo el sargento mayor don Lucio V. Mansilla, un corazon como el mío, siempre dispuesto á amar y perdonar, las miserias de la vida, cuando en esto no se proporciona un estímulo á la perversidad.

Cuando supe que se le destinaba al batallon de mi amigo, sentí un vivo contento, sabía que él hombre distinguido, inteligente, sabría apreciar las calidades de Gomez.

XXXIII

El batallon 12 de línea en esa época estaba mandado por el comandante Ayala, y tenía por segundo al sargento mayor don Lucio V. Mansilla. este jefe puede decirse era el inmediato; porque Ayala estaba siempre ocupado en la avanzada con la guerrilla Gloria ó Muerte, que se componía de soldados elegidos de todos los cuerpos de reconocido valor y audacia, los que se empleaban únicamente en sorprender los puestos paraguayos; siendo puede decirse el bravo gallo de nuestro ejército.

El reducto avanzado del 12 de línea, que aunque estaba á las barbas del enemigo expuesto á su primer avance, era nuestro elegante club, donde pasábamos las más hermosas veladas; veladas de cuyo foco surgió la candidatura de Sarmiento, que tan ingrato fué con el mayor Mansilla, su verdadero creador.

Allí concurría una selecta sociedad, alegre, inteligente y entusiasta; y entre la contínua algazara del contento, nutriendo al mismo tiempo el espíritu con discusiones sérias, pasábamos aquella aburrida situacion.

Todos los días nos presentaba el mayor Mansilla alguna novedad: su inmenso talento y la oportunidad de su ingenio hacía nuestra delicia, y la tertulia animada por sus chispazos se hacía interminable.

Pero no era eso solo la alegría y la seleccion de la concurrencia lo que nos atraía, sino el corazon del dueño de casa, donde ardía ese pritaneo sagrado tan raro que llaman la amistad; y lo que demostraba allí, lo ha manifestado toda la vida; es tal vez el único hombre que militando ardientemente en la política ha mantenido á sus amigos de treinta años en su contorno; y de cuyos labios jamás he oido una murmuracion contra nadie; aunque revistan siempre sus sentencias la amarga filosofía de la experiencia.

Constituía pues, Mansilla, el alma inteligente de la atrayente reunion formada por tan gallardos militares, entre los que se veía á Fraga que hablaba como Kleber, con una altivez inaudita que subyugaba, que no ha podido imitar aun su bravo discí-

pulo, mi noble amigo, el general Levalle; Charlone, lacónico y ardiente como un soldado; Luis María Campos, con su sonrisa enérgica, clavando sus púas contra los errores del mando; Sarmiento, filósofo de bohardilla; Alcorta, un trueno voluptuoso; Seeber, estadista; Racedo, táctico; Enciso, sarcástico; Keen, grave; Garmendia, entusiasta, y así otros que no recuerdo. Con este conjunto de personas más ó menos ilustradas y adaptadas á un medio idéntico, se prolongaban las veladas hasta muy tarde de la noche, y provocaban la voluptuosidad sangrienta de los paraguayos (no sé si he dicho una barbaridad) de manera que en medio de la alegría de la fiesta rompían de repente con una descarga de cohetes que producían un bochinche infernal, y como todos habíamos salido de nuestros campos contrariando severas consignas, partíamos á lo que daban los piés, para evitar que la ausencia indebida fuese notada y castigada.

Lo que dice Mansilla en una de sus hermosas *causeries* respecto al robo de una pierna de carnero en una de estas noches toledanas, es exacto.

XXXIV

Como debe suponerse, Gomez fué inmediatamente recomendado á Mansilla con la frase mas ardiente que puede dictar la lástima y el cariño. Le espliqué en términos claros y conmovedores los efectos infernales que ejercía el alcohol en su organismo, le dije que ese hombre en ese estado, era un ser irresponsable á causa de ser notoria su perturbacion mental, afluyendo á su cabeza una idea fija, tendente siempre á saciar un instinto, tal vez, por atavismo, que solo se revelaba en ese instante; porque en otra situacion era el hombre mas bueno y mas honrado que había conocido entre soldados.

Concluí por pedirle que lo observara para que pudiera formar un exacto juicio de aquel ser tan desgraciado.

Mansilla oyó mis razones con su cariño habitual, y desde ese momento sintió por Gomez una de

esas nobles aproximaciones de soldado, y puede muy bien decirse, que Gomez encontró en aquel distinguido jefe un nuevo protector.

Rojas había soportado con amargura la separacion, y cuanto momento disponible se le presentaba lo empleaba en andar y desandar el camino que existía del batallon al campo del 12 de línea, Su amistad con Gomez tambien reconocía otro vínculo. Algo dejé traslucir antes sobre este punto.

Era la hermana de éste, que ya os presenté anteriormente.

Se decía que Rojas era su amante, y si acaso no lo era, lo parecía, que es peor, por aquello de que no basta á una mujer ser honrada, sino que es necesario que lo parezca. Claramente se veía que entre los dos existía un verdadero afecto que concluiría tal vez en matrimonio ó su parodia.

Al primer combate que asistió Gomez, en el 12 de línea, fué el que tuvo lugar el 18 de Julio de 1866 el mismo día de la refriega del Boqueron.

Como he dicho antes, el 12 de línea era un cuerpo avanzado que se encontraba á la mano del enemigo y se suponía con fundamento, que sobre ese baluarte tendría aquel siempre su astuta mirada.

Lopez con el intento de efectuar una demostracion sobre el costado contrario al que se le atacaba en ese dia, envió un regimiento de caballería y alguna infantería contra las fuerzas del comandante Ayala.

La guerrilla mandada por este bravo jefe, apenas tuvo tiempo para refugiarse en el cuadro que ya había formado el mayor Mansilla.

Los paraguayos arremetieron por todos los costados á ese férreo muro argentino; pero fueron rechazados, dejando en el campo multitud de heridos y muertos.

La bizarra comportacion de Ayala y de Mansilla fué calurosamente elogiada en el ejército, pues solo un temple inconmovible pudo dominar la crítica situacion del I2 de linea, que sin proteccion, distante y aislado del ejército, había resistido y vencido á un enemigo más numeroso y tan valiente como eran esos paraguayos.

El cabo Gomez tuvo su parte de gloria en este combate, y Mansilla desde ese dia le profesó particular estimacion. La atraccion de los bravos: ese respeto que infunde una reputacion revelada exabrupto.

XXXV

Fué pasando el tiempo sin que Mansilla tuviera queja alguna del cabo Gomez, al contrario cada vez lo encontraba más cumplidor y ejemplar soldado.

Las peripecias de Gomez en el 12 de línea han sido ya narradas por la noble y conmovedora inspiracion del general Mansilla, y únicamente, lo declaro sin pretensiones, no tengo otro móvil al tocar este punto que ya ha sido esbozado con mano maestra, que agregar algunos detalles y completar ese último episodio de la vida del desgraciado cabo, que se eslabona con la existencia de Rojas, á quien han sido dedicadas estas páginas.

La reputación de Gomez después de Curupaytí acrecentó grandemente su heróica fama, fué ascendido á cabo y se le vió siempre revestido con su modo de ser habitual; ese carácter bondadoso que atraía, y que hacía el encanto de sus compañeros;

pero fatalmente el destino empezaba su obra; empinado había ya por dos veces la copa de aguardiente que tarde ó temprano lo arrojaría á la fosa de los ajusticiados.

Instigado por el misterioso impulso de su desgracia, borracho un dia, dió de puñaladas á un vivandero, y ultimó su vida con ferocidad inaudita. Este crímen obedecía á una venganza que confundía á la víctima con el hermano que era un oficial de su cuerpo que en otro tiempo le había infligido un castigo.

Uno de los efectos más fenómicos de esa perturbacion alcohólica era la completa ofuscacion de la vista: veía todo rojo; pero no veía nada, sus turbios ojos enramados por el furor de un loco, semejaban á los del toro que solo distingue sangre que lo atrae furiosamente: la husmeaba y la hubiera bebido hasta saciarse, si se la presentasen en el momento fatal.

XXXVI

Inmediatamente fué puesto en consejo de guerra, juzgado, y condenado á muerte.

Cuando yo supe la resolucion del consejo exclamé, matar ese hombre, es matar un loco, y matar un loco es un crímen, aunque sea necesario.

Puesto en capilla, despues de una tierna entrevista con el mayor Mansilla, pidió ver á su amigo Rojas: éste más muerto que vivo, acudió á esa cita del infortunio. ¡Qué momento terrible! Gomez se encontraba en mangas de camisa, ligados sueltamente los codos, de manera que tuviera cierta libertad en sus movimientos: sentado en un banco, encorvado hácia adelante, con ese modo usual que tiene el soldado de estar en el fogon: apenas se podía dar vuelta en la estrecha carpa que le servía de alojamiento: su cara tranquila no revelaba el temor anticipado del suplicio: calmoso como siempre, fuma-

ba un cigarro y despedía el humo como gozándose en las espirales de una fortuna que se evapora. Al ver entrar á Rojas tan conmovido, exclamó con la calma digna de una estátua:

—¿Hermano, cómo te vá?

—Cómo quieres que me vaya, balbuceó Rojas y se arrojó sobre él, llorando, con los brazos abiertos, impulsado por una de esas desolaciones del alma, y entre sollozos agregó:

—¿Qué has hecho por Dios...?

Gomez no se inmutó al sentir las lágrimas de su amigo que corrían por su rostro varonil, por ese rostro correntino, enérgico é impasible. Aquel espíritu vigoroso vencía en la lucha de la amistad, para desafiar mas tarde la muerte como un filósofo: era inconmovible; con su serenidad habitual contestó.

—Lo que he hecho no ha sido mandado por mi corazon, ni por mi pobre cabeza, ha sido no se qué, y en este mundo solo hay dos cosas que sentiré dejarlas: vos y mi hermana, y una que arrepentirme: haber muerto un inocente: de repente se interrumpió, guardó silencio, como tomando un resuello del alma y volvió á proseguir en seguida.

—¿Y mi capitán qué dice?

—Tu capitan, dijo Rojas, qué quieres que diga, él que te quería tanto, é hizo un puchero, que contrajo su cara con ridículo gesto.

Hubo una pausa, y levantando la voz exclamó Gomez:

—Decile á mi capitan que me perdone, aquí volvió á guardar silencio y se vió claramente que su rostro se estremecia ligeramente, y prosiguió en seguida.

—Decile que me perdone, y que si me dieran la vida, sería para servirles de rodillas á él y al mayor Mansilla. Decile, y no te olvidés, que ya que no le puedo dar nada, tendrá al menos el consuelo de saber que el cabo Gomez ha muerto en su ley, como un hombre que los tiene bien puestos, y que cuando pase por mi casa de la calle de la Victoria se acuerde de mí.

De nuevo reinó ese silencio de personas preocupadas por una dolorosa impresion, interrumpiéndolo Rojas con una tontería, porque los charlatanes, son charlatanes hasta en los momentos más solemnes: le dijo entre sollozos contenidos:

—¿No habrá esperanza, hermano de que no te fusilen?

—No, respondió secamente Gomez.

—¿Por qué?

—Porque el hombre debe morir cuando le llega su hora, la mia será mañana, estoy conforme, nada mas, y hablemos de otra cosa.... y encarándose con Rojas exclamó con acento firme. Mira Rojas, yo he sospechado mas de lo que tú crees.... solo te pido que mires por ella, esa pobre hermana queda sin amparo en el mundo; y que mañana no faltes á la funcion, es bueno saber decir como muere un correntino.

Rojas guardó silencio: no era ya un hombre: su cara embadurnada con sus lágrimas le daba un aspecto afligente que inspiraba compasion: contraste remarcable con la impasibilidad del alma del cabo Gomez; á quien la emocion de Rojas no le había arrancado una lágrima.

El oficial de capilla comprendió que era necesario evitar al infeliz reo entrevistas que podían quebrar su vigoroso espíritu, y ordenó entonces á Rojas que se retirara.

Rojas abandonó el fúnebre recinto en elocuente silencio, y salió encorvado, como un deudo que traspone la estrecha puerta de un sepulcro.

Se oyó entónces la voz de Gomez que decía con voz dulce.

—Hasta mañana, hermano.

XXXVII

Amaneció el dia fatal: las músicas militares en todas direcciones anunciaron que los piquetes de los cuerpos, marchaban á formar el cuadro que debía encerrar el suplicio de Gomez.

El batallon 12 de línea ocupaba el centro: sobre sus flancos formaron los piquetes dando al todo la forma de un trapecio: el lugar elegido para el suplicio estaba libre, únicamente frente á ese punto se elevaba un yatay, solo, triste, desgajado, destacándose en el desierto del infortunio, parecía una pena anunciando la soledad del sepulcro.

Formadas ya las tropas, el heraldo de la muerte anunció el bando: prevencion amenazadora, publicada á gritos, con acompañamiento de tambores, algo como el bun bun de una cabeza aturdida: resorte mágico para contener la conmiseracion ostensible en los pechos generosos, algo como decir:

A la justicia militar tanto le da matar al reo como al inocente: el que pida por él, necesario es que muera, y lo que es necesario en la milicia, sea bueno ó malo, debe hacerse... y sobre todo.

"La muerte dura un momento
Y no es venganza la muerte."

El bando recorrió los tres frentes del trapecio y concluida la mortal proclama, volvieron las piezas destacadas á sus puestos respectivos, todo hecho maquinalmente, como diversas de una máquina que se mueve cuadradamente en un escenario terrible.

El redoble de atencion anunció que llegaba el reo: sí, es necesario estar atento por mandato para que no se escape ni el más mínimo detalle del asesinato cobarde, revestido con esa serenidad solemne del martirio anticipado...

¡Oh menos cruel era el pueblo romano que á sus condenados les daba siquiera el derecho de morir peleando como bravos!

Al momento apareció la cabeza de la escolta; el reo venía entre la primera y segunda fila; el padre Palma á su lado, con la dulzura evangélica grandiosa del cristiano; el oficial de capilla desprendido á un flanco, imperturbable; el Fiscal, no

se donde venía, ni recuerdo el aspecto de su cara de condenador: lo restante de la escolta en dos filas de á cuatro, á retaguardia.

El cabo Gomez marchaba inmutable, ningun sentimiento traicionaba su cara de granito: el paso de la escolta era lento, flojo, sin brio, es ese paso de la dulce esperanza, que halaga siempre, retardando la hora fatal á los grandes desdichados, como si en los castigos necesarios de la disciplina, frios y calculados de antemano, pudiesen entrar otras consideraciones que las que aconseja el terror inapelable.

Gomez venía atado codo con codo, en manga de camisa, limpio como un dije: sus ojos negros penetrantes, intensos, se destacaban de su macilento rostro, dirigiéndose con ansioso afan á todos lados: se veía claramente que buscaba una última despedida.

Así llegó á donde se encontraba la bandera, el Fiscal le ordenó que doblase la rodilla ante el estandarte de la patria para oir la sentencia, es decir para repetirle con esa frialdad de tirano, lo que él ya sabía por demás, que iba á morir, que iba á dejar para siempre lo que más amaba en el mundo.

Gomez titubeó un momento: el orgullo heri-

do conmovió sus nervios. ¡Doblar la rodilla ante quién.... solo á Dios! mas reflexionó que no era ante un hombre que se le exigía tal humillacion: ese homenaje era á la bandera de los argentinos, que ya no lo podía cobijar, ingrata, por la que él había derramado su sangre, dándole una gloria en la historia del soldado, que su bravo jefe en páginas brillantes ha inmortalizado.... entonces sacudió su gran cabeza casi cadavérica: el pendon sagrado lo había conmovido: el patriota correntino al fin había sido vencido: asomaron dos lágrimas únicas á sus ojos y al postrarse exclamó con despecho, con una amargura vituperante:

—Así paga la patria á un soldado del general Paz, como diciendo, á un campeon de la libertad.

Le ordenaron que guardara silencio, obedeció, no por temor, ya no tenía más miedo que á Dios, sino por guardar incólume su serenidad hasta el último momento: sintió palabra por palabra, los fundamentos de la sentencia, caer en su corazon caliente, como gotas de hielo que apagaban lentamente ese fuego sagrado. El fiscal tambien estaba conmovido: tartamudeaba, pálido; aquel hombre empezaba á sufrir la gangrena del remordimiento sin saber porque: la emocion era inmensa en todo el mundo: daba lástima ese auditorio de compañeros de armas obligados por la fuerza á presenciar la

muerte del soldado más bravo del ejército, que había consagrado toda una vida constante y abnegada á rendir el culto sagrado á ese lábaro glorioso, al que ahora le hacía la reverencia de un vil criminal.

Qué pensamientos convulsionarían su cabeza en esos momentos, no lo sé; mas de repente, fulgurante, impaciente, mordiéndose los labios, se puso de pié con la altivez de un aristócrata, antes que hubiera concluido la fórmula brutal, y dirigiéndose al Fiscal le dijo con voz alterada:

—Acabe, pues, de una vez. ¡No vé, que está apurao el banquillo porque me siente!

Lo encaminaron en seguida al lugar de la ejecucion que estaba próximo al yatay, en el centro del costado libre que enfrentaba al I 2 de línea.

La escolta hizo alto: el reo fué sacado acompañado del sacerdote: se le quiso vendar los ojos; se negó con energía, y dirigió su mirada escudriñadora á la multitud de peones y vivanderos que venían á presenciar su muerte. Hincado ya frente á los cuatro tiradores avanzaron éstos á corta distancia; mientras que el sacerdote murmurando la plegaria de la agonía, se retiraba á un lado. Los ojos de Gomez buscaron entonces á Rojas y al distinguirlo gritó:

—¡Adios, hermano! ¡Viva la Patria!

Al mismo tiempo la descarga, precisa, fria, unísona como en un ejercicio de fuego, lo arrojaba de bruces sin movimiento; muerto de un golpe, extendido como un gigante que aumenta su estatura al escaparse su alma; su rostro amarillo no presentaba contraccion alguna: anunciaba una muerte plácida, serena, sin dolor, y aquellos ojos altivos y terribles cuando estaban alcoholizados, velados se veían ya por el turbio vidrio de la extinta vida.

Los repetidos redobles anunciaron el final de la tragedia y las tropas conmovidas se retiraron. Ese dia fué un dia de silencio en el ejército.

La ley militar había sacrificado á un héroe.

XXXVIII

Rojas se presentó al Fiscal y solicitó con ahinco, con lágrimas en los ojos, que le permitieran enterrar á su amigo.

El permiso fué concedido al momento, y la piedad fraternal estalló en todo su lujo. Aquel hombre generoso, de un corazon tan grande, lloraba como un niño desvalido perdido en el desierto; Rojas tenía razon, en ese momento estaba en el desierto de la vida: se serenó un momento, recogió en sí todas sus fuerzas intelectuales y al arrojar la última palada de tierra, exclamó con doloroso acento:

—Duerme en paz, querido amigo, víctima inconsciente de las preocupaciones de una comunidad de tiranos nefarios sin alma humana, pero llenos de relumbrones.

Fué su última frase literaria. En seguida clavó una cruz que tenía ya preparada, donde estaba el nombre y apellido del cabo Gomez y se retiró abismado en el silencio de su afliccion.

XIL

CONCLUIDA la lúgubre escena que acabamos de narrar, se me presentó Rojas. Aquel hombre estaba demudado, parecía asaltado por sorpresa por una vejez prematura; tanto había sufrido que su semblante cadavérico, atacado por la fiebre, horriblemente triste, era un reflejo tétrico del espantoso drama que acababa de tener lugar.

Patética fué la relación que me hizo del fusilamiento del cabo Gomez, su lacónico acento era absorbente: mi alma estaba allí y mi corazon se estremecía como si lo sacudiera un pánico letal, por fin concluyó diciéndome:

—Mi capitan, deme una licencia por un dia, para que pueda al menos llorar al amigo.

—Vaya, le dije, que los hombres leales como Vd. merecen la corona del cariño de sus superiores.

Gracias mi capitan, contestó el infeliz soldado, y pude distinguir que sus párpados tumefactos y rojos se humedecieron de nuevo.

¡Ah! siquiera ese buen amigo podía llorar.

XL

Desde aquel dia, enmudeció el estro alegre de Rojas, su antigua algazara no produjo ni un destello, y empezó en él una decadencia moral visible: nostalgia palpitante y sombría que daba pena, desde entonces no fué ya ni soldado, ni zapatero, ni nada. Era una fuerza centrífuga empujada lejos del centro de la retozona vida del soldado al abismo del dolor.

En vano sus compañeros le brindaban diversiones, todo lo rehusaba; inútil faena, fastidiado, de mal humor, solo conservaba amistad con su fiel perro que vivia enfermo y flaco á su lado, como una sombra doliente, zarrapastrosa.

De mí no esperen nada, decia, porque todo ha

concluido en el corazon del amigo, que llora al amigo.

Tenía razon, con el alma del amigo había volado su alma, y esa trasformacion tan noble y abnegada, incrustaba pena, pesar que traidoramente lo envenenaba poco á poco, gastando rápidamente los resortes de su vigorosa vida.

Lo único que alguna vez hacía chispear sus ojos era el estruendo del cañon, entonces se traslucía en él, el deseo de ir adelante, tal vez de ver la muerte de cerca.

Ni el cariño de la correntina, como la llamaban en la compañía á la hermana del cabo Gomez, pudo dominar su pesar tranquilo: la impresion letal había sido tan fuerte que cambiando radicalmente su carácter presentaba un fenómeno de transformismo completo: ese hombre en ese estado tenía el delirio del infortunio. Yo comprendía su triste situacion y disimulaba sus faltas que en otro las hubiera castigado severamente.

Así fué pasando el tiempo hasta que un dia Rojas desertó, dejando una carta que solo decía:

"Perdóneme capitan, Vd. bien sabe cuanto le

estimo; pero no puedo sufrir ya mas esta vida que me recuerda un pesar todos los dias."

Concluyó de leer el mayor, hizo una pausa y agregó en seguida:

— Más tarde lo volveremos á ver.

Buenos Aires, 1889.

EL VERDADERO VALOR

(ROMANCE DEL PROVINCIAL)

Al doctor don Francisco P. Súnico

I

> Un ejército pusilánime agitado oportuna y patrióticamente por los sublimes arranques del amor propio, será siempre capaz de ejecutar hazañas que nunca las alcanzaran bravos soldados á los que no se haya sabido tocar aquel misterioso resorte del corazon humano.

A principios del año 70, el Templo de Jano, con gran contento de un ejército cansado y enfermo, acababa de cerrar sus guerreras puertas.

La paz de Varsovia, reinaba en la selva ensangrentada de una nación desaparecida, cuando una nueva contienda volvió á turbar el reciente reposo de las huestes vencedoras que habían combatido cinco años en el Paraguay y que en la patria se recogían al hogar.

Lopez Jordan que no era hombre práctico en política, había, sin duda ofuscado por la altanería del caudillo ó por el localismo irreflexivo de la tierra, provocado todo el poder nacional que acababa de vencer al dictador paraguayo, y asumiendo la responsabilidad de un asesinato horrible,

consumado con las circunstancias más espantosas, enérgicamente llevaba sin sorpresa, ostensiblemente, con audacia, al terreno de los hechos un levantamiento antipatriótico, en ocasion en que postrada la Nacion necesitaba más de la paz y del apoyo de sus hijos para consolidar la obra regeneradora de progreso y adelantos, patrióticamente vislumbrados en el nebuloso pasado por nuestros grandes hombres, detenida fatalmente durante el largo período de la fratenal contienda.

Este hecho bárbaro, imprevisto, causó justa indignacion en el pueblo argentino que ya había perdonado al libertador los errores de su época, y desde ese momento tuvo el caudillo insurrecto toda la opinion en contra, cuando pudo tenerla á su favor; porque hubiera sido tal vez una buena revolucion en otras circunstancias á no estar infaustamente manchada con la sangre senil del héroe de Caseros.

Fué esa, otra guerra que saltando como el tigre del pajonal contra las fatigadas fuerzas de la nacion, comprometía á ésta á una nueva y larga lucha, enconada, como es consiguiente, con la hidrofobia de la guerra civil, dispendiosa, sangrienta y abrumante de cansancio hasta la exageración, que dió por resultado, aunque la prepotencia del poder nacional, la destrùccion de la propiedad

rural de Entre Rios, diez millones de patacones que gastó el erario, y un par de millares de víctimas que sumadas con procreo á todas las otras caidas en los setenta años de guerra civil que llevamos, nos daría por lo menos dos millones y medio más de habitantes. Tal fué la primera campaña de Entre Rios.

Las tiranías, las ambiciones de los de frac y los caudillos, nos han costado bien caro, y lo peor es que *nada hemos aprendido y nada hemos olvidado,* nos encontramos en el mismo estado, con la única diferencia que en aquellos tiempos resaltaba con abnegacion patriótica la virtud y la austeridad de las costumbres; aunque con inhumanas degollatinas, en que á pesar del retroceso y las brutalidades de la barberie se destacaban con mayor auge las virtudes cívicas; y aquel pueblo de inolvidables antepasados descollaba por su aspecto catoniano; y es por eso que en los tiempos bizantinos se echan de menos con dolor los nobles arranques de la jóven Roma, y amamos tal vez con fanatismo, ese pasado tan grande en la lucha y en la idea. Y á la verdad, se vive feliz en el silencio de esos santos momentos, con aquella gran cabeza pensadora de ideas anticipadas, de furores de progreso, con ese hombre que se llamó Rivadavia, que él solo es una civilizacion del pasado, como un gran invento que produce un cataclismo en la

barberie, ó con ese tipo ideal del patriotismo, que á su impulso se predestigita un general miliciano y beato que gana batallas, Belgrano, ó aquella pléyade de pobretones próceres que la única gran riqueza que ambicionaban era la de la patria grande.

Decía al principio, que Lopez Jordan se había levantado con el santo y la limosna acompañándolo unánimemente ese hermoso pueblo entreriano tan altivo como valiente y jactancioso (verdaderos hijos de porteños [1]) sorprendiendo como es natural al Presidente Sarmiento que resolvió con acuerdo de su índole enérgica y autoritaria, castigar al momento tal desacato á la Nacion, revistiendo esta determinacion con el consejo de los notables del pais.

En este camino se alcanzó hasta poner en pública subasta la cabeza del último caudillo entreriano, mas felizmente, no hubo quien se la cortara, ni como á la de Cayo Graco, bárbaro que la despojara, de la masa encefálica, rellenándola en seguida de plomo para percibir por el peso mayor propina en oro, como cobardemente estaba estipulado en el contrato romano.

---

(1) Esta provincia fué poblada por hijos de Buenos Aires.

El plomo que debía más tarde rellenar la altiva cabeza del audaz revolucionario argentino, era la del hijo victimario, que ofuscado por la venganza errónea, castigaba un crímen en la persona que no lo había cometido.

En cambio tal vez la historia hará responsable á Lopez Jordan de la copiosa é inútil sangre derramada en sus insensatas empresas, cuando ha podido discernirle el título de campeon de la libertad, si hubiera seguido el rumbo de ideas que le indicaba el doctor A. A. que era su verdadero amigo.

Como es consiguiente, ante tal revolucion, mi espíritu aventurero fué de nuevo estimulado, halagando esa vida de cruzado, mi ardiente imaginacion; y requiriendo las viejas armas me encaminé á esta nueva campaña cuando recien hacían tres meses que había regresado de la gran campaña del Paraguay. Aunque envejecido á los 28 años, achacoso como un inválido, conservaba mi espíritu inquebrantable, especie de fuelle de orgullo, inflado de glorias guerreras que son tan fátuas en la vida como muchas otras cosas que están á merced de las simpatías políticas, que á lo que hoy llaman negro, mañana denominarán blanco con la mayor frescura del mundo, saltando de opresores de pueblos á libertadores, ó vice-versa, y todo quedará

perfectamente bien, con tal que satisfaga ambiciones ó intereses personales y se adule á los tontos pueblos que se hacen matar casi siempre por falsos apóstoles.

Organicé un nuevo batallon que tuvo el mismo orígen que la grandiosa Roma; su personal era un enjambre de robustos gauchos, melenudos, arteros y valientes. Aquellas caras cruzadas de largas cicatrices, era un aviso nervioso que erizaba los pelos anunciando un peligro inminente que fuera oportuno evitar. Había algunos que hasta habían tenido tres *desgracias:* pero con suerte; el contrario había sido acribillado á puñaladas, mas de esto no se hablaba, sino del vivò, del matador, que es el de la tal desgracia; otros habían llevado por contento, por placer, por una necesidad apremiante, la vida del indio, y de sus excursiones vandálicas, sacaban un gran acopio de cuentos siniestros con que salpicaban las veladas del fogon, convergiendo todos los relatos á los horrores de esta encrispada existencia, revuelta en la ola de sangre que se agita entre sombras en medio de esa llanura de crímenes, cometidos por la monstruosa educacion recibida al acaso, por las arbitrariedades de los tiranuelos de barrio, y la falta de creencias que combatan los malos ejemplos que desde niño van pervirtiendo tal vez un corazon bueno dispuesto al bien. Estos eran los bravos de mi tercio, reclutas; pero vivos,

inteligentes, y siempre estimulados á la desercion y á las puñaladas.

Entre estos hombres de fierro se distinguía un antiguo soldado llamado Álvaro Herrera.

Indiano era el tipo, de robustas formas y aspecto altivo, perspicaz y sereno como un buen gaucho, calmoso en el hablar, irónico en la frase, provocativo en la espresion de desden que asomaba siempre á su tostada faz como un desafio perpétuo, como una amenaza cuyo dominio se esquiva sacándole el cuerpo con cierto recelo ostensible. Su vida era una aventura saturada de las más extraordinarias peripecias, entre las que figuraban dos veces condenado á muerte y salvado por mí, siendo presidente del consejo de guerra; una fué por una muerte alevosa que dió á un compañero durante una marcha, y la otra por desercion.

De su audacia y bravura no hay que hablar, tenía nombre y en la pulpería arrastraba su córte á la que dominaba con el imperio moral de una reputacion bien adquirida. Sobre el caballo era el ginete más grande que he conocido y contaré un caso referente.

Me encontraba con mi batallon de paso para la frontera en los alrededores del 9 de Julio, y

habiéndome detenido algunos dias en la estancia del señor Trejo para dar descanso á la caballada, recayó un dia la conversacion sobre las calidades del soldado argentino, y expuse á ese señor las excelentes condiciones que le adornaban, concluyendo por decirle que como ginetes estaba seguro de contar un 80 °/₀. Se sonrió maliciosamente el rico estanciero, y mirándome con esa mirada pifiona tan natural en el hombre de campo; exclamó:

— Eso es mucho decir, pues veo en su cuerpo muchos soldados jóvenes; y por apéndice muy afeitados, que más parecen cajetillas de Buenos Aires, que domadores.

Le repliqué entonces, — usted lo vá á ver: le ruego que haga echar la manada al corral, y como es domingo pasaremos un buen dia de fiesta.

Así lo hizo, mientras yo ordenaba que al toque de tropa formarse el batallon sin armas, llevando solo la montura, las riendas y el bozal.

En línea el batallon, toqué atencion y con voz sonora grité:

—¡Todo aquel que sea capaz de domar un potro, dé dos pasos al frente.

A esta voz de mando salieron doscientos diez con faz alegre y resuelta, gritando todos:

—¡Yo! ¡yo! ¡yo!

Solo habían quedado en las filas cincuenta, entre enfermos y extranjeros; todo lo demás, como se vé, iban á probar su valor y destreza.

Formados los ginetes con las riendas y bozal en la mano, y no siendo posible que todos ensillasen, me dirigí al señor Trejo y le pedí que eligiera á su gusto los domadores. Herrera, que había oido mi solicitud, salió de las filas, y haciéndome la vénia exclamó:

—¿Me permite, mi comandante?

—Le permito, le repliqué.

—Yo, señor, no solamente soy capaz de domar un potro, sino montarlo cara vuelta.

—¿Cómo es eso, cara vuelta? le dije.

—Voy á montarlo con la cara mirando al anca.

Sonreí; porque me pareció el colmo de la locura, de la audacia, y me limité á decirle:

—¡Está bien!—prepare usted su montura.

—Mi comandante, no preciso montura, lo voy á montar en pelos.

—Mejor, es más hazaña: pero tenga cuidado, le contesté, no vaya á quedar como fanfarron, y seguí conversando con el señor Trejo, que tambien dudaba del éxito de la jornada ecuestre, y esperamos con ansia el momento de la domada.

Á poco rato sentimos el retumbo de la manada, los relinchos despues, y al fin se aproximó en larga fila sonando los cencerros y arriada como cuerda de prisioneros por los flancos y retaguardia.

Próxima al corral se oyó la salvaje voz de Herrera, que vociferaba:

—¡El potro más malo para mí!

El capataz que deseaba hacer golpear al jactancioso, enlazó un bagual overo, grande, tuzado, de cola pelada, y despues de una lucha tremenda consiguieron sujetarlo y embozalarlo.

—Ténganlo firme, dijo Herrera, á los que sujetaban al enfurecido animal y montó mirando al anca, prendiéndose con las manos de la cola como

un mono, todo encogido. ¡Ya! rugió el bravo soldado y los compañeros lo dejaron libre.

Suelta la fiera en el desahogo de su furor salvaje, encogiendo el lomo, con brincos convulsivos se debatía en el aire con los mayores esfuerzos, y Herrera prendido con sus garras de fierro parecía un jorobado que como bolsa de carne iba de un lado al otro, enorquetados como ganchos sus grandes piés en la verija.

Aquello era para parar los pelos, ver el peligro á que se exponía aquel potro de soldado, expuesto casi á una muerte segura. Familiarizado con el peligro, él era el único que no sentía emocion alguna en el torbellino de los atroces sacudimientos de la indomable bestia.

De repente todos á una voz prorumpimos en un grito conmovedor; el bagual, con un esfuerzo sobrehumano, había dado un gran salto en el aire y con un impulso inaudito se desplomaba de lomo, boleándose con estrépito. Todos creímos muerto á Herrera, pero veloz saltaba á un lado y salía corriendo, relampagueando orgullo y satisfaccion, se detenía, volvía, y mirando á su víctima casi deslomada, vociferaba al mismo tiempo que le pisaba el pescuezo con su enorme pata criolla.

—Don Bufido, lo que es á mí no me la ha de pegar su mercé.

. . . . . .

Para pintar á Herrera no se precisa más.

En cuanto á los otros domadores fué necesario echar á la suerte por ser pocos los potros y muchos los ginetes; se ensillaron todos los de la manada y solo un milico compró terreno, siendo por consecuencia la burla de sus camaradas.

El señor Trejo comprendió entonces de qué preciosa materia prima se forma el soldado argentino y cuantas hazañas debemos esperar de él siempre que se eduque en una verdadera escuela militar que le recuerde su vida de correrías y sobresalto.

II

Con esta clase de soldados emprendí la primera campaña de Entre Rios. Anduvimos á pié primero bebiéndonos las leguas, en seguida montamos á caballo y despues de perseguir á un mito, á un fuego fátuo, fastidioso, sutil, abrumador que aparecía y desaparecía, escaramuceaba, combatía, daba batallas, se hacía humo, bombeaba, hostilizaba en la noche, haciendo la guerra de recursos y sobre todo gastaba la paciencia hasta la quinta esencia del aburrimiento, me enviaron al Paraná á reforzar la guarnicion de la plaza que estaba cercada por Carmelo Campos.

A marche, marche, á pata limpia, rompí el andar no perdiendo de vista mis nenes y los reclutas entrerianos; porque la cosa estaba peluda, no presentaba el cuerpo sino un pequeño núcleo de soldados de confianza, los demás eran todos infelices con desgracias; de manera que traté de evitar que se levantasen con todos los santos y el mismo

cielo. Cavilando se hacen argucias y las ideas nacen al calor del espíritu de conservacion; si el hombre no tuviera miedo, el arte de la guerra no tendría tantos inventos cobardes que asaltan con marcado cinismo la poesía del valor, y han reducido su poema á un velo de humo y de ruido tal, que le hace á uno perder el sentido, si no lo vuelve sordo.

No encontré otra cataplasma á tan crítica situacion, que conjurar la tormenta con el cansancio, llevado hasta el último límite de las fuerzas físicas. Era necesario abrumarlos de fatiga con tal y tan agobiante exceso que no tuvieran ánimo para nada, sino para dormir, pues aquellos soldaditos, (los de mi tercio), eran más temibles que los ágiles montoneros, que si es verdad que fastidiaban, jamás se sobreponían por la victoria.

El primer dia de jornada fué espléndido: diez leguas: salimos de la estancia de Comas al rayar el alba y no detuvimos la marcha sino en los intérvalos que marca la ordenanza, y un corto espacio de tiempo para comer el fiambre preparado en la noche anterior, siguiendo en seguida el abrumante paso que por horas se amortiguaba, hasta las diez de la noche.

Ya en un punto dado nos esperaban las reses

carneadas. Se distribuyó la carne, se churrasqueó en seguida y á dormir. Ya se pueden figurar cuantos quintales de peso tendría el sueño fundido por diez leguas de marcha, de esa marcha fatigosa donde aparecía de cuando en cuando alguna partida merodeadora de Lopez Jordan que se entretenía con mis flanqueadores que parecían avestruces chairadores.

Llegamos al fin al Paraná despues de tres dias de jornadas horriblemente forzadas, y una vez cumplido con los deberes de la etiqueta militar con el bravo y malogrado coronel Borges, me acosté, nos acostamos y se acostaron á dormir todos los de la tal marcha. Á la verdad que es un verdadero final de capítulo, porque no entra en los ribetes de éste, otra conclusion más realista ni más adecuada al acto.

III

El pueblo del Paraná es hermoso y alegre como un bello dia de primavera. Próximo á la espléndida arteria de progreso que derrama sus aguas eternamente en el ancho estuario que descubrió Solis, se le vé en la altura, á lo lejos, blanquear como una bandada de palomas blancas lagarteando al sol, destacándose con suaves contornos de un cielo puro y diáfano, de esos que solos los pintores españoles nos enseñan en sus renombradas telas. Rozado contínuamente por las perfumadas y frescas brisas de su rio, su clima es benigno y agradable.

Sus mujeres son simpáticas, sus hombres hospitalarios. Agradable se hace la vida para el extranjero, sobre todo para el soldado que concluye de recorrer la pampa solitaria; esa tierra yerma de la guerra donde solo se vé á la distancia al habitante que abandona el hogar, que huye presuroso, despavorido, buscando refugio en el vacío del desierto, temeroso de sombras informes, indescriptibles,

de polvos lejanos; sí, decía que se hace agradable la vida del Paraná para el soldado á quien empieza la nostalgia á corroer el corazon.

Aquel pueblo era bálsamo que renovaba la salud cercenada. Una expansion risueña del ánimo que aumentaba su vitalidad nutriéndose con los encantos de la vida civilizada, y cambiando en poco tiempo, tan solo por la influencia moral, las más negras noches del espíritu, en sublimes albores de la edad feliz; y toda la mágia de estas transformaciones rápidas, nerviosas, palpitantes de ansiedad, estaban en ellas; estímulo de un tal poder que hacen héroes. ¡Ah, hermosas y simpáticas mujeres! ¡Que soberano imbécil es el que no os adora y no comete locuras por vosotras! De él puede decirse con mucha verdad, que no ha vivido ó si ha vivido, ha vivido muerto.

¡Cómo recuerdo cuando sonaban tiros y saliamos á las guerrillas con las fuerzas de Carmelo Campos! El espectáculo era completo; abigarrado auditorio contorneaba el circo, cuchicheo, pomposos comentarios, bombo elegante que resucitaba hechos nunca nacidos.

¡Qué exclamaciones aquellas cuando pasaba con mi falange de demonios! ¡Qué valiente oficial! apostura en el caballo no le falta, su graciosa ele-

gancia seduce ¡Cómo ha peleado, hasta el caballo está embarrado! y así seguía el aleteo apresurado y atolondrado de la lengua; inconsciente de tal manera, que cuando llegábamos al cuartel, las hazañas argumentadas en mayúsculas proporciones, no cabían en la plaza I.° de Mayo, exagerando de tal modo la verdad, que rozando de tan cerca la mentira, al fin con cierta nigromancia simpática se consumía en ella, como se consumen los insectos atraidos por la llama; y se multiplicaban tanto los episodios que al fin hasta mi asistente Pedro Potrillo era un héroe y su ascenso era conocido por el Don, pues más de una vez le oí dar el respetuoso tratamiento de Don Pedro Potrillo Pezuña ladeada.

Y por supuesto, ante estas ampulosas exageraciones que tal vez pasarán á la posteridad cual religiosa tradicion y las recoja algun sério historiador como reliquia del pasado, sonreíamos con fingida modestia, como significando asentimiento ruboroso, mímica muy conocida en el reino de la vanidad humana; plagiando á esos séres triviales que les da la manía por ser conquistadores, y cuando se les embroma con alguna de sus pretendidas amorosas víctimas, os dicen con una risita afirmativa, saturada con un tinte picaresco y perspicaz, entre niego y no niego, como al que se le ha descubierto un lance oculto de ese género. "Nada de eso, nada de eso."

Así sonreíamos tambien en aquel tiempo, mintiendo á la posteridad, como suelen sonreir los héroes de la fanfarronería, que por lotería les cae del cielo honrosas recompensas inmerecidas que nunca señalarán ni servicios, ni actos distinguidos, ni nada, sino charlatanería, y nada más, y *mise en scene* de una mímica elástica jugada con perfeccion desleal á tiempo.

IV

NUESTRA vida de guarnicion pasaba rápidamente alegre entre las pomposas paradas, las escaramuzas de la descubierta, y en las contínuas diversiones sociales que nos proporcionaba la hermosa ciudad. Recuerdo aun con encanto que con Miguel Goyena y Acevedo habíamos formado un corrillo filarmónico que hizo eco en ese tiempo, amenizando las tertulias de mi querido amigo Mariano Cané. ¡Oh! ¡cuánta paciencia santa tuvo él y su distinguida señora para soportar tanta música, canto tanto! ¡Qué armonías *broncíneas* (estilo Píndaro), entretegidas de sonidos, al parecer extraños! ¡Qué cavatinas rugientes, broncas (la voz de Miguel y la de Mariano) capaces de *conmover la tumba de los Incas!* ¡Qué actitud aquella la de Miguel en los papeles de barba: su cara larga prolongada en forma de zaguan estiraba más su alámico cuerpo y se sospechaba que cuando

caminaba por la calle debería ir espantando los gatos de los tejados.

Contento aun me asaltan tan dulces reminiscencias y parece que arranco del panorama de mi felicidad rezagada, cuadros tan bellos é inocentes; éramos unos muchachos grandes y nada más. Aquella encantadora mansion, cuando nos daba fuerte la manía, parecía un teatro de gigantescos títeres y alguna vez rebosando la adorable reunion múltiples y estrafalarios ecos en pugna, un concierto del arca de Noé, donde había concurrido todo un desconcierto de la familia de Linneo y Buffon.

En ocasiones, el entusiasmo generoso de la accion conmovedora, excitado horriblemente por una escena sentimental, rayando en delirio, nos llevaba al desarrollo de una mímica temible, por lo menos, á una legua á la redonda, á tal punto, que el pobre Mariano tenía al otro dia que mandar á la mueblería más de una hermosa pieza, víctima de arranques de sentimiento de ópera italiana instrumentada con bandurria y piano forte; pero viejo.

¡Ah! qué épocas aquellas de tan ingénua felicidad, en que se vislumbran escenas ligeras de nuestra hermosa juventud, tan llena de verdaderos afectos, tan sólidos, que el tiempo aun los mantiene ligados fuertemente; y han resistido y resistirán al

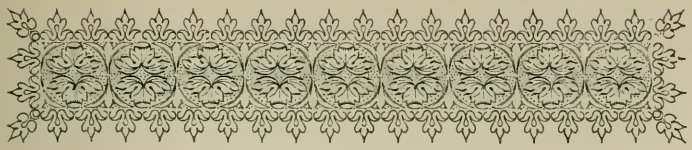
egoismo de la edad y de la corrupcion de las costumbres de nuestros dias.

El reflejo de aquella edad descocada me trae á la memoria una graciosa anécdota.

Dicen que dos viejos y achacosos generales, que apenas se sostenían con sus bastones y que á las claras se traslucía en ellos el mal estado de su legislativo como de su ejecutivo, paseaban por una calle, cuando exabrupto distinguieron á un jóven imberbe subteniente, que á hurtadillas en una ventana, daba un beso á una hermosa niña. Uno de ellos se detuvo de repente y señalando al grupo amoroso, exclamó con acento temblon, donde se vislumbraba el ligero pesar que sin duda traía á su mente algun buen recuerdo.

—¡Ah, camarada, quién nos degradara hasta ese empleo! ¡Quién nos transformara súbitamente en subteniente, y . . .

¡Ah! yo tambien, digo á mi vez, ¡quién pudiera cambiar tanto oropel viejo por tanta felicidad jóven.



V

Así pasábamos la vida en ese hermoso oásis militar. El bravo general Gainza estaba presente, y allí con nuestro ejemplo filarmónico, empezó á *templar la guitarrita* que más tarde tendría que pulsar con audacia en Don Gonzalo, demostrando que el Dios de los ejércitos, aunque sin cultura bélica, le diera el fuego de las batallas, y que en su bondadoso y valiente corazón, había fibras de soldado: esa sangre seleccionada del caballero que desciende, elaborándose por continuos perfeccionamientos, rugiendo glorias, desde sus más remotos ascendientes hasta el predilecto de la fortuna que se vuelve él tambien un antepasado.

Estas digresiones me dominan de tal modo, que me escapo inconsciente á cada momento de mi título, es imposible corregirme; porque escribo con mi corazon y él ejerce despóticamente la influencia de los recuerdos, domina la cabeza y embarulla la

lista con ese desaliño que ya en mi modo de escribir es natural y perdonable, porque demasiado se hace en salvar del olvido (sin pretension literaria alguna) tipos de otros tiempos de los cuales hoy ni remotamente se tiene idea. Así mi distinguido doctor Súnico, tenga paciencia por lo que ha leido, que ya hemos alcanzado el objetivo.

VI

Era un dia de verano. La ciudad del Paraná dormía la consabida siesta y silenciosas sus calles traslucían la haraganería criolla que desde nuestra emancipacion política nos ha privado de muchos millones de horas de trabajo, con lo que tal vez habría para reponer algunas crisis. Yo, despues de mi frugal almuerzo, hacía otro tanto: reposaba como un santo cura, cumpliendo la consigna privada de la inveterada costumbre del soldado que tiene por causa la diana, y los abrumantes ejercicios, revistas, etc., de la mañana que despues del desayuno, materialmente lo echan á uno á la cama.

Dicen que roncaba, cuando en sobresalto espeluznante, cual si á un gato lo sacudieran repentinamente del cogote, me despierto azorado y siéntome de golpe en la cama tal cual lo hiciera un maniquí movido violentamente por un fuerte espiral de acero.

Abro desmesuradamente los ojos como queriendo hacer entrar en ellos una vision que pongo en duda, y veo á mi amigo el doctor don Miguel Malarin con los pelos parados, sudando á mares, que me zamarreaba como á un fardo, tan groseramente que la cosa pasaba de punto, al mismo tiempo que me gritaba tembloroso y agitado:

—¡Levántese pronto, levántese ó volamos! ¡Se incendia el depósito de municiones y va á saltar la manzana! ¡Levántese que si tarda un momento lo van á estrellar en la luna.

—¡La manzana! exclamé tartamudeando la frase con un grosero bostezo; más al instante dándome cuenta del inmenso peligro que nos amenazaba salté del ténue catre recalentado, corrí á la puerta de mi cuarto que daba al patio y grité con esa voz ronca y entrecortada del que se despierta de dormir y le anuncian un expléndido susto.

—¡Oficial de guardia, haga formar el batallon como esté y marche con él, á paso de trote, á la Comisaría!

Mientras tanto, volví y me vestí rápidamente, es decir, me puse la blusa en cueros vivos, los botines sin medias, etc., pues mi aparicion en la puerta había sido en paños menores, tan menores que

estaba como lo acabo de determinar en el modo de vestir: aquellas calurosas siestas eran á calzoncillo al aire, en traje de panadero: el calor era tan impudente que no daba alza al pudor.

En el momento que salía el batallon con el mayor Diaz y algunos oficiales que no recuerdo, me puse á la cabeza de la abigarrada tropa que tambien ostentaban con elegancia criolla trajes de panadero y otras vestimentas, luciendo morrudas piernas y resaltantes ciclópeos pechos, nido potente del valor argentino que desde remotos tiempos viene alimentando héroes.

El doctor D. Miguel Malarin se puso á mi lado: y comprendí entonces que era hombre de gustos extrafalarios, pues por puro amor propio se iba á exponer á volar á la eternidad de los tiempos (mas el buen Dios no permitió que se pusiera en planta un proyecto tan aéreo).

La columna á paso gimnástico, sin formacion, medio embarullada, ó embarullada del todo, se encaminó al lugar del peligro. El espectáculo era de expléndido golpe de vista, la maldita quemazon había tomado cuerpo alimentada por un viento de groseros impulsos, y se veían levantarse hasta las nubes con graciosos y horribles arabescos en espirales diabólicos según el capricho del soplo del

norte, las inmensas llamas que aumentadas en la fantasía predispuesta á lo extraordinario, parecían montañas ígneas movibles de un volcan caprichoso, cuyas ondulaciones negras y siniestras destacaban relieves de sombras pavorosas.

VII

La casa del señor Comalera habíase transformado en depósito de municiones de guerra de la guarnicion, y al mismo tiempo fueron allí establecidas algunas oficinas de la Comisaría. En esos dias se almacenaba en ese local tal cantidad de materias explosivas, que era más que suficiente para hacer volar al pueblo del Paraná y aun sus alrededores.

Este edificio estaba, si mal no recuerdo, en la calle General Urquiza á media cuadra de la plaza de I.° de Mayo. Sobre su izquierda encontrábase la morada de mi querido amigo Mariano Cané; y al otro costado el corralon de las diligencias del señor Croso. Lindando con la Comisaría se levantaban varias piezas del mismo edificio, con espeso techo de paja. El incendio dió comienzo á causa de haber caido un cohete volador, de los que anunciaban remates, sobre el techo de una de estas habitaciones.

El depósito de municiones se agrupaba en dos grandes viviendas, donde á más de los saquetes de pólvora para los cañones, existían granadas cargadas, cajones de cartuchos de fogueo abiertos, fulminantes, en fin, un infierno de explosion, todo un inmenso peligro capaz de erizar el cabello y la piel á un Mitre, á un Arredondo, ó á cualquier otro nene de esos de nuestras pasadas glorias.

VIII

Al aproximarnos, cuando ya el incendio se había propagado á la Comisaría, viendo salir las bocanadas de negro humo del techo del depósito, nos detuvimos todos como tocados por la parálisis de la cobardía, y sentí un extremecimiento frio que invadió mi organismo; era el egoismo de ese espíritu de conservacion que como la fortuna que atesora el avaro, no sirve para nada ni para nadie. En esta situacion doy vuelta como buscando un preeminente estímulo, y veo á mis soldados ¡Oh, esos soldados que he amado tanto y por los que tanto he sufrido! Entonces, sacudiendo con ímpetu reaccionario en mi corazon, la fibra del heroismo militar, les grito con voz firme:

—¡Adelante muchachos, á sacar pronto los cartuchos! y viva la patria. Porque siempre la patria debe enaltecerse en los solemnes momentos en que nos aproxima la muerte á lo grande.

Á esta voz de mando me precipité el primero acompañado del mayor Diaz y el doctor Malarin al interior de aquella Santa Bárbara candente; los veteranos sin trepidar me siguieron y todos pugnaban por entrar; amontonados en la puerta, se estorbaban unos á los otros, y comprendí al momento, que era necesario organizar ese desórden fatal: entonces ordené que formasen un prolongado cordon para pasar de un soldado al otro el material de guerra que se fuera salvando, es decir, que nos salvase á los que estábamos allí.

Así se empezó á desocupar ese averno de muerte: dió comienzo allí á la abnegación y al sacrificio, y á esculpir una prefulgente página de la vida ignorada del guerrero, que si no fuera mi maldita aficion á borronear papel, quedaría escondida en ese santuario latente de los grandes hechos, como tantas otras acciones sublimes que resaltan prominentes de la existencia de ese luchador incansable que se llama el soldado.

Aquella escena silenciosa y palpitante era presenciada por mí, en medio de la habitacion en cuyo techo sentía chisporrotear la paja como el chirrido de la carne de un auto de fé y en el suelo las sombras vagas de la muerte, estaba clavado en medio de esta terrible amenaza por un poder grande, sí, muy grande: el deber, sí, ese deber que ha

inventado al héroe y al mártir y que hará todos los prodigios que enaltezcan al sér humano.

Los soldados, pálidos como muertos, sofocados por aquel calor de horno, mojados en sudor, parecían que se les había cuajado la sangre. Corriendo sacaban las cajas de granadas cargadas, los cajones de cartuchos, saquetes de pólvora y otros explosivos con una nerviosidad que anunciaba la aproximacion de una gran catástrofe; y sin embargo, ante aquel cuadro imponente mi apariencia era tranquila, tranquilísima hasta el último límite de la disimulacion. ¡Hipócrita de mí en ese momento!

Allí entre ellos, dignificado por su heróico ejemplo, me sentía superior á mi vil materia: imperturbable, de granito: era mi armazon exterior como un cuerpo de sebo revestido de una armadura de potente acero: estaba tan sereno, que mi calma llamaba la atencion; y de cuando en cuando sonriendo con estudio les decía compadreando:

—¡Ligero, muchachos, que nos alcanza el fuego!

Está todo dicho, con decir que tenía miedo y muy señor miedo. ¡Qué farsantes somos los valientes!

IX

Entre los soldados que pasaban corriendo y sudorosos, de repente distingo á Herrera el domador; amarillo, color de cera, como una vida que se acerca á la agonía. Los maxilares caidos le daban un aspecto raro á su hundida cara. Mohino, suspiroso, parecía un hombre sin fuerza: constituía la imágen del pusilánime cuyas piernas habiendo perdido fuerza muscular van amortiguando su vigor y se doblan inconscientes de cuando en cuando, demostrando la lenta postracion que avanza hasta desfallecer por completo. Su cara indígena de rasgos prominentes, no fulguraba ya enaltecida por su altivez salvaje; parecía verdosa, veteada, salpicada de negras gotas de sudor; el sudor sucio del rudo trabajador cuyas roñosas gotas se deslizan á tropezones, figurando oscuros surcos, y sus ojos imbécilmente dormidos suspiraban la libertad de aquel encierro opresor que hacía doler el corazon y enfriar la barriga.

Ese hombre daba lástima. Desconocí al bravo baratero. Del audaz domador que chacoteaba sobre el pingo indómito, ni sombra quedaba. Aquella temeridad instintiva que lo transformaba en el sombrío campeon de la pulpería, se había disuelto lastimosamente entre las misteriosas sombras del pánico, y con sentimiento no distinguí sino un ente enclenque, sin rumbo en la arena del valor, en ese campo abierto de las almas fuertes.

No sé lo que sentí entonces; ese soldado había levantado mi espíritu, su ejemplo me dió vergüenza; reaccioné: la sangre azotó mi rostro, comprendí que esa aberracion inconcebible no podía durar mucho tiempo, y llamé á sí su alma de leon; le grité con imperioso y despreciativo acento:

—¡Herrera! ¿qué es eso, tiene miedo? ¡vaya con el mozo *mentao!* había sido un collon madrugador y nada más!

Llevaba sobre el hombro un cajon abierto de cartuchos de fogueo y el incendio empezaba ya á traspasar el techo de la pieza en que estábamos. Al oir mi voz se detuvo repentinamente; y cambió de aspecto como por encanto: vibró en su cara una expresion de cólera domada: se estremeció visiblemente: sus ojos ojizainos, se agrandaron altivos,

y rayos de ira contenida parpadearon en aquellos focos siniestros, y mirándome con fingido respeto, exclamó con voz aguarangada y gangosa:

— Mi comandante, si Vd. tuviera la mitad no mas del julepe que yo tengo, ya había salido de aquí disparando, como avestruz junta el cerco.

Cuantas eminencias literarias no envidiarían la profunda filosofía de esta réplica que se le ocurría á un rudo soldado en medio del más grande peligro que se pueda esperar.

Una sola frase había galvanizado á Herrera, hasta el punto de devolverle lo que le usurpara una catástrofe en perspectiva, casi inminente, sí; pero con la halagadora esperanza de alejarla merced á la intrepidez aparente, de hombres decididos por la férrea disciplina, como eran aquellos inolvidables milicos.

X

El verdadero valor consiste en vencer la cobardía innata, apareciendo valiente cuando no se pasa de ser un mandria; y ese es el estado de ánimo más difícil; una farsa representada con sobrehumano esfuerzo, revestida de cierta y apropiada gravedad, con tal estudio que pueda engañar á un vivo; aunque rara vez á un flojo con fama valentona; porque éstos conocen la comedia y la explotan admirablemente.

Es tan difícil esta clase de valientes, como los verdaderamente intrépidos: ese valor temerario tan escaso en las masas colectivas, de tal valer, que un solo ejemplar arrastra un ciento, fascinando con esos arranques de heróicos impulsos que se acercan al furor homérico: sino, quiero que se me diga, dónde están los bravos cuando los pisotean las patas de los caballos de un regimiento de caballería. Yo he visto por mis propios ojos los soldados de un afamado batallon de infantería cubierto

de gloriosos hechos, tirar las armas é hincarse de rodillas levantando los brazos desarmados sobre la cabeza y sufrir como carneros una muerte vil, cuando reunidos y defendiéndose con el bizarro ardor de un buen soldado, tenían de sobra para rechazar á una caballería mal montada.

Yo he visto á una columna denodada, actora de tan expléndida victoria, tan brillante que, puede calificarse así, entre las más distinguidas de la guerra del Paraguay, donde su bizarra comportacion será siempre un lauro inmortal, huir cobardemente en la oscuridad de la noche, cogida por el imprevisto pánico producido por la coz de un caballo sobre un bombo y la voz de algun imprudente ó cobarde que gritó: ¡Viene el enemigo! y podría citar mil ejemplos en los ejércitos europeos donde por consecuencia se ostentaría en duda la verdadera intrepidez.

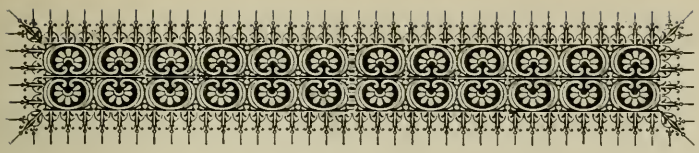
Así, contentémonos con el valor de Herrera que es colectivo y nadie lo critica, porque los flojos valientes son muchos y lo demás lo dejamos al talento y el buen tino del general, (se entiende que de este grado ha de llevar algo más que el traje).

Buenos Aires, 1888.

EL SEÑOR BONIFACIO

CUENTO MORAL

(Traduccion libre del francés)



EL SEÑOR BONIFACIO [1]

(CUENTO MORAL)

Allá por el año tal, viajaba con mi amigo X, por la India, y ansiosos de conocer sus secretos encantos como sus sombríos horrores, sin descanso andábamos de un lado al otro.

En uno de esos dias de caluroso estío, al declinar la tarde, despues de haber hecho una larga jornada al través de inmensas selvas por caminos erizados de precipicios y de una perspectiva preciosa, pero con tales dificultades que no volveríamos otra vez á probar tales placeres, pues aun se me encrespa el cabello al recordar las innumerables penurias que tuvimos que sobrellevar; distinguimos una choza solitaria, poéticamente colocada al borde de un cristalino arroyuelo, cuyas caidas murmurantes imitaban el rumor suave de la brisa. En

(I) Esta traduccion libre del francés, de uno de los cuentos filosóficos de Ourliac, ha sido arreglada de tal modo que está algo distante del original. Fué publicada en otro tiempo en el diario "El Nacional."

la puerta de esta encantadora vivienda, sentado estaba un viejo indio, bastante bien vestido, fumando tranquilamente su larga pipa.

A nuestra aproximacion irguióse con aire grave y se puso de pié.

Nos dirigimos á él para indagar la distancia á que nos encontrábamos de Delhi y habiéndonos dicho que nos faltaban tres grandes jornadas, no tuvimos valor para ir más lejos ese dia.

El dueño de casa; un bracman hospitalario, cordialmente se acercó á nosotros, con los brazos abiertos, ofreciéndonos su modesto albergue por esa noche. Miré á mi compañero de viaje tratando de escudriñar su parecer y ví que se apresuró á hacerme una mueca como indicándome que aceptase inmediatamente tan agradable ofrecimiento.

El viejo ese, tenía una larga barba blanca, su aspecto era sério y se traslucía en el conjunto general de su fisonomía, el tipo de un hombre enérgico y honrado; nos dijo que lo siguiéramos y nos llevó á una pieza interior donde todo era pobre, pero limpio; y dió principio á los rasgos de hospitalidad por querer lavarnos los piés, para lo que ordenó gravemente á su mujer que calentase agua.

Mientras que esto sucedía, á grandes brincos se acercó su perro á lamernos la mano, pero él lo llamó temiendo, sin duda, que nos molestara; el perro volvió á la carga, entonces el bracman con una agilidad que no era de viejo, le aplicó tan furioso puntapié que el pobre animal salió haciendo resonar el bosque con sus agudos aullidos.

Cuando ya estuvo caliente el agua, la mujer del bracman la trajo en un jarro de tierra cocida y atenta á nuestra conversacion quedó de pié. El bracman la tomó bruscamente por un brazo y la envió á un extrémo de la choza, diciéndole al mismo tiempo:

—Ya os he recomendado, amiga mia, que no seais ni curiosa ni charlatana, y que me dejeis solo con los extranjeros. Nos miramos sin comprender la escena, no encontrando ninguna circunstancia atenuante para ese rasgo de mala crianza de nuestro huesped, que hácia nosotros se manifestaba tan afable y bondadoso.

Estando ya pronta la cena, íbamos á empezar, cuando en este momento entró el hijo del bracman, jóven, al parecer de diez y siete á diez y ocho años, que volvía de la caza con algunas aves.

—Hijo mio, exclamó con aire grave nuestro

huesped, antes de ahora te he dicho que no cenarías, siempre que volvieras al hogar despues de puesto el sol; así, vete á acostar.

El jóven se retiró sin decir una palabra.

—¡Vaya un hombre brusco! balbuceó á media voz mi amigo, parece que ese sistema de autoridad, tal vez es una advertencia para sus huéspedes.

— Y sin embargo tiene el aspecto de un hombre honrado, repliqué, considerando al anciano con más atencion.

Pero el bracman, que entendía el inglés y lo hablaba con bastante pureza, contestó con cierto aire de autoridad.

—Siendo la justicia severa ¿puede acaso tener por compañera á la bondad? ¿ser bueno hasta la exageracion, sin preveer los males que pueda traer la excesiva bondad, es por ventura ser justo? ¿y acaso el que es firme y previsor es injusto? en otro tiempo fuí muy débil; he muerto mis dos primeras mujeres y siete hijos á fuerza de culpables complacencias y para mí esto fué el orígen de grandes males; pero el gran Wishnou, tomando sin duda en consideracion mis pobres méritos, me envió una vision que me ha corregido.

—¡Una vision! exclamó mi amigo.

—Una vision, replicó el bracman con calma, impregnada de tanta sabiduría que milagrosamente en esta ocasion tuve conocimiento de las costumbres de los diversos paises de la Europa que antes ni sospechaba remotamente. Por un momento fuí dotado con una inteligencia clara que me presentó los acontecimientos que han pasado al otro extremo del globo. Ahora juzgareis del todo por el relato que os voy á hacer, siempre que tengais la complacencia de escucharme.

—Os escuchamos, le dije y será un condimento delicioso para la cena que nos ofreceis.

El bracman se recogió un instante y principió en seguida su relato en estos términos:

"Acostado estaba al pié de un árbol cuando me sentí arrebatado en un éxtasis divino. El ángel de la muerte tocaba la trompeta final: era el último dia en que los mortalas debían comparecer ante el Soberano Juez. Las almas se oprimían y se arremolinaban en la inmensidad como olas de luz. Los astros se extinguían gradualmente con grandes estallidos y rodaban en el infinito como las últimas chispas de vuestros fuegos artificiales, dejando

apenas un surco en las tinieblas eternas, con sus siniestros relámpagos.

" De repente el firmamento se entreabre con glorioso estrépito; un espectáculo imponente, indescriptible, se presentó ante mis ojos; entonces pude distinguir al eterno Wishnou sentado en su trono de llamas rodeado de las celestes legiones armadas con sus espadas flamígeras; y el reguero inmenso de las almas que acudían á poner en tela de juicio la vida mundana. Se me aproximó un ángel y sin decirme una palabra me tomó de la mano y me condujo á los piés de los ministros acusadores, de manera que allí perfectamente pude ver el juicio de los muertos.

" Las milicias vengadoras empujaron sin miramiento alguno sobre el átrio á un hombre de lánguido aspecto, y que se dejaba conducir como un autómata.

—" Este, gritó el génio acusador, es un gran perezoso; en su vida rara vez dió comienzo á un trabajo y no ha concluido ninguno. La miseria, el despecho, y los remordimientos, no fueron fuerza suficiente para corregirlo. Pero lo que tiene de más extraño es que la envidia, la ambición, y la vanidad, lo devoraban contínuamente; ha pasado su vida en desacreditar á aquellos que trabajaban, y en murmurar

de todo el mundo, mordiendo el diente de su envidia á las más honradas reputaciones. Mas, en honor de la verdad, su incuria ha sido la causa que ha impedido que hiciera gran mal á la sociedad: no ha hecho tampoco mucho bien; el vicio que lo dominaba es á él, á quien generalmente más dañaba.

"Durante este discurso se había dormido el empedernido haragan: se le condenó, pero su pena fué un tanto atenuada.

—"Este otro, prosiguió el espíritu, es un poeta. maldiciente y sarcástico. Ha empleado su vida en pensar y arreglar por escrito disparates y ultrajes contra el santo nombre de Wishnou, pero su corazon alguna vez latió leal y noblemente ante el brillante aspecto de las maravillas de la naturaleza; en una palabra, era más bruto que malo.

"Las poesías de este tipo fueron arrojadas al fuego y él tuvo por única condenacion verlas devorar por las llamas. ¡Qué tormento!

"En seguida compareció un hombre esclavo de los placeres de los sentidos, borracho y desarreglado; su única ocupacion en este mundo había sido saciar sus brutales apetitos carnales. Sin embargo, aquel corazon no se había endurecido del todo, y alguna vez, en medio de la crápula de su

vida, de esa borrachera continua, había dado limosna á los pobres y socorrido á los menesterosos; en vista de esta consideracion su castigo fué menos terrible.

"Despues de éste, se presentó un asesino con cara de demonio, de aspecto terrible y repugnante: sobre su cuello se veía aun el surco sangriento del hacha del verdugo. Este bandido había pasado su vida en las tinieblas, ya sumido en las mazmorras, ya en los bosques donde espiaba su presa.

"Esta vida horrible, los largos ayunos, las veladas de sobresalto, las angustias del miedo y del remordimiento, habían descarnado su repugnante faz que se presentaba lívida, feroz, pavorosa, medio oculta entre unos cabellos sucios y erizados, apelmazados en parte con la sangre del suplicio.

"Á su vista la multitud prorrumpió en un grito de horror, pero la condenacion no fué severa; y como esto causase extrañeza, el ángel exclamó:

—"Este hombre es hijo de un salteador de caminos y de una mujer perdida; ha sido amamantado en la rapiña y el asesinato. No ha conocido á Dios, ni ha tenido de él la más remota idea, y no ha podido por consecuencia tener otro rol en la vida que el que ha presentado, puesto que los impulsos

de su alma estaban perfectamente dirigidos por los hábitos de su mala educacion á la perversion moral, una vez que se habían alejado de él toda nocion del bien, todo sentimiento de honradez. Además, durante su vida ha sufrido el hambre, el frio, la degradacion, y el envilecimiento en todas sus faces, dolores de toda especie, tormentos indescriptibles, y por fin, el golpe del hacha fulmínea del cadalso: todo esto debe tenerse en cuenta para la expiacion de sus crímenes.

" En seguida compareció una mujer que fué digna de respeto á los ojos del mundo; su cuna fué noble y distinguida; vivió rica y poderosa y su muerte había acaecido en una edad bastante avanzada. Entonces los misterios de su vida salieron á luz con detrimento de su reputacion. Mal educada por padres débiles; desde la infancia en su corazon germinaron multitud de vicios. La pereza, el orgullo, la cólera, y la impureza, apenas podían ocultarse bajo aquel aparente recato que se impone á las mujeres, y que no es otra cosa sino una horrible especie de la hipocresía. El egoismo la esclavizaba completamente. Su familia la amaba tiernamente, ella no amaba á nadie; el cielo en su cólera, le dió la belleza, le inspiró una coquetería impudente que imperó entre todos sus detestables vicios. Hija, engañó á su padre; mujer, traicionó á su esposo; madre engañó á sus hijos, y no hubo

deber, por muy sagrado que fuese, al que no fuera infiel.

" Los años pasaron; su belleza que era su mas grande fortuna desapareció. Los surcos del tiempo grabaron profundas huellas en aquella faz tan hermosa; sus dientes y sus cabellos, cayeron: entonces una rabia y un ódio inexplicables royeron aquel corazon de hiena. En esta situacion ya nada contuvo su maldad inaudita; trató de engañar á Dios y á sí misma, entregándose á prácticas sacrílegas, su exterior de piedad era el antifaz bajo el cual su abominable maldad se afanaba sin cesar. Habíase casado su hija con un buen jóven, los indispuso con sus chismes y traiciones; y encendió una guerra que hizo la desgracia de estos infelices cónyuges y la de sus hijos, teniendo, por fin, consecuencias fatales. Fué tan intrigante y mala que aun entre sus mismos criados y la gente que la rodeaban no pudieron jamás vivir en paz.

" Fueron tantas las calumnias é invenciones contra su yerno que arrojó á su hija en la prostitucion, y el desgraciado jóven pereció un dia asesinado.

" La verdad de este crímen no se conoció entonces y esta mujer murió impunemente en su lecho, sin que nadie sospechase que ella era

la autora del asesinato de su yerno, en complot con su hija y un criado que cometió el homicidio.

" La asamblea se estremeció ante el descubrimiento de estas iniquidades tan monstruosas, recónditas en una familia que había siempre figurado como una de las más honorables.

" El castigo fué terrible, pero aun la clemencia de Wishnou hizo su ostentacion.

"A su turno compareció un hombre que había violado y menospreciado bajo todo punto de vista los mandamientos divinos. Fué hombre de guerra: soldado patriota pero bárbaro, y en esta situacion, saqueó, incendió, asesinó, blasfemó, devastó los lugares santos, cometió toda clase de crímenes y profanaciones: más habiendo siempre combatido por la libertad de los pueblos contra los tiranos, compadecido alguna vez la desgracia, y manifestado arrepentimiento Wishnou le perdonó.

"A este sucedió un criminal más oscuro, pero que no era menos odioso; ocupaba un empleo mediocre en la administracion de su país y siempre mantuvo á sus desgraciados subalternos que temían el hambre, bajo la cuchilla de sus delaciones. Se valía de este medio para hacerles sufrir mil disgustos, vejaciones, afrentas sangrientas, y un

sinnúmero de persecuciones. Les obligaba á comprar cada pedazo de pan con el rubor de su frente. Siendo en extremo avaro, especulaba con el trabajo de aquellos infelices que roía á su fantasía. Imposible que haya habido un hombre más duro é insolente con sus subalternos, como más cobarde y más servil con sus superiores. Gastó su vida traicionando á todo el mundo, y al fin como dicen, hizo su camino escoltado por las maldiciones ahogadas de algunos miserables.

"Tanta pequeñez y cobardía conmovió piadosamente el corazon de Wishnou, y aquella piedad influyó sobremanera sobre la pena que le fué aplicada.

"El funcionario público cedió su lugar á un conquistador que había talado la mitad del mundo, usurpado muchas coronas y engañado á un gran número de pueblos, haciendo perecer millares de inocentes, simplemente para halagar el interés de su tonta vanidad; mas tarde este gran potentado había envidiado la gloria de un saltimbanqui que hacía pruebas en su córte. Este gran personaje era el más pequeño y el más miserable espíritu del mundo, tan imbécil que hubiera despoblado el universo por hacerle decir á su amante; que era un gran bailarin de Zamacueca. Pero se tuvo en cuenta, que un dia

piadoso perdonó un ultraje y muchos de sus crímenes fueron olvidados.

"Despues del monarca apareció una figura abominable, que había engañado infamemente á todo un pueblo con sus escritos venenosos, y con fanáticas y erróneas creencias lo impulsara á derribar sus sagradas y antiguas leyes. A favor del desórden que estalló á consecuencia del movimiento subversivo sugestionado por su malvada pluma, este mal ciudadano usurpó el rango supremo y bajo pretesto de libertad hizo pesar sobre sus conciudadanos una tiranía terrible y feroz. Los crímenes de los ministros antiguos que más sobresalieron en perversidad fueron eclipsados; se hartó entonces de riquezas, y sumióse públicamente en la crápula más inmunda, y sembrado la miseria en su pais, á la vez, que lo inundaba con la sangre de sus compatriotas. A su turno cayó bajo el puñal de un asesino y por su culpa ardió la guerra civil mas de cincuenta años, la guerra extranjera, la furia de los ambiciosos y todas las plagas que engendraron las revoluciones en su pais, que tan floreciente fué antes de tan abominable tirano.

"Este tigre con faz humana se llenó de turbacion al escuchar los terribles cargos que sobre él pesaban; pero en su vida encontraron algunos destellos de sensibilidad; entre tanto mal,

había hecho alguna vez el bien; salvó del suplicio á su mujer y á sus amigos; así la sentencia del tribunal eterno no fué tan terrible como era de esperarse.

"Despues de ese hombre apareció un ente singular que causó gran admiracion y predispuso á la hilaridad, contenida por la majestad formidable de una asamblea semejante. Imaginaos la cara más bonachona y boba, la más vulgar, la mas tímida, la mas complaciente que hayais visto sobre la tierra. Este hombre tenía el aspecto y el traje del más ridículo *bourgeois* de la Europa. Era de pequeña talla, obeso, con pequeños ojos esparrancados, nariz corta, largas orejas y ostentando sobre su cabeza una peluca rubia muy rizada en la cima del cráneo.

"Su presencia aparejada al buen humor que se trataba de moderar, inspiró una especie de compasion y nadie dudó que un hombre con un esterior tan ridículo y de una tontería tan visible no fuese sino el más inocente del mundo, pero se guardó silencio para poder escuchar la voz del génio acusador que exclamó:

—"Este tiene por nombre Clemente, Repollo, Inocente, Buenaventura, Bonifacio, y se le llamó cuando de la tierra fué habitante, el buen señor Bonifacio.

"Este hombre no ha tenido otra voluntad que la de sus superiores y parientes; siendo niño jamás dió una mala contestacion á sus maestros, ni tampoco una trompada en revancha á sus camaradas; siempre se mantuvo en el círculo del cumplimiento de su deber por temor del reproche y del castigo, de manera que si su carrera no ha sido brillante, al menos fué honorable. Nacido en las últimas filas del pueblo, se elevó hasta uno de esos puestos importantes que solo se obtienen con el tiempo y la aplicacion. Bien puede compararse el trayecto de estos hombres en el mundo á esos pequeños bodoques que se encajan en una cerbatana, y que encerrados en un tubo son arrojados por la fuerza del soplo; no pudiendo ir sino derecho al punto que se les dirije. Nunca este excelente Bonifacio tuvo una disputa; cuando por desgracia le buscaban alguna querella, siempre cedía y jamás su corazon fué agitado por el ódio ni el rencor. Débil y bueno por naturaleza, y con tal perfeccion había tomado el hábito de doblegarse y tan bien ocultaba sus agravios, que generalmente se le pasaban desapercibidos: tampoco jamás resistió á un deseo ó pedido. Fué el ciudadano más tranquilo, más cómodo, más indiferente y más sometido á todos los acontecimientos; si alguna vez tuvo una opinion, no la demostró en ningun tiempo, y la hizo plegar siempre á influencias extrañas, segun la época y las circunstancias. No rehusó en su vida ni limosna ni

favores aunque estuvieran bien ó mal ofrecidos. Alguna vez mintió pero lo hizo puramente por complacencia. Murió en la última miseria, porque no supo defender el dinero que había ganado y durante los sesenta años que vivió, jamás la indignacion, la cólera, el amor, ni ninguna de las pasiones que turban la vida de la mayor parte de los hombres le arrancó un solo latido de su corazon.

" El ángel terrible guardó silencio y su formidable acento aun repercutió un instante como un inmenso y espantoso retumbo, conmoviendo los mundos extinguidos con sacudimientos volcánicos. Un murmullo formidable de satisfaccion se esparció en la inmortal asamblea universal predispuesta á favor de aquella alma tranquila, que en vida se llamó el señor Bonifacio, esperando que se le indicase el camino del paraiso, mas de repente, la faz augusta de Wishnou se inflamó de sagrada cólera, sus ojos refulgentes, inyectados de fuego, lanzaron cárdenos y siniestros relámpagos que hicieron palidecer las claridades del cielo y penetraron hasta las últimas profundidades de la extension. Entonces se oyó la voz inmensa de trueno del indiano dios que gritó fuera de sí en su furor celeste:

—" Pronto, lleven de mi presencia á este miserable:—Lo condeno al fuego eterno; y para igualar la vergüenza de su suplicio á su inaudito rigor, sufrirá

el martirio de ser asado eternamente bajo la forma de un ganso, traspasado por un candente asador que se estenderá sobre el más ardiente brasero del infierno, atizado sin descanso por los más horribles y negros demonios.

"El bueno del señor Bonifacio, ante tal sentencia, quedó silencioso y ni aun manifestó el deseo de quejarse; bajó la cabeza con aire idiota y embobado: demostró la mayor indiferencia á tan descomunal desgracia: espantosa sentencia que había helado de terror á los pálidos espectadores que, temblando, se miraban los unos á los otros con el más aterrado asombro, sin comprender tan tremendo rigor.

"El ángel acusador, que mudo presenciaba esta escena, no quiso que la menor duda quedase sobre la justicia divina, y tomando el gran libro de las acciones humanas lo abrió con estrépito y empezó á leer la vida del buen señor Bonifacio.

"Clemente Repollo Inocente Buenaventura Bonifacio nació con el permiso del gran Wishnou en Europa. Fué cristiano como hubiera sido del mismo modo musulman en Turquía, idólatra en África, ó judío en Alsacia. En su mas tierna infancia reveló excelentes disposiciones, un corazón cariñoso y caritativo y demostró estas inclinaciones, cuando

alguna vez á los pajaritos que le regalaban y que él quería con intrañable cariño, los hartaba de tal modo, que todos morian asfixiados.

" Tambien desde su infancia manifestó una gran aficion por las plantas y las flores, y por sus propias manos sembraba toda clase de semillas, pero era tal su impaciencia por verlas crecer que á cada momento iba á desenterrarlas para ver por sí mismo los adelantos de la naturaleza; de manera que no logró ninguna y todas murieron entre sus manos.

" Como compañera querida de su niñez tenía una hermanita encantadora que era todo su cariño y no podía nada rehusarle: ese casal de hermanos eran citados como un tierno ejemplo de amor fraternal. Habiendo caido enferma la pequeña niña y siendo grave su estado, prohibió el médico bajo la más severa responsabilidad que se le diera absolutamente ninguna clase de alimento. Mas en el trascurso de la enfermedad, se encontraron un dia los dos hermanitos solos, y ella aprovechando el momento oportuno, rogó á Bonifacio que le diera un gran pan fresco que estaba guardado en una alacena. Solícito el cariñoso muchacho se apresuró á complacerla; y un momento despues la infeliz niña dejaba de existir entre los más terribles dolores.

"Su discrecion y juicio precoz ayudados por su mansedumbre, hizo que un tio que admiraba esas bellas dotes de carácter, le regalase un hermoso caballo, recomendándole especial cuidado. Inútil parecía esta recomendacion, porque el joven Bonifacio no se preocupaba de otra cosa que de dar de comer á su caballo; y para evitarle fatiga no le ensillaba nunca, y llegó al punto que la pobre bestia reventó al fin de gordura, entre la ternura y la abundancia.

"En seguida este discreto niño fué colocado en el colegio ¡Jamás se vió tan buen camarada! Como el más fiel confidente de todos los pillos del aula, no tenía precio! Era preciso ver con qué lealtad guardaba todos los secretos de los múltiples complots, de las más grandes picardías y acciones obscenas, y nunca delató á un compañero por más infame que fuera su conducta. Era, puede decirse, el fiel depositario de todos los robos que ejecutaban los diablillos de sus camaradas. Ninguno como él tenía el arte hipócrita de desviar con estupendas mentiras revestidas de inocencia, el castigo de un compañero culpable; para ayudarlos en seguida en su pereza y en sus malas acciones. Delante del maestro les soplaba las lecciones ó les daba á copiar sus deberes, de tal modo, que de esa clase no salieron sino bribones, burros, y aturdidos, que fueron á turbar á sus familias y al mundo con sus hechos.

" Como se descubriesen en Bonifacio excelentes cualidades reveladas en una conducta intachable, y un bondadoso carácter, que habían sido aprovechados en sus constantes estudios, se le creyó digno de quedar en el colegio como profesor. Fué tal profesor, que el cariño de sus discípulos se manifestó de un modo tan expresivo que lo proclamaban en todo el pais como el hombre más querido de los niños. Efectivamente era muy bueno, odiaba los castigos y no los obligaba á trabajar, y se entretenían sus amados discípulos en la clase tirándose pelotillas y haciendo un bochinche de no te muevas, y como tenía que salir de allí algo extraordinario, la época de la historia de ese tiempo reviste algunos hechos notables de estos aprovechados estudiantes.

" Uno de esos excelentes jóvenes humanistas, fué colgado en España por una friolera, un pronunciamiento: intentó, *porque sí,* sublevar el pueblo contra la autoridad.

" Otro se hizo el apóstol de una religion estúpida y enloqueció á tres mil imbéciles, á los cuales fué necesario pasar á cuchillo á causa que eran locos furiosos que mataban y salteaban en nombre de Dios.

" Al presidio marcharon sin apariencia de filoso-

fía otros tres queridos discípulos, por haber salteado á unos labradores.

" Otro compuso dramas y vaudevilles que depravaban y corrompían regularmente todas las noches á mil ó dos mil madres de familia, lanzándolas con sus torpes ideas á la prostitucion.

" En fin, casi todos los discípulos del profesor Bonifacio, tuvieron una parte activa en robos, contrabandos, asesinatos y otros hechos que no dejaron de ejercer su influencia sobre la moral de sus contemporáneos, cada uno en su esfera.

" Mientras tanto el buen Bonifacio había alcanzado sus treinta años sin pensar en casarse, habiendo dejado á un lado muy buenos partidos, pero como era tan bondadoso y jamás rehusaba nada, por cuya fama era universalmente querido; fué solicitado en matrimonio por una hermosa mujer de vida escandalosa, cuyos vicios eran su único realce. Solícito Bonifacio, accedió al pedido y se casó con ella, es decir, con ese demonio.

" Claro está que la que reinaría en la casa sería ella, dominando con un imperio execrable. Principió por indisponerlo con todas sus honradas relaciones, y en seguida se entregó á los más obscenos devaneos, cubriéndole al pobre Bonifacio de ignominiosa

vergüenza, sin que este infeliz hombre inocente, encontrase en toda esta prostitución clandestina nada de malo que pudiese perturbar su pundonor y conciencia.

"Tuvo de esta mujer cinco hijos, cuatro varones y una niña.

"Al primero de los varones le gustaba el chupe y cuando su buen padre lo veía empinarse el codo y beber tales gárgaras de aguardiente capaces de quemar el garguero de un escuadron de pampas, reía á más no poder, hasta que un dia el pobre niño explotó como una bomba, y el papá tuvo que llorar un poco, despues de haber reido tanto.

"El segundo estuvo veinticuatro horas hartándose con los pasteles y bombones que le había regalado su buen papá, pero al fin el heróico muchacho tuvo que sucumbir á consecuencia de ese fatal y gigantesco atracon.

"Sus otros dos hijos salvaron de las ternuras paternales y de una juventud tempestuosa, pero fueron unos grandes bribones que cometieron toda clase de crímenes y tuvieron el fin de los malvados; una muerte afrentosa.

"No quedaba al señor Bonifacio sino su que-

rida y mimada hija. Aquel amoroso padre no respiraba sino para ella y su amor paternal rayaba en delirio. La niña que no era tonta, aprovechaba de esta debilidad con un tino que no era propio de su edad, y era de ver aquella cabeza blanca llevada de aquí para allá, sin ton ni son por esa muchachuela apajarada de quince años.

"Como es natural puso esta conducta en ridículo al bueno del señor Bonifacio, sobre todo cuando traía y llevaba sus billetes amorosos y le servía de pantalla á sus precoces desatinos y encontraba perfectamente arreglado á las ternuras del amor filial, cuanto capricho y disparate se le ocurría á la chica.

"Todo lo que se pueda decir respecto al cariño paternal de ese hombre, es pálido; alcanzó hasta los últimos límites de la imbecilidad. Buscó un marido para su idolatrada hija, al fin por desgracia, lo encontró, es decir, para él.

"Desesperado ese pobre hombre al cabo de tres meses fué á decir al señor Bonifacio que su hija era una furia, una harpía con quien no se podía vivir y tuvo por toda contestacion de aquel buen hombre, esta frase:

—"No creo tal cosa.

" Y se dirigió compungido á la casa de su hija, dió la culpa al marido y abrazó llorando á la predilecta de su corazon.

" Un mes despues volvió el marido y le dijo, que su mujer por un hábito de la infancia se embriagaba y su aficion á la mamandurria era ya un vicio y que robaba, y con tales virtudes auguraba un porvenir muy inquietante.

—" Eso es preciso verlo, contestó el bienaventurado padre, y sobre todo, exclamó con desagrado. ¿No teneis vos tambien vuestras malas mañas?

" Volvió cerca de la hija, la que se justificó á pesar de las pruebas evidentes: entonces él, viendo la inocencia de su hija, la abrazó llorando á moco tendido.

" Mientras tanto, un grande y poderoso primer ministro, fué sensible á los encantos de la querida hija, la que aun fué más sensible á las atenciones de tan gran señor. La intriga siguió su camino, el marido que había visto y oido todo, fué á encontrar al señor Bonifacio. Este le contestó en tono irónico:

—" Los celos trastornan vuestra cabeza. ¡Es acaso posible hacer feliz á mi virtuosa hija con tal

defecto! y volvió otra vez á abrazar llorando á la santa señora.

"Al poco tiempo el infeliz marido sorprendió una tierna correspondencia entre los clandestinos amantes y llevó las cartas al cariñoso é inocente señor Bonifacio.

—"Por estas cartas veo, respondió el bondadoso Bonifacio, que mi hija os ama entrañablemente, pues como os habreis fijado, habla sin cesar de precauciones que se deben tomar por vuestra tranquilidad.

Y añadió conmovido que su yerno era un ingrato, y estrechó de nuevo entre sus brazos á su hija llorando.

"El marido, le hizo leer el rol del señor Sottenville de Moliere, arrancándose los cabellos de desesperacion de ver que el original de un tal tipo pudiera existir despues de doscientos años; indudablemente se hubiera aplastado el cráneo contra el muro á no haberse deslizado un rayo de buen sentido y de verdad en la mente de un padre semejante. El señor Bonifacio por la primera vez de su vida se alteró hasta el punto de decirle, que era un impertinente.

"Algun tiempo despues el marido le hizo ver por

una grieta del muro á su mujer y al ministro en dulce solaz... El señor Bonifacio guardó silencio un momento, y despues exclamó haciendo pucheros, que era necesario que hubieran hecho á su hija bien desgraciada para reducirla á esta extremidad; y bañado en lágrimas fué á abrazar á su hija, al ministro y al desgraciado y tonto marido.

" El marido rehusó tal abrazo, y enfurecido resolvió perseguir el asunto ante los tribunales; mas cuando íbase á entablar el proceso, murió dulcemente de cierta enfermedad del estómago que de tiempo atrás sufría.

" Su mujer, por escrúpulo, no permitió que se hiciera la autopsia al cadáver, cosa que se obtuvo fácilmente con la proteccion del ministro. Se dijo que aquel buen jóven se había conducido mal hasta ese instante (tambien lo creo) y que se escapaba por esa tangente, de grandes tormentos (tambien es cierto) y que en fin Dios le había hecho una hermosa gracia.

" Desde este momento su mujer vivió sin miramiento y públicamente con el ministro. Dió sus escusas á su padre que las encontró excelentes y viendo aquel buen hombre que su hija era lisonjeada por ese crédito y por la condicion en que se encontraba, se dió por muy satisfecho;

porque todo su anhelo era el bien de todo el mundo en general y el de su hija en particular.

"De complacencia en complacencia el buen señor Bonifacio cayó en lo que las gentes dotadas de un corazon menos excelente, llaman la última ignominia. Hizo vida comun con su mujer en el palacio del ministro; acompañaba á su hija y al ministro en los lugares públicos, subía en sus carruajes; fué el padrino de sus hijos; y enlodó sus blancos cabellos en el fango de sus orgías; se encontraba feliz al lado de su hija: ésta era la perla de las mujeres, esto le bastaba.

"Tanta infamia no concluyó aquí: por la influencia que ejercia su hija sobre el espíritu del ministro manejó á su antojo las riendas del Estado. Aquella mujer querida no solo gobernó á un viejo idiota, sino un gran reino, y todo anduvo echado al diablo, los escándalos administrativos fueron innumerables y el pais estuvo al borde de su ruina.

"Los saltimbanquis fueron mejor pagados que los generales del ejército, en éste los ascensos se dieron por favoritismo, subieron los favoritos y los viejos servidores del pais fueron postergados. Se emplearon las escuadras en traficar con trapos viejos en los cuatro rincones del mundo.

"La señora de Bonifacio hizo colocar su limpiasuelos en la academia, su cocinero á la cabeza de un ejército y su portero de gobernador de una provincia. Por supuesto no pagaba ni á su frutera, ni á su planchadora, ni á su dentista, ni á su peluquero, ni á sus lacayos, ni á nadie; pero de ellos hizo ó de sus hijos otros tantos prefectos, intendentes, consejeros de estado, y embajadores imbéciles.

"Los ministros del altar que elevaron la voz de la verdad fueron desterrados; los pueblos que se insurreccionaron, el sable abatió su aliento y la metralla hizo saltar en girones sus despedazados cuerpos, en fin, habiendo dicho alguno que en el divan de la Sublime Puerta se había hablado con irreverencia de la favorita del ministro, hasta el punto de decir que el ojo izquierdo lo tenía un poco más abierto que el derecho, que usaba una cola de caballo por cabellos, y teniendo conocimiento la favorita de este modo de pensar tan poco galante; hizo declarar la guerra á la Turquía, guerra tan espantosa que incendió la mitad del globo, y puso al reino á un paso de su pérdida.

"En medio de estos infaustos acontecimientos, murió un dia el señor Bonifacio en un granero del palacio, sin que la hija que el había amado

tanto preguntase por su salud, ó le fuese á ver un momento.

—"¿Qué hacer? exclamaba expirando; en este momento estará tan ocupada.

"Sin embargo me engaño; su hija fué á verle; pero solo con el ánimo de arrancar sobre el pecho del cadáver un camafeo para recuerdo, que ella en un momento de buen humor le había hecho presente.

"Así murió el buen señor Bonifacio; y sus amigos (se entienden que un buen sujeto no podía dejar de tenerlos numerosos) lo acompañaron al cementerio. Camino andando recordaban sus bellas cualidades, y en todos los lábios no se oia sino esta frase; ¡Ah, qué digno hombre! ¡Qué pérdida! !Qué corazon! ¡Qué igualdad de humor! ¡Qué dulzura! ¡Era el hombre más indulgente y bondadoso! ¡Qué complacencia! ¡Qué infortunio! ¡En mucho tiempo no veremos otro igual! ¡Es una desgracia! En el cementerio; uno de sus amigos, el más letrado, el más capaz y el más ilustrado y elocuente, tomó la palabra en estos términos:

"Señores, en este instante vamos á ver descender para siempre en las tinieblas de la tumba hela-

da, al más digno ciudadano, al hijo más tierno y bondadoso, al magistrado mas íntegro y más virtuoso, al más amable filántropo, al esposo mas abnegado y al mejor de los padres que jamás existió. . .

" Las lágrimas le cortaron la palabra y conmovido el auditorio prorrumpió en grandes gemidos lastimeros, y el buen señor Bonifacio que veis aquí voló al pié del tribunal celeste para ser juzgado.

" La última palabra del ángel fué acompañada por los nuevos y terribles relámpagos que lanzaba la faz sagrada de Wishnou, y resonó con terrible espanto, rodando por los espacios en son de trueno.

¡Miserable! rugió el gran Dios, despues que he castigado á impulso solo del móvil recto de la justicia á los asesinos, á los impíos, á los ladrones, á los hipócritas; no sé que hacer con este hombre que á todos ha avasallado en el crímen! Yo os pregunto: ¿qué hubiera imaginado de más malo la crueldad más refinada con respecto á aquellos que tanto amó? ¿Cuál es el deber que no ha hollado sus pies, qué maldad no ha cometido, qué plaga fué jamás más funesta? Traicionó á sus parientes, á sus amigos, á sus conciudadanos, á su Dios; y observad que añadió á los horrores de su vida no solamente

la impunidad, pero el renombre y las prerogativas de la virtud. El malvado ordinariamente es castigado allá en la tierra por el menosprecio público. Este hombre que veis aquí pasó siempre por bueno, por bienhechor, y es por eso que esa falsa reputacion que participa de la odiosa hipocresía, inclina con todo su peso en la balanza de la justicia, mi fallo; lo que se pueden llamar virtudes en este miserable no le dieron gran trabajo; fueron las que pudiera tener un tronco inerte; sus crímenes turbaron al mundo, y aunque directamente no fué el autor, habríalos cometido indudablemente si acaso se hubiera presentado la ocasion con circunstancias arregiadas á este carácter despreciable. No hay crímen, envilecimiento, depravacion bestial á donde no impulse una cobardía semejante, ni un menosprecio tan ostensible de la dignidad y de la razon humana. Se podrá alegar en su favor que la causa de sus crímenes fué su imbecilidad y apatía; ¡sea pues! cambiaré su suplicio y en vez de arder eternamente, le condeno á contemplar durante la eternidad de los tiempos los horribles tormentos de sus víctimas y el cruel espectáculo del mal que ha hecho.

"Avanzó un ángel en medio del átrio é hizo una señal al pobre señor Bonifacio, quien con una mansedumbre digna de admiracion fué á tomar lugar al local de las expiaciones sobre la tercer grada entrando á la izquierda."

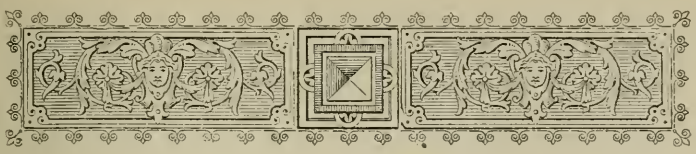
Aquí mi vision concluyó, exclamó el bracman que demostraba fatiga en el hablar; ya veis la moral es buena, con que así cuento con que la aprovecheis y atenueis mis torpezas en mis rasgos de autoridad de familia.

En seguida el bracman guardó silencio y fué á abrir la puerta á su mujer, que nos traía una cena compuesta de dátiles, arroz y huevos de pájaros que no conocíamos.

Buenos Alres, 1877.

EN LA PAMPA

(FRAGMENTOS)



I

¡Oh inmensas llanuras de mi patria! Parece que en tu tempestuoso seno naciera la salvaje libertad de estas grandiosas comarcas, trasmitida por los mugidos del pampero, que enseñó los cantos guerreros del suelo americano, semejando el seco estrépito de las cadenas que ha roto ó el imponente retumbo de las lides del continente, á las generaciones sucesivas del porvenir.

¡Oh inmensas llanuras de mi patria! Océano petrificado. ¿Qué recónditos arcanos no guardará tu seno?

Veladas reminiscencias me asaltan al contacto misterioso de tu perfume lejano, y pugno en vano por descorrer el espeso velo que cubre el

---

Nota. Este artículo es el extracto de varias correspondencias que desde la frontera, en otro tiempo, dirigimos bajo un seudónimo al *Tribuno*.

hermoso y rudo cuadro, apenas perceptible en lontananza, medio borrado, oculto casi por completo entre los celajes y sombras del olvido de esa hermosa tela de hombre libre, nómade del desierto, como las brisas que agitan las yerbas de sus verdes praderas.

Mi afan tendrá su recompensa, no todo el querido panorama desaparece entre el espeso vapor de la bruma de la distancia, algo salvaremos de ese naufragio de la memoria, y aquella dura vida de soldado medio indio, austera, miserable, corajosa, astuta y empedernida en los trabajos y en los peligros, amagada sin cesar por el sobresalto, á caballo, siempre á caballo, veloz, rápida sobre la marcha, sin tiempo para nada, ya sea combatiendo por la vida, ya sea persiguiendo con tenaz perseverancia, ya sea esquivando receloso la persecucion, ó la sorpresa artera, teniendo por techo el firmamento con sus eternos guías, y por suelo la ondulosa llanura con sus hermosos lagos, que parecen mirajes de plata que marcan la etapa con el rastro imperceptible. ha de reflejar sus tintes, que aunque pálidos, dejarán siempre un bosquejo de esa pintoresca época que ya pasó.

Esa pampa solitaria donde el éco trasmite perezosamente, como un grito enfático, ahuecado de simulado fantasma, la voz humana, salvaje como el

terror que infunde, está conmovida por el silencio aterrador de la nada, de lo imponente.

Desesperante soledad del desierto para el que incauto ha perdido el rumbo de la ruta y solo sin compaña, con el caballo transido de fatiga, es arremetido en su desesperacion inaudita por el pánico, que oprimiendo su corazon con terrores desconocidos en el dia, en la noche, á toda hora, forma de los variados ruidos ó de la óptica lejana que presenta, objetos informes que hace presumir á la cabeza calenturienta, una amenaza constante. Peligros vé en la cortadera que se distingue á lo lejos, columpiando sus pajas como relumbrantes chuzas de indio: en las sombras de los ondulantes médanos, grupos de encubiertos enemigos: los curiosos guanacos de altiva cabeza que se detienen á larga distancia devorando la extension, semejan bomberos que recorren el campo: en el grito del zorro, el rugido del tigre: en el movimiento de la yerba, el arrastre de la serpiente de la cruz, de aquel terrible ofidiano que en la agonía dá mortal congoja: en los gritos del ave centinela, la aproximacion del traidor adversario.

Todo es tétrico en la eterna noche tempestuosa, los temores infundados atormentan sin cesar hasta matar el ánimo que no sea el de un soldado, para quien esos pavores simulados le son

completamente indiferentes, no viendo en la accion inmediata de la naturaleza, sino el estado normal de la existencia que sigue su curso con método y calma; y á quien no sorprende el peligro; porque experimentado se adelanta á él, abroquelándose contra el pánico, con la confianza que le dan sus instintivas aptitudes naturales y su consorcio constante con el peligro, de cuya union abnegada ha nacido el héroe.

II

La civilizacion predicada con la cimitarra ha desterrado y esparcido esa raza enérgica y feroz que resistió á los Mendoza, á los Valdivias y á los Garay, y han sido necesarios trescientos años de cruda guerra sin descanso para dominarla, exterminando en parte á los araucanos de la Pampa, cuya constancia y valor no fueron nunca desmentidos, y podrán ellos decir como los galos, los españoles y los germanos de la épica época romana: No hemos sido vencidos por los hombres, sino por el arte de combatir.

De aquellas numerosas hordas capitaneadas por el Atila indiano de la llanura: Vencingetorix vencedor: incansable campeon de la eterna lucha: Calfucurá el grande. ¿Qué queda? Solo sus huesos blanqueando en la cuchilla ó en la helada montaña donde fué su último refugio. De Contúco á San Cárlos pasaron sesenta años de victorias y reveses y nunca el espíritu expléndidamente bár-

baro del feroz huno argentino desmayó, sesenta años que vivió con la lanza en la mano, combatiendo por la independencia de la tierra sagrada de sus padres, matando, siempre matando, haciendo el desierto á su alrededor; ese vacío horrible: único descanso que tenían las tierras despobladas, pues apenas el retoño de la civilizacion volvía, aparecía de nuevo la destruccion y el incendio.

La memoria de ese indio extraordinario que en otro teatro más vasto y culminante, y con otra educacion profesional en sus instintos guerreros, pudo irradiar los fulgores del genio, no ha de morir; inmortal será como la de Viriato, Herman ó Lautaro.

Esa raza arauco-pampeana que ha vigorizado la sangre argentina y chilena, y que ha formado el intrépido gaucho ó el temerario roto, esos hombres duros, de corazon de fierro, de los llanos y montañas, ya no existe: sino como raro ejemplo de astucia, valor, y perspicacia: solo quedan gérmenes civilizados.

Vedlo, en el recuerdo, allá en lontananza va el indio galopando, tragándose á grandes sorbos la extension, sentado, al parecer, cómodamente, sobre una pequeña y dura montura cuya sobriedad no tiene ejemplo, revestida por única blandura con un

pequeño cuero de carnero: echado el cuerpo hácia atrás formando curva con la espina dorsal, arrastrando la larga tacuara tomada por debajo del plumero y columpiando al aire del andar boleadoras y estribos.

Á veces tendido sobre el pescuezo del caballo de debilitadas formas, que parece galvanizado, pues se duda que tan raquítica osamenta tenga la fortaleza de cruzar al galope el largo fangoso estero sin demostrar fatiga: su dueño no le va en zaga, de ancha cara pomulosa, color de cobre rojo, de ojos negros, feroces, relucientes, y larga, lacia, y negra cabellera, áspera é inculta que juega al viento flameando acompasada cual si llevase la cadencia de un canto monótono, atada la parte superior de la frente que linda con la cabeza por la vincha de robusto tejido pampa.

Cubierto lleva el cuerpo con un chaleco de cuero de zorro ú otro animal, que deja los brazos veteados, color café, desnudos, señalados con variadas cicatrices; ó con alguna chaqueta robada á algun cadáver de soldado; y rodeando la cintura un raido chiripá de bayeta que apenas llega á la rodilla, hasta donde suben las peludas mal sobadas botas de potro, en cuyo jarrete calza el talon y la espuela doble de palo; completa el ligero traje, el sólido poncho de tela pampa que lo escuda contra

los rigores del sol y los hielos del invierno. La larga tacuara, con circular y espeso plumero de plumas de avestruz rematando en la tijera de tuzar que le sirve de moharra, y dos ó tres pares de boleadoras y bolas perdidas enrolladas en la cintura y un pequeño cuchillo le sirven de armas.

El galope es interminable; el bien enseñado animal con la cabeza gacha sigue bebiéndose las leguas y el sol, reflejando su luz escintilante en el sudor que le baña, le dá un brillo especial que parece una estátua articulada de pulido bronce que se mueve á la distancia por un resorte misterioso que dá una cadencia marcada.

Así esparcidos en pequeños grupos, arreando las tropillas unos, otros llevando el caballo de reserva van cubriendo la llanura y tan pronto se unen como se separan ó se ocultan detrás de los médanos para aparecer de nuevo por entre las cortaderas que se confunden con sus largas picas.

Este es el nómade de la pampa y pronto aparecerá el malón con toda su táctica y precauciones, rastreando astuto primero, para enseguida exhibirse estentoriamente entre los mayores horrores del vandalismo americano.

III

Las posiciones ocupadas por aquellas tribus, en su mayor apogeo alcanzaban á cuatro mil lanzas. Esta especie de nacion en la nacion misma. que tuvo por tanto tiempo en jaque á todo el poder militar de un pueblo de tres millones de habitantes, se extendía desde Salinas grandes á Leufbucó y era constituida por hordas nómades de excelente caballería ligera, invencible muchas veces, cuando han combatido contra su misma arma. Su medio de existencia consistía en el lucro que sacaban de sus audaces correrías, contínuas depradaciones y del vandalaje mas horrendo, cuyo teatro eran las indefensas comarcas argentinas.

En los últimos tiempos, antes de la conquista del desierto por la ofensiva, la supremacia de las hordas de Calfucurá se hacía sentir sobre las milicias bisoñas que defendían la frontera, y aquel cruel caudillo presintiendo el poder de una confede-

racion de las tribus pampeanas, inició su política en ese sentido, y aunque sin resultados en cuanto al feroz Pincen y Mariano Rosas, pudo reunir en su contorno otras fuerzas dispersas con las que formó un fuerte núcleo que lo hizo mas bárbaro aun, y mas orgulloso.

Calfucurá dió comienzo en su vida de *gutrhan* (forastero) por ser un miserable indio araucano que vivió en nuestras fronteras del conchavo que le proporcionaba Pancho el Ñato, llegando hasta hacerlo su asistente de más confianza; mas un dia el instinto impulsó la voluntad y se alzó el indio con los caballos de su patron. Este que tambien era buen gaucho lo alcanzó en Salinas grandes y despues de quitarle el robo, lo estiró en cuatro estacas dejándolo en el tormento para que imitase la suerte mortal de Prometeo y sirviese de bárbaro escarmiento á sus congéneres. Hubiera concluido allí el que debía ser el Aníbal de la Pampa á no acertar á pasar por el lugar del tormento algunos indios que lo salvaron.

Desde ese momento abandona el airado bandolero el contacto con el cristiano y demostrando grandes cualidades militares y diplomáticas que las hará converger al desarrollo de sus miras de ambicion desmedida, inicia con astucia la obra tácita de su prestigio, y cuando se vé ya asegurado y

robustecido con el poder de una pequeña horda, ataca por sorpresa al mas valiente caudillo indígena de ese tiempo, el cacique Rondeau: le dá muerte y le arrebata la tribu despues de entregar al pillaje los alrededores del 25 de Mayo donde era el aduar del vencido.

Igual usurpacion sangrienta opera con otras tribus: así vá aumentando, el astuto rey en ciernes, su poderoso imperio y erigiendo un sólido pedestal á su famosa reputacion y á su grandeza futura.

Más tarde le vemos ya organizando verdaderos ejércitos, desplegar una magestad de insolente monarca, y conseguir la victoria en sangrientas batallas como la de Comtucó, donde su fuerte brazo inmoló al feroz Huircain; y su banda sedienta de sangre exterminó la numerosa invasion araucana que había devastado los campos argentinos, cinco años despues de la expedicion de Rosas al desierto, y por último cuando la idea reformadora de la táctica lo invade cediendo al impulso del perfeccionamiento, se presenta en la batalla de San Cárlos á la edad de setenta años, montado soberbiamente á caballo, con un ejército donde sus reservas le proporcionan hábilmente la sucesion de esfuerzos, y un estado mayor señalado por una bandera punzó que dirige, impulsa y modera el ímpetu de sus *conas,* aunque en vano, porque la superioridad de

las armas y el mismo coraje bárbaro [1] rechaza la pujanza del valor salvaje.

Desaparece Calfucurá, la nacion es vencida y esparcidos sus indios como los judíos de la historia, quedan sin nombre de nacion en ella. Borrados de un solo golpe, pasarán á la leyenda de la posteridad como las hordas valerosas de los bárbaros que han resistido á los tiranos de la civilizacion, que han luchado sin descanso durante trescientos años sin más armas que una miserable chuza, defendiendo su salvaje independencia contra las huestes organizadas de la civilizacion.

(I) Los indios amigos de Catriel contribuyeron á su derrota.

IV

No solo es la bandera roja de los odios heredados lo que resuelve una invasion, sino el hambre ó el lucro que aquella proporciona, incitado por la codicia judáica de los indios araucanos, y solo así puede explicarse que siendo la índole del salvaje la inercia y la haraganería llevada hasta el último límite, ejecuten contínuas expediciones preñadas de dificultades, superando grandes obstáculos para llevar á buen puerto esas correrías atrevidas, en que solo la mujer es perdonada para ser la esclava vil que satisfaga los arranques salvajes de la lascivia.

Incitadas las tribus invasoras por el apetito desordenado de lujo que se despierta ante los brillantes artículos que presentan los comerciantes del Neuquen, y la miseria apremiante que los asalta, resuelven el malon.

Los mercaderes del Neuquen, que viven de ese comercio ilícito que lo hacen á su vez con los pueblos allende la cordillera de los Andes, quienes reportan pingües ganancias con el pillaje y devastacion de nuestras indefensas comarcas, despues de una larga travesía, se detienen á cierta distancia del aduar pampa y envían un chasque advirtiendo que van en son de paz con el permiso del jefe de la tribu. Aparecen entonces con su caravana de cargueros en la toldería y exponen ante la ávida mirada de la miserable muchedumbre, sus riquezas comerciales que consisten en esas interminables lanzas que nos recuerdan las sarisas de los falangistas griegos, mantas de pañete, alhajas de plata, frenos, estribos, monturas, cuchillos, pintura para la cara, cuentas de vidrio, con lo que halagan la coquetería de las chinas, abundante y perverso aguardiente, yerba amarga como veneno, azúcar rubia ó con polvo de mármol y otras especies dañosas é insignificantes chucherías.

Como el *Vichá loncó* y la adivina han sido primeramente obsequiados, todo se predispone en favor de los tales negociantes y se inicia el negocio despertando la avidez de las mujeres por lo general, ya mostrándoles las argollas de plata que solo un indio ó un burro puede llevar en las orejas ó los enormes prendedores en forma de un gran plato de ese metal en que pudieran freirse una

docena de huevos, ó el paño para mantas ú otros objetos triviales ó abalorios.

En cuanto á los indios ellos tambien son amantes del lujo y por un par de estribos de plata dan veinte vacas, con lo que se podrían comprar tres ó cuatro pares.

El licor más deseado en este negocio es el aguardiente, sin lo cual los bárbaros se creen los hombres más desgraciados del mundo: por cuatro botellas de la caña más atroz, capaz de quemar viva á una salamandra, se dá un buen caballo y así, relativamente se hace el comercio entre los indios araucanos y sus parciales los salvajes de la pampa, ó estos con algunos pulperos de los pueblos fronterizos. [1]

Con este negocio leonino y derrochador es imposible hacer economía de ninguna especie y por más grande que sea la invasion jamás sacan productos para dos meses de aprovisionamiento. Supongamos que los 3,000 indios que invadieron últimamente [2] se hubieran llevado las 170,000 cabezas de ganado que les quitó Wintter, repartiendo este número asombroso de hacienda entre los 3,000 in-

(1) Se refiere á aquellos tiempos.
(2) En 1875.

dios invasores, cuya mayor parte representa numerosas familias, les tocaría á cada uno 50 vacas y un pico, número insuficiente para mantener á tan grandes derrochadores; si esto se presenta á la evidencia, manteniendo esa hipótesis, que será descendiendo al terreno de la verdad, que demuestra que nunca conducen lo suficiente para poder vivir.

V

Cuando se decide una invasion en las tolderías, se hace despues de una acalorada discusion en parlamento, donde con la majestad de un senado de reyes se nombra el caudillo que ha de dirigirla y el punto objetivo del malón. Numerosos chasques parten entonces en todas direcciones yendo á invitar á las otras tribus expedicionarias para la rápida correría. También se agregan por lo general los comerciantes del Neuquen, que son los que pagan el pato por valientes y maturrangos.

El dia designado para la revista concurren al punto de reunion, los dos elementos de que se compone el malon; conchavados y los que van por su propia cuenta. Los primeros van por un salario ó propina que se les pagará, salgan bien ó mal de la correría, teniendo obligacion en cualquier caso de entregar todo lo que roben al patron, los segundos son campeones independientes y pertenecen á los mejores elementos de accion. Entonces el jefe que los manda los hace formar en una

estensa línea de batalla que representan pequeñas unidades de mando y por grupos empieza á contar las lanzas, marcando una decena cada chuza que clavan con el regaton para arriba.

Concluida esta operacion el cacique con fanfarronería muy pronunciada grita "Somos tantas lanzas, gesticulando con actitudes grotescas dominado por un entusiasmo verdaderamente bárbaro, haciendo subir las tales lanzas á un número tan superior del que ha contado que en realidad á penas alcanza á la mitad: crée que con esta superchería dá más confianza y valor á sus subordinados, y á fé que tiene razon; porque llenos de alborozo los indios con la multiplicacion de los panes, prorumpen en alaridos infernales, corriendo á todo escape y ejecutando la ruda esgrima de la chuza en diversas maniobras de guerra, cuya táctica primitiva corresponde á formar línea cóncava, avanzar y retirarse prorumpiendo en el vocerio infernal del ¡Jáhhhhh! y concluyendo la fiesta por correr el gualicho, siguiendo á este loco patriotismo como postre obligado una gran borrachera que la fian generalmente los comerciantes del Neuquen. Este es el San Agustin de ordenanza de estos sermones de indios.

Como de antemano ya tienen sus etapas marcadas estos corsarios de la llanura, emprenden la

marcha á la invasion en pequeños grupos con la consigna de reunirse en alguna aguada que está á treinta ó cuarenta leguas de la frontera ó más distante, como Carhué, Las Tunas, Jarillas, Touay ú otros paraderos análogos. Hasta estos lugares la travesía se hace muy descansada y en ella emplean un solo caballo.

Todas las jornadas de un malon se ejecutan en la noche, pues de dia sería descubierto fácilmente. En el dia acampan escondidos detrás de los médanos, destacando á muchas leguas de distancia sus invisibles espias; de modo que siempre están sobre aviso.

Siendo el reposo un factor indispensable, una gran fuerza en las recorridas de tan grandes espacios, se detienen despues de esta primer marcha uno ó dos dias, y dejan el mancarron que les ha servido hasta ese punto de manera que á la vuelta les pueda ser útil si fuese necesario.

Refrescadas un tanto las caballadas, prosiguen la jornada con dos caballos cada indio, llevando siempre del diestro el de reserva, cuyas calidades de resistencia no hay caballo en el mundo que las supere. Esta marcha que se emprende hasta la frontera, no es tampoco precipitada; y antes de llegar, á la distancia de cuatro ó cinco leguas de los fortines, si aun es de diá, se ocultan detrás de un

médano y esperan que anochezca para salvar la línea, cabalgando recien en ese momento sobre el caballo de combate.

Los bomberos, que se han anticipado uno ó dos dias de avance, han explorado perfectamente el campo, las fuerzas de la frontera y todo lo que les convenga para la empresa que se proponen. Muchas veces uno de estos salvajes despues de haber trabado su caballo y arrojádolo en tierra, se arrastra como un reptil á la cima de un médano y metiendo la cabeza entre una cortadera, pasa dias enteros espiando los movimientos de sus enemigos.

No hay nada que se compare al bombero de la pampa, por eso es que se hacen tan difíciles las sorpresas á estos numidas de la América.

Si la empresa presenta ó no dificultades vuelven rápidamente á dar cuenta al jefe de la expedicion que los espera con ansiedad para avanzar ó retroceder, segun las circunstancias, como le sucedió á Pincen en la última invasion, pues se vió obligado á regresar de la Blanca Grande por encontrar la cosa mal parada.

Decidido el paso del Rubicon, esperan que anochezca para salvar la línea de los fortines en las

primeras horas de la noche, de modo que al ejecutar en la madrugada las descubiertas nuestras fuerzas avanzadas, se encuentran ya ellos salteando los indefensos establecimientos rurales.

Para no ser sentidos, sin dejar una rastrillada que los traicione, se dividen en grupos tan pequeños que al otro dia la descubierta de los fortines no sabe á cual atinar, ni sospechar nunca que ha entrado una invasion más grande, de cuatro cientos ó quinientos indios.

Internados ocho ó diez leguas al interior de la frontera, lo primero que hacen es proveerse de caballos, dando comienzo al mismo tiempo al pillaje más desordenado é inhumano, la chuza ávida de sangre no perdona sino á las mujeres; y aun los niños de pecho, á la vista de la madre, son muertos á bolazos en medio de las escenas más desgarradoras de amor maternal, el que tambien es sofocado á golpes de lanza; consumiendo el fuego en seguida lo que queda de ese hogar feliz destruido, de ese horroroso cuadro de espanto.

En seguida hacen arrear con la chusma que siempre traen para el trabajo, las yeguas que van robando, de modo que es muy probable que cuando el grueso de una invasion es alcanzada y batida, hace mucho tiempo ya que los primeros

grupos que han salido se han llevado gran número de hacienda yeguariza y aun vacuna.

Con este ganado no siempre sucede lo mismo; porque; á pesar de la gran destreza que tienen los indios para arrearlo á fuerza de chuza, hace largo tiempo que no llevan una sola cola de vaca, merced á las grandes dificultades que presenta su lento arreo, insuperables á causa de la actividad de los jefes de frontera, como ya lo han probado en San Cárlos el año setenta y dos y en Lavalle el año setenta y cinco.

La salida la ejecutan con la mayor rapidez; siempre que esté en relacion con el caudal de medios de movilidad con que cuentan para escaparse. Esta celeridad en su retirada es la razon; porque rara vez tiene éxito la persecucion que se les hace; y para ellos mismos en la estacion de seca, constituye un derroche de botin, pues dejan la mayor parte de la hacienda caballar y vacuna pasmada y cansada.

La falta de agua y los fuertes calores dan ese resultado, como tuvo lugar en la última invasion que trajo Pincen por Ballimanca, pues se vió obligado á abandonar 2,000 yeguas, de las cuales murieron 600 de sed.

Si son alcanzados y están resueltos á dar batalla,

con anticipacion, en cuanto distinguen á lo lejos la polvareda de su tenaz enemigo organizan con rapidez su cóncava y sinuosa línea de combate, fraccionada en pequeños grupos que señalan bien distintamente las unidades tácticas bajo el mando de los capitanejos, los que á su vez se subdividen en lanceadores y sostenes de éstos, implicando esta formacion aunque en embrion, la idea del refuerzo sucesivo que es el nervio de las batallas tambaleantes y el escollo alguna vez del primer impulso de la victoria.

En esta situacion solemne, el cacique revistiéndose con la actitud airada que con esmero tiene estudiada para esos casos; blandiendo la lanza con sacudidas de comedia y violentas contorsiones, recorre al galope el frente de batalla, en medio de un gran silencio: ese silencio del corazon porque es á éste á quien atañe ese instante imponente del hombre de guerra; vuelve al centro, y se detiene exabrupto dando un fuerte remeson á su manso caballo y dirigiendo sus ojos al cielo con una grotesca pantomima, expresion fanática revelada en la contraccion asceta de su cara, invoca el espíritu. Esa oracion mental de bárbaro, se vé á las claras que es trasmitida al mismo tiempo á sus guerreros que inmóviles con sus relucientes y feroces caras, con sus raros y extravagantes trajes, imponen al que por primera vez los vá á ver enfurecidos.

En seguida les dirige una breve y entusiasta alocucion en que el Wincá es puesto de overo y azul, concluyendo por decir que jamás ese perro cobarde ha resistido lanza contra lanza, ni caballo contra caballo.

La horda entonces enarbolando sus plumeros responde con su grito de guerra acostumbrado y en seguida reina la calma espectante hasta el momento antes del combate.

Así esperan al cristiano, ya para envolverlo por los flancos si es caballería, y cargarlo á fondo con tal impetuosidad, que muy rara vez en nuestras grandes batallas ha dejado de tener éxito una carga pampa, ó para retirarse inmediatamente si es infantería, contra la que jamás combate, porque conocen perfectamente la desproporcion de las armas.

Sin embargo, si la infantería está montada y sigue adelante sin desmontarse, le queman el campo y la hostilizan escaramuceando con los tiradores; de manera que la ponen en una situacion incómoda, amagándola alguna vez con cargas que la obligan á echar pié á tierra y formar cuadro.

Mientras tanto, se distinguen á lo lejos los polvos divididos en multitud de nubecillas que van desapareciendo hácia el horizonte como un borboton

de nubes que cubriera la inmensa pradera; mientras que la línea ondulante de batalla sigue escaramuceando y solo carga cuando la caballería cristiana menos numerosa se atreve á medirse con ella, de otro modo la entretiene, y huye al fin cuando ha salvado gran parte del robo, que es su único objetivo, como el asesinato á mansalva.

Si acaso son vencidos, huyen rápidamente en todas direcciones y desaparecen como por encanto, dejando al vencedor con la cara estirada, con sus caballos cansados, ostentando una victoria incompleta una victoria que no es victoria.

Indescriptible es la angustia de esas pobres cautivas arreadas alguna vez á rebencazos, amenazadas de muerte, viendo morir á sus pequeños hijos, y atormentadas con todos los suplicios que se puedan imaginar para hacer sufrir al corazon de la mujer. ¡Infortunadas! Detrás de ellas dejan séres amados anegados en la sangre del mas horrendo crímen y la llama macilenta del incendio de su hogar, les anuncia con mortal angustia que todo ha desaparecido allí en esos lugares queridos, donde pasaron los más dichosos días de su vida. ¡Ah! ¡Y ellas solo quedan atadas al potro del tormento para vivir muriendo! Esa existencia del aduar del bárbaro en que la mortificacion material y del espiritu no tiene ejemplo.

VI

Al trasponer la frontera galopan sin detenerse hasta el punto donde fué la reunion para la invasion, en cuyo punto les esperan sus caballos descansados. Un profundo sueño y largo reposo sucede á tantas é innumerables fatigas y prolongados insomnios.

Despues de dos ó tres dias de descanso que ocupan en repartir el botin, se ponen en marcha sin precipitacion, en pequeños grupos, y á diez ó quince leguas de los toldos anuncian por quemazones si la expedicion ha sido próspera ó adversa.

El incendio de la pradera es el telégrafo ígneo de la pampa, algunas veces abrazan un espacio de veinte, treinta ó más leguas, espectáculo sorprendente para un europeo cuya pupila fija en ese mar de fuego, creería tal vez ver la erupcion de mil vol-

canes que erumpiendo de las entrañas de la tierra devoraban el mundo de Colon.

Me parece que es tiempo de dejar de hacer figuras de retórica y saltar al pellejo de un jefe de frontera en el amargo momento de una invasion.

Despues de diez ó quince horas de estar los salvajes en el interior de la línea de frontera, tiene conocimiento el jefe de ésta, que la invasion entró por tal ó cual parte, á diez ó quince leguas de su campamento: la primera reflexion que se hace, es: ¿por dónde saldrán? y lárguese usted á buscar en una superficie de 200 ó 300 leguas á un enemigo audaz y rápido, del cual jamás un jefe de frontera tiene conocimiento por el vecindario, que sobrecogido de un pánico terrible, huye siempre sin buscar fuerza en la union, ni dar aviso á las fuerzas militares que son las únicas que lo pueden salvar y rescatar lo que les han robado.

Bomberos aquí, bomberos allá, chasques por todas partes. Que los indios son cien, que los indios son mil. Que han entrado por aquí, que van saliendo por allá. Que la rastrillada vá á la izquierda. No señor, que vá á la derecha. Que en tal punto hay una quemazon y en tal otro hay otra quemazon. En fin, el jefe de la frontera monta á caballo

desesperado y despues de trotar y galopar diez ó veinte leguas con infantería montada, alcanza al fin la retaguardia de los salvajes que huyen como gamos, dejándolo atrás echando sapos y culebras.

Estos sucesos prueban hasta la evidencia lo necesario que es para cortar sus depredaciones, que nos hagamos tan indios como ellos, cosa fácil de conseguir, porque poseemos más inteligencia, y alguna vez somos más bárbaros.

La frontera es para devorar reputaciones, y por más que nos halaguen victorias momentáneas, al más simple revés la opinion pública con una crueldad irónica; intransigente con la justicia, despiadada é insensata, levanta ese ariete incansable con que ha demolido tantos renombres adquiridos en cien campos de batalla, y golpea riendo á carcajadas á la víctima inocente, á ese pobre jefe de frontera, á quien lo menos que le dicen es que es un imbécil.

Esta es la guerra de la llanura y estas son las escursiones de los salvajes; y no encuentro más remedio que las continuadas expediciones al desierto, una ofensiva resuelta á las tolderías á traerles las chinas; arrancándoles las familias, quedarán reducidas á la obediencia, haciéndoles una guerra tenaz, sin descanso, pero no de exterminio, cuyas suavizadas represalías, sin encarnar la venganza

de tres siglos de pillaje y devastacion, sea un moderador á sus actos de crueldad. Lo único que ha de reducir á la civilizacion al salvaje, son los grandes golpes. Para poner en sus manos el arado, es necesario primero dominarlo con la fuerza y el terror y en seguida con la equidad y la generosidad, desterrando de su contacto la explotacion de la pulpería, y entonces evitaremos destruir una enérgica raza que la hemos de echar de menos cuando el artero enemigo golpee astuto las puertas de la patria.

La frontera no tiene más defensa que las tropas puestas allí para su guarnicion: en los momentos del conflicto el vecindario no presta ayuda ninguna, tanto por el pánico terrible que infunden los indios, como por la falta de organizacion en los regimientos de guardia nacional fronterizos, de estos, hacemos una excepcion con los junineros, bravos *chuceros* que con sus lanzas de seis varas se baten con los indios como el mejor regimiento de línea: como tambien el caso en que se despliegue un valor homérico, como en el hecho que voy á narrar, pues, merece los honores de la historia por ser sus actores pertenecientes á ese gremio que se denomina, los héroes ignorados del pueblo.

Este episodio, en mi opinion, tiene más mérito que el de Aguilar defendiendo á Olavarría.

Aguilar, parapetado con 30 ó 40 hombres en un caserío, batiéndose contra un enjambre de indios, es un hecho muy vulgar que en cualquier estancia de azotea, en las anteriores invasiones relativamente ya ha acontecido.

VII

En el partido de Alvear se encontraban poblando una estancia un jóven de diez y nueve años de apellido Troncoso, un anciano moreno antiguo soldado criado en la familia de aquel, un moceton llamado Emilio Fernandez y un niño de once años, hijo del moreno: las únicas armas que tenían para defender su existencia eran: un fusil remington, un fusil de chispa en buen estado y una carabina fulminante.

Para poder guardar sus caballos en la noche habían construido un excelente foso que les servía de potrero y al mismo tiempo de reducto en caso de peligro, durmiendo ellos fuera en un rancho que era la primera poblacion de esta presunta estancia.

En la mañana que tuvo lugar el malon que á las órdenes de Pincen arrasó á Ballimanca y pene-

tró hasta Alvear fueron repentinamente sorprendidos por este cacique que á penas les dió tiempo para correr al foso á tomar las armas, ocupando cada uno su puesto de combate, que era del modo siguiente: El portillo del foso fué guardado por el jóven Troncoso: puesto de honor que le fué asignado por estar armado con el fusil de retrocarga. El negro viejo con el arcabuz de chispa se colocó á un costado, Fernandez al otro con la carabina fulminante: estas tres armas de fuego representaban la historia de su perfeccionamiento que remataba en la de cargar por la culata. El negrito estaba tapado con un cuero en medio del foso y tenía por mision advertirles cuando los adversarios atacasen por tal ó cual punto.

Un grupo numeroso de indios perfectamente montados y resaltando un entusiasmo altanero que se traslucía en sus contínuos alaridos y corridas de un lado á otro, se aproximaba demostrando al mismo tiempo, gradual cautela á medida que se acortaba la distancia.

Pincen que avanzaba á vanguardia blandiendo la ensangrentada tacuara, que nos recordaba los cuadros que nos pintan con sombrío colorido de aquellos soberbios hunos, que asolaron la Europa en el siglo III, se detuvo á cierta distancia precaucional, lo que fué imitado por la desordenada ban-

da que le seguía y que desde ese instante formó en línea de combate.

El intérprete y parlamentario se adelantó entonces hasta el foso donde se encontraban refugiados nuestros héroes, y en nombre del valeroso Pincen les pidió dos caballos que guardaban allí. Los caballos fueron entregados creyendo con esto saciar la avidez de los salvajes y aplacar su negro encono; pero no sucedió así, pues regresó en seguida el mensajero, intimándoles con insolencia que se entregaran, que solo así Pincen respetaría sus vidas.

Conociendo por experiencia eterna la innata perfidia del indio, personificada, hecha sistema en él, desde que los españoles sentaron su real en estas comarcas, especie de juramento cartaginés, voto de venganza, que viene alimentando su soplo de generacion en generacion, uno de los jóvenes, el bravo y resuelto Troncoso, á este doloso pedido replicó: "Que más fácil era tapar la luna con un cuero que cumplir los deseos del cacique," entonces se aproximó el mismo Pincen y con una petulancia de bárbaro, tan característica en los mandones pampas, les gritó que tenían cien lanzas y que se preparasen á morir. Un momento guardó silencio, esperando el efecto que había producido su amenaza, más viendo la inquebrantable actitud de

sus adversarios, soslayó impaciente su caballo, revolvió el poncho, y corrió á escape donde estaban sus parciales que ya se habían desmontado y se preparaban á embestir.

Una vez frente á ellos les dirigió una corta arenga donde perfectamente se distinguían las contorsiones del indio, acompañadas de contínuas sacudidas de lanza, y ordenó el ataque.

Arremetieron los bárbaros con su acostumbrada furia entre alaridos espantosos, donde de repente como un tono sombrío que sobresale con pavor, se oía aquel terrible *¡Yayaaaáh!* que nos recuerda el terrible grito de guerra de los galos que tanto asombro causó en las primeras batallas á los romanos.

El combate se inició con furor y encarnizamiento por parte de los indios y con calma por la de los cuatro bravos que luchaban por la vida á *outrance*, pues sabían que no había más disyuntiva que la más expléndida victoria ó la más espantosa de las muertes.

Nuestros héroes una vez que se convencieron de la actitud hostil del enemigo, rompieron el fuego á la mayor distancia con excelentes punterías. Troncoso, jóven ardoroso, la inteligencia de esa de-

fensa, velozmente hacía disparos con el remington, única arma que su rapidez y certeros tiros levantara la moral del pequeño grupo y coronaría la más hermosa victoria que obtuvo el valor cívico; las otras armas de fuego alguna vez, despues de los primeros disparos no hubo tiempo para cargarlas de nuevo, y fueron usadas en ese primer momento como una maza que se despeñaba sobre las cabezas de los indios que se atrevían á escalar el foso.

Los salvajes agrupados en tropel, atacaban con teson el portillo y á cada disparo de Troncoso rodaban rugiendo dos ó tres de estos demonios; porque agrupados las balas hacían doble y triple efecto.

Los proyectiles perfectamente aprovechados empezaban á desmoralizar á los atacantes, que iban ya conociendo las grandes dificultades que hay que superar para vencer á hombres desesperados que saben que la vida solo se conquista con la victoria.

Por su parte los indios respondían lanzando sus boleadoras y bolas perdidas, que surcaban el espacio como antiguos proyectiles encadenados, y se vió un momento en que un par de estas hubo de decidir el combate: envolvió fuertemente como una serpiente, los antebrazos de Troncoso; pero acudió el moreno y con una rapidez indescriptible las

cortó con su cuchillo en momentos en que un grupo de indios iba ya á posesionarse de la entrada del débil reducto.

Á otro lugar volaba el negro viejo con Fernandez y rechazaban con sus fuegos ó con las culatas de sus fusiles á los empeñados asaltantes. En ese caso los indios cuando venían al asalto avanzaban casi arrastrándose y al estar próximos al foso se arrojaban dentro de él y allí uno sobre otro en forma de pirámide de acróbata se encaramaban con el intento de penetrar al baluarte invencible, y cuando alguno de ellos creía que podía conseguir su objeto; una voz casi femenina que salía de debajo del cuero que estaba en el fondo de la zanja gritaba: ¡Guarda, mi padre, á la derecha! ¡Guarda, Fernandez á la izquierda! ¡Cuidado con las bolas! y Fernandez y el moreno viejo advertidos por el negrito acudían á los lugares más peligrosos donde iban asomando la cabeza los indios y á golpes de maza les despeñaban todos magullados y llenos de contusiones.

Á pesar de tener los atacantes varios muertos y heridos la situacion se hacía crítica para nuestros tres bravos que se encontraban con grandes equimosis producidas por los golpes de las bolas perdidas y uno herido de un lanzazo y casi agotados los cuarenta tiros del remington, únicos proyecti-

les con que contaban para esa defensa desesperada y heróica.

Pincen, cuyo nombre nuestras poblaciones rurales lo pronuncian con espanto, á alguna distancia del lugar del combate, se había escondido cobardemente en una pequeña hondonada del terreno detrás de una cortadera y desde allí presenciaba y dirigía esta lid de valientes y de cobardes: debía ser original aquella cara hidrófoba, ancha, de frente deprimida, de pómulos salientes, con la mirada feroz, arrugado el entrecejo y la boca contraida, con una vincha sobre la parte superior de la frente y dejando caer á su costado las crines que puebla una cabeza diforme, salir de cuando en cuando de entre las pajas como evocando los recuerdos mitológicos de algun sátiro. Á su lado también escondido se encontraba, tan horriblemente repugnante, que su sola presencia infundía pavor, su ayudante que era un chino grande con cara de perverso, el que con rapidez, aunque de mala gana trasmitía sus órdenes volviendo rápido á echarse de bruces próximo á su caudillo, con tal ímpetu que parecia que se iba á *despansar*. En una de estas idas y venidas, un proyectil le fracturó el fémur de una pierna y saltando en una pata fué á caer al lado del despavorido Pincen.

Acontecimiento fué este de tan gran trascen-

dencia, que hizo resolver la retirada en el ánimo del caudillo vencido, pues vió que las balas se le acercaban y despavorido inició una precipitada fuga, soportando la ignominia de ver humilladas sus cien lanzas tacuaras con descomunales plumeros, ante la bravura de tres desgraciados que habían peleado con el coraje que dá la desesperacion de salvar la vida, es decir, habían peleado con ese coraje contra el que aconseja el arte de la guerra que se le ponga puente de plata.

Los indios tuvieron diez muertos y condujeron más de veinte heridos: casi todos los tiros fueron certeros hasta el punto de haber hecho una vez de un solo disparo tres heridos.

Silencioso el grupo salvaje se retiró, rápido, taciturno, envuelto en la polvareda de la derrota, desapareció veloz como la gama que ellos corren, y el orgulloso Pincen debió comprender entonces su insignificancia ante la majestad del supremo esfuerzo del corazon humano.

Concluido el combate, aquellos tres hombres cubiertos de sangre y de sudor, fatigados y dominados por grandes emociones, se abrazaron palpitantes: la expansion era inmensa; respiraban la vida, ellos que estaban casi axfisiados al borde del abismo de la muerte, y el agitado latido de su pe-

cho se confundió con el juramento de amistad que hacía un momento acababan de contraer como un lazo moral indisoluble; á esta escena se agregaba la ternura del negro viejo que tambien estrechaba entre sus brazos á su hijo de once años, que tanto servicio les había prestado: ese niño pária que había debutado en la escena del peligro con la sangre fria de un viejo soldado.

¡Qué grandiosos son los hijos del pueblo! De este pueblo argentino que solo le conocemos en el campo de batalla, ya regando con su sangre las arenas del desierto ó durmiendo la muerte de los bravos en las selvas de fuego del Paraguay.

VIII

La cuestion frontera ha cambiado de faz completamente: hubo un tiempo en que Pancho el Ñato fué á Salinas Grandes á rescatar unas tropillas de caballos que le había robado Calfucurá y le dió una soberbia estaqueadura y le trajo algunas familias: pero hoy el hablar de Salinas Grandes es como hablar de un viaje de Julio Verne: pronto caerá ese velo y pronto habremos definido la cuestion fronteras, teniendo en vista la exposicion *ad hoc* que con fino criterio se viene publicando hace dias en unos artículos de "El Nacional," firmados por *C.*

Las repetidas expediciones al desierto, en buena estacion, han de dar los resultados que anhelamos, volviendo á los tiempos de Pancho ó Rauch en que los indios se cargaban á sable ó á los de Valde Benito en que con su regimiento Mayolino infligía tan repetidas derrotas al salvaje.

Por otra parte, es necesario convenir que se hace indispensable abolir del todo la infantería para la guerra con los salvajes, que no hace sino destruir caballos y hacer pesadas las jornadas que rápidamente efectúa la caballería por la movilidad de su arma, más hoy, que nuestra caballería está armada con carabinas de retrocarga cuyo fuego domina completamente en la zona del combate con los indios.

Precisamos buenos regimientos de caballería lijera para guarnecer la frontera y dejar á la infantería que vá degenerando en disciplina y organizacion, que se reconcentre por brigadas ó regimientos en campos militares donde bajo la severa inspeccion de un jefe caracterizado, se entregue decididamente al estudio, y adquiera todos los conocimientos de la guerra moderna en los que las naciones más civilizadas del viejo mundo han hecho tan grandes adelantos.

Desde que el soldado de infantería monta á caballo, ya no es soldado de infantería: y el mal principia muchas veces por los oficiales que no se ocupan de otra cosa sino del caballito y de las emociones que produce esta vida nueva, en la que el poncho y el pañuelito en la garganta suelen adherirse al uniforme y acaban por fin por corromper los hábitos militares.

Una vez se le encomendó al general Bugeaud la organizacion é instruccion de un regimiento de dragones, al cabo de algun tiempo lo encontró un amigo y le preguntó:

—Qué tal, General! ¿cómo van los dragones? A lo que respondió el General con ironía:

—¡Cómo quiere que me vaya! con hombres que por la mañana se les enseña pecho adelante, y por la tarde pecho atrás.

En la moral de este cuento está representada nuestra infantería á caballo.

Por más razones que aduzcan en contra de lo que acabo de exponer, nada probarán contra la experiencia de los que hemos probado los dos sistemas, y recuerdo que en la primer campaña de Entre Rios, una vez me decía el coronel Luis María Campos de muy mal talante.

—¡Estoy rabiando: desde que el batallon monta á caballo es otra cosa!

Todo el mundo sabe que el coronel Campos es el jefe que ha tenido el mérito de tener uno de los primeros batallones de la República en cuanto á disciplina y organizacion. En el Paraguay tuvo

esa fama y á fé que allí los elogios y ascensos que se prodigaban eran justos: la victoria los discernía, la constancia, los afirmaba y la sangre los hacía indelebles. Como único comentario diremos que del 6.º de línea salió el vencedor de Santa Rosa y el de la Verde.

IX

Ayer visité la Verde: ese campo de batalla que recordará siempre un hecho luctuoso que solo ha derramado luto y rencores profundos.

Los hombres solo son intransigentes cuando se presentan en pugna sus intereses religiosos, personales, ó las desmedidas ambiciones políticas que los devoran; pero para el que no sufre moralmente de estos fanatismos es inconcebible en un pueblo cuerdo la guerra civil.

La Verde es una quinta demasiado extensa en su polígono para ser defendida por ochocientos hombres: dos mil apenas bastarían para guarnecer su circunferencia, porque es sabido, que no hay defensa posible cuando la proporcion de los defensores no está en relacion con la extension del terreno que se guarda.

Arias pudo ser atacado con mas ventajas por la retaguardia de la posicion que miraba al Sud-

este, la que estaba desguarnecida, y por su flanco derecho y aun por el frente, ocupando el enemigo un gran potrero que presentaba las mismas ventajas que reportaban las fuerzas del gobierno para el combate. La fuerza de Ocampo que atacó por el Este fué rechazada por veinticinco hombres parapetados en la única pieza de azotea de la poblacion, cuyos fuegos solamente tenían accion en una abertura de ciento cincuenta metros que existe entre la arboleda de un potrero que mira al Norte y los árboles que forman la línea que cierran como circo la entrada á un alfalfar que está al costado derecho de la casa, en direccion al S. O., de modo que Arias se limitó á defender su frente, flanco izquierdo, y derecho, por la débil fuerza que he mencionado antes.

La tropa que sostuvo tan difícil posicion y se batió con tanta bizarría contra el 4.° de infantería de línea, 9 y I I de caballería, Batallon 24 de Setiembre, de jóvenes entusiastas, los gauchos altaneros de Machado y la division de Ocampo, no eran sino dos batallones de paisanos bajados hacía quince dias del caballo, 100 hombres del 6.° de línea y algunos soldados de caballería.

La circunferencia de las quintas y potreros de la Verde sube á 2,500 metros; como se vé, pues, poniendo á un hombre en cada metro, no alcanza-

ban á cubrir los ochocientos hombres del gobierno la mitad de la posicion.

No me explico tampoco cuál es la razon por qué recien se inició el ataque á las ocho de la mañana, en vez de aproximar de noche el cuerpo de combate; y al despuntar la alborada, iniciar la arremetida que con tanto valor llevaron sus tropas, dejando cincuenta muertos y doscientos cincuenta heridos.

Estas reflexiones incompletas y á vuelo de pájaro, no implican otra cosa que pedirle á la historia la verdad, cuya enseñanza la aprovecharán por cierto los que estudien detenidamente los acontecimientos militares, y meditando con tristeza este suceso me he detenido al pié de una gran cruz de urunday, que mi mano piadosa ha erigido en medio del campo de batalla de la Verde, allí en el zanjon de los muertos, donde estan confundidos todos los que cayeron.

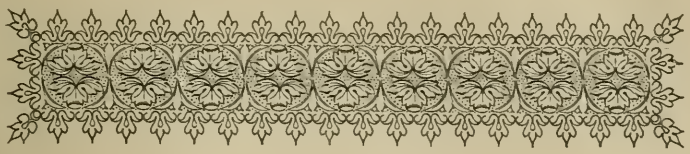
En esa cruz he clavado una tabla y en ella con letras negras he escrito con mi propia mano este sentido epitafio:

"¡¡¡Pasajero deten tu paso!!! Que tu planta no huelle esta tierra regada con la sangre de cien argentinos... Sus restos aquí reposan entre el mugido de los vientos de la pampa... olvidados ya por los vencedores y los vencidos.

¡Á qué amargas reflexiones no convidan estas frases. . .! En fin, sobre la Verde espero impaciente que algun dia la historia que guarda los secretos del presente, nos enseñe la verdadera faz de ese combate. No hay juicio militar posible sin oir las razones que muchas veces grandes hombres abnegados guardan en la actualidad, para que en el futuro, otros formen la historia póstuma. ¿Cuántas cosas podría decir el señor General Mitre, respecto á la Guerra del Paraguay?

La Verde fué un combate de bravos, Santa Rosa una batalla estratégica; Roca tan perezoso cuando oficial subalterno, demostró que la actividad de su talento no estaba en relacion con la inercia de su materia, y audaz imitó una de las peligrosas marchas de flanco del socarron de Federico II que tan caras le costaron alguna vez, y logró vencer á uno de nuestros mejores generales á quien por confiado se le escapó la victoria, olvidando que el astuto discípulo conocía al maestro, más que el flemático maestro al discípulo.

Enero 1876.



ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	VII
Como se cumple una órden	I
El perro adivino	29
El miliciano Rojas	95
El verdadero valor	253
El señor Bonifacio	293
En la Pampa	327
Fé de erratas	377

ERRATAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Debe decir
4	16	De esta	A esta
4	16	ha hecho	convertido en
6	27	istantes	instantes
16	2	soldados	soldados,
25	7	hará	que hará
47	11	próximo	próximo,
77	2	insistencia	insistencia de
116	11	Acuchilladolos	acuchillándolos.
119	5	alarmar	conmover
129	2	surcadas	surcados
131	8	garro	gorro
132	13	de arpa	del arpa
133	7	berija	verija
139	2	riveteado	ribeteado
139	7	entre cejo y con	entre cejo con
163	5	perseguido por	pugnando contra
164	17	pena	angustia
164	19	y palpitante	palpitante,
192	12	allí	pero allí
194	18	camella, flaca	camella flaca
197	11	cuando	cuando la
206	4	fueras	jueras
216	15	bando	banda
221	12	grave	grave,
237	22	reo	reo,
240	23	evangelica	evangélica,
258	22	peso	peso,
263	8	y bozal	y el bosal
296	8	grandes	largas.
299	17	estaba	estaba yo
318	2	marido y	marido, y
325	27	al	en el
334	5	a	en
363	2	levantara	levantará

1888 4

PQ
7797
G33C8
1891

Garmendia, José Ignacio
Cuentos de tropa

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 10 14 017 2